

Embarazada por accidente del hijo de mi jefe

MARI SILLVA

Embarazada POR ACCIDENTE DEL HIJO DE *mi jefe*

MARI SILLVA

Copyright © 2022 – Mari Sillva

Portada: **Lucas Bernaliel**

Revisión: **Fabiano Queiroz**

Diagramación: **GB Design Editorial**

1ª Edición

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas o hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio -tangible o intangible- sin el consentimiento escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley N.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

RESUMEN

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
EPÍLOGO
MÁS INFORMACIÓN SOBRE ESTE LANZAMIENTO Y TODOS MIS OTROS LIBROS EN:
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO



Judite

—¡Hoy vamos a beber hasta caer, Judite! —Mi mejor amiga, Janete, me agarró del brazo apenas bajamos del autobús, o me habría ido de cara al suelo.

Esa criatura no sabía caminar bien con tacones altos, pero aun así decidió aventurarse con unas sandalias de plataforma rojas de quince centímetros esa noche. Después de todo, íbamos a una fiesta importante en Leblon, el barrio más elegante de Río de Janeiro. Era primero de diciembre, el gran día de la fiesta de fin de año para los empleados del hotel cinco estrellas Alencar Palace, donde las dos trabajábamos como camareras desde hacía un año.

Janete y yo vivíamos en la Rocinha y desde pequeñas trabajamos duro para ayudar en casa. Nuestro mayor sueño era tener los medios para sacar algún día a nuestras familias de la favela y de todo el peligro que ronda ese lugar, ya sea por los criminales o por la policía que entra disparando sin importar a quién le den. Además de vivir y trabajar en el mismo lugar, éramos mejores amigas, igual que nuestras madres, que hasta se embarazaron al mismo tiempo y nos pusieron nombres que comenzaran con la misma letra.

Judite y Janete...

—Habla por ti, amiga, porque sabes mejor que nadie que yo soy muy blandita con el alcohol —Me encogí de hombros mientras revoleaba los ojos; la verdad, no tenía muchas ganas de ir a esa fiesta.

Aunque solo tenía veinte años, nunca fui muy fiestera. Mi vida se resumía en trabajo, casa e iglesia. Muy diferente a Janete, que iba a una fiesta funk diferente casi todas las noches. Sin embargo, ese empleo como camarera fue un regalo de Dios para mí y no iba a ser malagradecida como para no asistir a ese evento elegante organizado por nuestro jefe, el multimillonario Roberto Alencar, dueño de una cadena de hoteles de lujo repartidos por todo el mundo.

A pesar de ser estricto y asquerosamente rico, el señor Roberto era un buen hombre. Siempre fue justo y muy generoso con quienes trabajaban para él.

—En realidad no quieres divertirte por ese noviecito aburrido que tanto amas —Janete puso cara de asco, luego echó el culo hacia atrás, apretado dentro de un vestido negro ajustado, y se inclinó sobre una moto estacionada para retocarse el labial rojo.

Un tipo casi se disloca el cuello al pasar por la acera y verla, y es que mi amiga era un mujerón. Una morena hermosa con el pelo lacio gracias a un alisado barato a base de formol puro, que le llegaba más abajo de la cintura. Era rellenita y muy segura de sí misma con todas sus curvas generosas. Nunca conocí a alguien con una autoestima tan alta como la de ella.

—No hables así de Jonathan, es un buen chico. Honesto, temeroso de Dios, y lo amo mucho —Suspiré, enamorada.

Conocí a mi novio en la iglesia a los quince años, era hijo del pastor, y aunque había pasado tiempo, lo amaba igual que desde la primera vez que lo vi. Éramos la típica pareja perfecta.

—¡Por Dios, Judite! Con ese cuerpazo y esa carita linda que tienes, yo andaría con todo el mundo o conseguiría un viejo rico que me mantuviera —Levantó mi mano y me hizo dar una vuelta para que mi vestido amarillo clarito, a la altura de la rodilla, girara. Era ajustado en la cintura y con falda acampanada.

La verdad, yo misma me sentía linda con ese vestido. Tenía un escote discreto y un corte simple, pero aun así era elegante. No quería gastar dinero, así que lo compré en un mercadito del centro a buen precio. No solía sentirme bonita, aunque todo el mundo decía que tenía una apariencia exótica que llamaba mucho la atención. Piel oscura, ojos rasgados color miel como de gato, y un cabello rizado voluminoso que me llegaba a la mitad de la espalda. Alta y con cuerpo atlético, a pesar de comer porquerías y nunca haber pisado un gimnasio. Ni falta me hacía, con toda la limpieza pesada que hacía en casas enormes de ricos desde que tenía uso de razón, ya hacía suficiente ejercicio.

Por eso me arrodillé y le agradecí a Dios cuando empecé a trabajar como camarera en el hotel, porque ganaba bien y no tenía que matarme trabajando en varios empleos al mismo tiempo.

—Me ofendes hablando así, amiga. Jonathan y yo estamos ahorrando para casarnos pronto y vamos a ser muy felices juntos. Y, por cierto, tú vas a ser mi madrina —Sonreí de oreja a oreja, pero ella siguió con la cara amargada.

Nunca entendí el desprecio que Janete sentía por mi novio. Al principio pensé que era porque no lo conocía bien, pero ya habían pasado cinco años y nada había cambiado.

—No te voy a responder nada, Judite, porque no quiero estresarme —Respiró hondo—. Fue un año largo, así que trata de relajarte por una sola noche. Las dos trabajamos como locas y merecemos disfrutar.

Janete me agarró de los hombros y me giró hacia la entrada del gran salón de fiestas del hotel, que quedaba en el sótano y estaba

insonorizado. El lugar estaba a reventar esa noche, una verdadera locura.

—¡Madre mía, Janete! —dije al ver a nuestros compañeros de trabajo bailando como si no hubiera un mañana al ritmo del DJ. Hasta nuestro gerente amargado estaba sacudiéndose como loco, con un trago en la mano y la corbata amarrada en la cabeza.

—Vamos a descontrolarnos, amiga, que hoy es barra libre —Me dio una palmada en el trasero y me empujó dentro de ese desmadre; yo, que era una chica religiosa, sentí como si estuviera entrando al infierno.

Había tantos flashes de luces de colores por todos lados que pensé que me iba a quedar ciega. Comida y bebida en abundancia, todo gratis. Janete, por supuesto, me arrastró directo al bar, y ya de entrada me obligó a tragarme un shot de tequila con sal y limón. Según ella, era solo para calentar motores. Pero después vino otro… y otro… y otro más.

Ahí fue cuando perdí totalmente el control de mi cuerpo, y con eso se fue también la dignidad. Tomé todo tipo de tragos que estaban sirviendo. Desde champán caro hasta caipiriña. Me volví loca y Janete y yo nos destrozamos bailando en la pista al ritmo del DJ. La niña de iglesia que cantaba en el coro terminó perreando hasta el piso y casi se quita la ropa. Nunca me divertí tanto en la vida. Pero en cierto momento, todo se apagó. Volví en mí al escuchar algo que parecía el sonido del mar. Tenía un sabor asqueroso a alcohol en la boca y un dolor de cabeza del demonio. Me senté con dificultad sobre algo resbaloso, aunque no estaba mojado.

Cuando abrí los ojos, todo giraba a mi alrededor. Me pasé las manos por la cara y parpadeé varias veces. A medida que la vista borrosa se aclaraba, me di cuenta de que estaba en una playa. Era muy temprano y no había un alma. La gran pregunta era: ¿cómo carajos llegué ahí? Lo último que recordaba era estar en la fiesta de

la empresa, bebiendo como loca con Janete. Dicen que cuando a los pobres les dan comida y trago gratis, se pierden.

¿Y dónde estaba mi amiga? ¡Dios mío! Todo eso solo podía ser una pesadilla. Con suerte, me despertaría en algún momento. Cerré los ojos fuerte y respiré hondo, esperando abrirlos y encontrarme segura en mi cama, escondida hasta la cabeza bajo el edredón, pero en vez de eso, me topé con un hermoso amanecer detrás de las montañas y un cielo teñido de naranja. ¿Eso eran pájaros cantando? ¡Qué lindo! Sonreí, maravillada al ver esas golondrinas volando en forma de V. Un verdadero milagro de la naturaleza.

Pero entonces recordé que no tenía ni idea de dónde estaba, ni cómo había llegado ahí. Tenía que encontrar la forma de volver a casa. Intenté ponerme de pie, pero no pude, todavía me sentía mareada. Todo el cuerpo me dolía y estaba cubierta de esa arena blanca, incluso tenía hasta entre las nalgas. Me iba a tomar una semana quitar cada grano.

—¡Mierda! ¿Alguien anotó la patente del autobús que me pasó por encima? —Me soné el cuello de un lado al otro. Ni cuando trabajaba de lunes a domingo en tres empleos quedaba tan destrozada.

—Si descubres qué autobús fue, me avisas, cariño, porque a mí también me pasó por encima —dijo una voz ronca y adormecida a mi lado. Abrí los ojos como platos y giré lentamente el rostro. Lo que vi me hizo soltar un grito.

Había un hombre alto y musculoso acostado a mi lado, completamente desnudo, con el cabello rubio desordenado cubriéndole parte de la cara. Un rubio deslumbrante, con unos ojos azules intensos como los de un lobo y barba de un par de días. Un verdadero Dios nórdico. Y bien dotado. Nunca había visto un pene en vivo y en directo, y el suyo era enorme. No sabía que podían ser tan grandes incluso dormido. Era rosado y, siendo honesta, bastante bonito.

—¿Quién eres tú, pervertido? —Agarré un palo que la marea había arrastrado y lo levanté para defenderme—. ¿Y qué haces desnudo tan cerca de mí?

—¿Puedes hablar más bajito, chispita? Me duele la cabeza —Se rascó el pecho, perezoso, y se dio vuelta con los ojos cerrados—. Y, por cierto, tú también estás desnuda, cariño —dijo entre un bostezo.

Cuando miré hacia abajo, me quedé en shock. Además de estar desnuda, mi cuerpo estaba lleno de marcas moradas de chupones y mordidas. Y no solo eso, al estar de pie, sentí una molestia entre las piernas, como una especie de ardor bastante doloroso. ¡Mierda! Fue en ese momento cuando me di cuenta. Me había despertado desnuda en la playa, con un hombre extraño a mi lado, y por el estado en el que estaba, era obvio que había pasado "algo más". Y fue intenso.

—¡NOOOOO! —grité desesperada.

Esperé veinte años para perder la virginidad de la forma más ridícula posible: borracha y con un desconocido al aire libre.



01

Judite

¿Cómo iba a mirar a mi novio ahora? Nunca me perdonaría. El acuerdo era tener nuestra primera vez juntos, pero fui una idiota y arruiné toda la vida perfecta que habíamos planeado. Jonathan nunca me perdonaría. Fui débil, me entregué a la tentación y el diablo actuó en mi vida.

—¡Lo arruinaste todo, maldita sea! —Empecé a llorar.

—¿Qué pasó, chispita? Tampoco te pongas así —El tipo se sentó en la arena, frotándose los ojos azules más hermosos que había visto en mi vida. Mi pequeño colapso le quitó el sueño de golpe.

—Eso es lo que quiero saber, ¿te acuerdas de algo de anoche? —Empecé a recoger mi ropa, que estaba esparcida por la arena. Gracias a Dios mi bolso estaba allí y no faltaba nada, pero mi ropa interior había desaparecido.

—Lamentablemente, no me acuerdo de nada, lo siento, linda. Pero por las marcas de uñas en mi pecho, me puedo imaginar que la noche fue buenísima —Me guiñó un ojo con una sonrisa de sinvergüenza.

¡Mierda! ¿Cómo alguien puede verse tan bien con esa cara de dormido y el cabello hecho un desastre? Era inaceptable. ¡El muy cretino estaba buenísimo! De esos niñitos ricos que nunca tuvieron que mover un dedo para tener nada en la vida, y cuyo camino jamás se cruzaría con el mío, una pobretona de favela, si no fuera por una maldita jugada del destino.

—¿Buenísima? ¡Yo era virgen, idiota! Mi novio y yo estábamos esperando para tener nuestra primera vez juntos después de casarnos, ¡somos personas religiosas! —Las lágrimas caían por mis mejillas mientras me vestía. Lo había arruinado todo.

—¡Jesucristo! Nunca había oído tantas tonterías juntas —Se echó a reír como loco, hasta rodó en la arena con las manos en el estómago. Encima de todo, el imbécil era burlón.

Me puse furiosa. Mi dolor era motivo de burla para ese hijo de puta.

—¡Vete al infierno, pedazo de mierda! —En un arrebato de rabia, agarré el palo que había encontrado en la arena y le di en la cabeza con todas mis fuerzas. El muy sorete se desmayó.

Entré en pánico. Ahora, además de haber perdido mi virginidad con un desconocido, ¡había matado al desgraciado!

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago ahora? —Miré a todos lados, no había nadie—. ¿Llamo a la policía? ¡Mejor no! Soy de la favela, seguro me culpan por matar al niño rico mimado.

Aunque pensándolo bien, sí era mi culpa. Tal vez lo mejor sería llamar al hospital... y luego huir. Saqué mi celular del bolso y vi que solo tenía cinco por ciento de batería.

—¡No! Mejor huyo primero y luego llamo al hospital —Me puse las sandalias y eché a correr. Pero unos metros después, la culpa me alcanzó.

¡Maldita sea!

—¡Eres una completa idiota, Judite! —Regresé bufando, dispuesta a ver cuánto daño le había hecho al bonito rostro del idiota.

Su abdomen subía y bajaba, así que estaba respirando. Menos mal.

—Bueno, si respira, va a sobrevivir —Giré para irme, pero entonces el hombre empezó a temblar como lombriz en asfalto caliente, y una espuma rara le salía por la comisura de los labios.

¡Santo Dios! ¡Estaba teniendo una convulsión!

Solté mi bolso y me lancé sobre él para ayudar. Me había formado en medicina viendo todas las temporadas de Grey's Anatomy sin perder un solo capítulo en el sitio pirata donde lo veía. Traté de girarlo de lado para que no se ahogara con su propia saliva, pero era demasiado grande y no tenía la fuerza suficiente.

Entonces decidí subirme encima del rubio sexy. Con una pierna a cada lado de su cuerpo, lo obligué a quedarse quieto. Me incliné sobre él, sujeté su rostro con firmeza entre mis manos y lo giré hacia un lado. De repente dejó de temblar. Pensé que mi maniobra había funcionado. Pero escuché un suspiro como si estuviera dando su último aliento. Seguro era un paro cardíaco.

Comencé a hacerle reanimación cardiopulmonar, y casi podía escuchar a Meredith Grey diciéndome qué hacer en mi oído. Coloqué las manos sobre su pecho y empecé a presionar hacia arriba y abajo. Cuando llegó el momento de hacer la respiración boca a boca, el muy bandido soltó una carcajada.

—¡No puedo creer que caíste, chispita! —dijo riéndose a carcajadas. Todo había sido una maldita broma. Y yo ahí, dándolo todo para salvarle la vida.

—Eres un verdadero imbécil, ¿sabías? —Le di varias bofetadas en la cara. Cuanto más le pegaba, más se reía.

Y en eso terminé frotándome sobre él. Solo recordé que aún estaba desnudo cuando sentí su amiguito despertando debajo de mí.

Intenté levantarme, pero fue más rápido que yo y me giró, quedando encima mío.

—No sé cómo llegamos hasta aquí, bonita, pero ya que tu "sello" fue roto, ¿qué tal si protagonizamos tu segunda y tercera vez? —Acercó nuestros rostros y me miró con esos ojos que solo usan los bastardos para engatusar a alguna idiota.

¡Maldita sea! Tenía que admitir que, de cerca, ese hombre era aún más lindo. Pero no iba a cometer el mismo error dos veces. Me acosté con él porque estaba borracha. Pero soy una mujer correcta. No nací para ser el antojo de un niñito rico que me tiraría a la basura después de conseguir lo que quería.

—¡Prefiero morir antes de dejar que me toques otra vez, imbécil! —Le di un rodillazo entre las piernas y cayó de lado gimiendo de dolor.

Agarré mi bolso y salí corriendo descalza, dejando las sandalias atrás. Encontré la parada de autobús más cercana y regresé a casa. Me di una ducha, me encerré en mi cuarto y lloré hasta quedarme sin lágrimas. Había cometido un error por el que pagaría el resto de mi vida.

—¡Qué mierda, Judite! Perdiste tu virginidad con un tipo del que ni sabes el nombre, probablemente nunca lo volverás a ver. Años esperando por ese momento tan especial, para terminar entregándote así, de la forma más estúpida, a un imbécil cualquiera —Lloré aún más.

Lloré hasta quedarme dormida. Gracias a Dios era mi día libre y dormí todo el día. Solo me desperté por la noche, con los gritos de mi padrastro. Él y mi madre estaban discutiendo una vez más, como siempre. Ya ni me sorprendía. Nunca iba a entender el amor que ella sentía por ese tipo asqueroso. Aceptaba su maltrato con tal de no perderlo. Ya le había dicho que dejáramos esa maldita vida, pero la respuesta siempre era la misma: no.

Mi madre siempre decía que prefería morirse antes que quedarse sin su marido. Yo odiaba al DG. Lo apodé el perro del amo porque el hijo de puta era la mano derecha del capo narco en la favela de la Rocinha; todo el trabajo sucio lo hacía él. Andaba con un arma en la cintura, para meterle miedo a la gente... y lo lograba, menos conmigo, que siempre lo enfrentaba con la cabeza en alto.

Mi madre se casó con ese infeliz cuando yo tenía doce años, y tuvieron dos hijos: Eduarda, de siete años, y Juancito, de cinco. Esos dos niños eran mi vida. Si no me había largado del infierno en el que vivíamos, era por ellos. Pero necesitaba tomar una decisión, y rápido. A ese paso, el DG iba a terminar matando a mi madre a golpes.

Para empeorar todo, ese gusano había empezado a mirarme con otros ojos. Pero prefería morir antes de permitir que me pusiera un dedo encima.

—¿Podemos dormir contigo, Jud? —preguntó mi hermana tocando la puerta con voz temblorosa. Cuando abrí, estaba abrazada a Juancito y me rompió el corazón.

Cuando salía a trabajar o estudiar, Eduarda era la que protegía a nuestro hermanito de la violencia del desgraciado de su padre.

—Claro que sí, mi amor. Les voy a leer un cuento —Tomé a Juancito en brazos, le agarré la mano a Duda y los llevé a mi cuarto. Como siempre hacía desde que nacieron, me tragué todo el dolor, puse una sonrisa en la cara y fingí que todo estaba bien.

Nos acostamos en mi camita de madera, que estaba tan vieja que una de las patas había sido reemplazada por un bloque de ladrillo. Puse una melodía relajante en mi celular para tapar los gritos que venían desde la sala y les leí por enésima vez el cuento de Pinocho. Era el favorito de los dos. Mientras yo viviera, no permitiría que nada malo les pasara a esos dos angelitos hermosos y tan amados por mí.

Ellos se durmieron enseguida, pero yo no pegué un ojo en toda la noche. Como de costumbre, a la mañana siguiente me levanté de

madrugada para alistarme e ir al trabajo. Me puse el uniforme, me recogí el cabello en un moño y, mientras me cepillaba los dientes, me dieron ganas de llorar otra vez al ver todos esos chupones en mi cuello. Pero aguanté las lágrimas con valentía. Tenía que ser fuerte. Antes de salir, besé a mis hermanos en la frente, les acomodé las cobijas, agarré mi llave y la metí en mi mochila junto con una botellita de agua, ya que ni siquiera podía darme el lujo de comprar una en la calle.

Antes de cruzar la puerta, revisé por última vez la mochila para asegurarme de que no olvidaba nada. Me acordé de que había dejado el celular debajo de la almohada en mi cama, pero no quise regresar por él. Tenía cientos de mensajes y llamadas perdidas de mi novio y de Janete. Me había pasado todo el día anterior y la noche sin hablar con Jonathan, y el pobre debía de estar muy preocupado. Pero todavía no estaba lista para contarle la verdad. Quería hacerlo en persona. Yo era de la vieja escuela, cara a cara.

Le diría la verdad a Jonathan, le rogaría que me perdonara por el enorme error que cometí y que me diera una segunda oportunidad. Haría todo lo posible para que nuestro amor sobreviviera a esto. Sin embargo, si él ya no me quisiera -y con toda la razón-, seguiría adelante con el corazón destrozado, pero con la cabeza bien en alto. Porque Judite da Silva no nació para arrastrarse por ningún hombre, ni aunque estuviese loca de amor; yo no estaba en la basura y jamás haría como mi madre, que se rebajó por un hombre. Me valoraba, siempre había sido así y nunca tuve la intención de cambiar.



02

Judite

—¿Dónde te habías metido, mujer? —gritó Janete apenas llegó a la parada del autobús. Nos encontrábamos ahí todas las mañanas para ir juntas al trabajo.

Debí haberle respondido sus mensajes, pero me sentía avergonzada y demasiado perturbada también. Así que los leí y los borré.

—Ojalá pudiera contarte, amiga, pero no puedo —Crucé los brazos y aparté la mirada, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Más te vale que empieces a soltar la lengua, maldita! ¿Tienes idea de lo desesperada que estaba cuando desapareciste borracha en medio de la fiesta, loca? Fui al baño y te pedí que me esperaras un minuto afuera, y cuando salí, ya no estabas por ningún lado —Se puso las manos en la cintura y movió la cabeza de lado a lado. Siempre hacía eso cuando se enojaba.

—¡No lo entiendes, Janete! No puedo contarte lo que pasó porque no me acuerdo de una mierda. Todo lo que sé es que desperté desnuda en la playa al día siguiente, con un idiota que

nunca había visto en mi vida, y ahora no tengo ni idea de cómo explicarle a mi novio estas marcas en el cuello —Me bajé el cuello alto de la blusa que tuve que ponerme encima del uniforme, aunque hacía un calor del demonio, solo para cubrirlas.

—¡Estamos jodidas! —Janete hizo una mueca al ver los chupones. Eran realmente grandes y profundos, como si me hubiera atacado un grupo de sanguijuelas.

—Más que jodidas, me jodieron. ¡Y ni siquiera sé si estuvo bueno! Me voy a morir con esa duda —solté, intentando no llorar.

—Tranquila, amiga. Mira el lado bueno: al menos ese tipo no te hizo daño. Porque tú y yo sabemos que esto pudo haber terminado mucho peor, con tu cuerpo tirado en una zanja por ahí —Janete me abrazó.

—¿Qué lado bueno puede haber en esto? Perdí mi virginidad con un pendejito engreído con pinta de rico mimado. Ahora mi novio jamás me va a perdonar —Lloré de la impotencia.

—Pero... ¿al menos el ricachón estaba bueno?

Janete tenía que preguntar. Era más fuerte que ella.

—¡Bueno es poco! El hijo de puta estaba para morirse, y además tenía una verga enorme —Puse los ojos en blanco llenos de lágrimas mientras subíamos al autobús. Ese diciembre iba a ser eterno para mí.

—Entonces yo también estaría furiosa si no recordara que tuve sexo con un tipo hermoso y bien dotado, Jud.

Lo dijo totalmente en serio, y yo le di un codazo. Las dos empezamos a reír. Nuestra amistad era así: siempre nos reíamos de los problemas porque, aunque éramos jóvenes, sabíamos que llorar y lamentarse no solucionaba nada.

—Y así empieza otro día de lucha, Dios mío —Suspiré pesadamente ya frente al hotel. Por mí, me habría quedado en casa.

—Adiós, amiga. Te veo más tarde —Janete me abrazó—. Tranquila, que todo va a salir bien. Pero necesitas tomarte esto —sacó una cajita de su bolso y me la dio. Dentro había un blíster con una sola pastilla.

—¿Y esto para qué, Janete? No estoy enferma.

—Pero podrías estar embarazada, así que tómate esa pastilla del día después. Una mujer inteligente siempre lleva una en el bolso.

—Pero yo estoy en contra de... —Janete me tapó la boca con los dedos antes de que empezara mi discurso de cristiana.

—Sé que estás en contra por tu religión, Judite, y respeto eso. Pero no es el mejor momento para quedar embarazada, ¿no crees? —Acarició mi rostro, y otra vez me dieron ganas de llorar.

Saber que podría estar matando a mi hijo me destrozaba por dentro. Pero Janete tenía razón. Ya estaba bastante jodida. Quedar embarazada solo iba a empeorar todo. Así que me tomé la maldita pastilla del día después y me fui a trabajar sintiéndome terriblemente culpable. Ese día me tocó limpiar el último piso, donde estaban las suites principales de lujo, con tarifas de hasta diez mil reales por noche... casi un año entero de mi salario.

Pero eso no era nada para la gente que se hospedaba allí. Había desde celebridades hasta empresarios asquerosamente ricos y miembros de la alta sociedad nadando en dinero. Solo gente importante. Tanto así que a los empleados no nos estaba permitido mirar directamente a los ojos de los huéspedes, porque la mayoría no soportaba ese tipo de contacto con el personal de servicio.

—Buenos días, Judite, tienes muy mala cara —dijo el conserje del hotel, el chico que cargaba las maletas de los huéspedes.

—Tu cara tampoco es para envidiar, Caio —le respondí bromeando al pasar con mi carrito de limpieza hacia el ascensor de empleados.

—Pero igual las chicas se vuelven locas por el pelo de este negro, Judi —dijo con arrogancia mientras apretaba el botón del

último piso para mí. No le respondí nada, solo puse los ojos en blanco.

—Adiós, Caio. Ve a buscar algo útil que hacer —Entré al ascensor con mi carrito. Él me saludó hasta que las puertas se cerraron.

Era un buen chico, pero se creía más lindo de lo que realmente era.

—¡Dios mío! Parece que pasó un huracán por aquí —dije horrorizada al entrar a la suite presidencial. En el año que llevaba trabajando en ese hotel, jamás me había tocado ese cuarto en semejante estado. Había hasta un sostén colgado del candelabro del techo, botellas de licor por todas partes y un olor a marihuana que era insoportable.

Pero como ese era mi trabajo, decidí enfrentarlo. Resolví empezar por el baño, pero cuando abrí la puerta me llevé el susto de mi vida: había tres personas teniendo sexo en la bañera de hidromasaje. Un hombre y dos mujeres, una rubia y otra morena, ambas inclinadas chupándole el pene al tipo al mismo tiempo.

No alcancé a ver mucho porque bajé la cabeza de vergüenza, sentí como si estuviera dentro de una película porno.

—Disculpe, señor. Me enviaron a limpiar el cuarto, pero puedo volver más tarde —Cerré la puerta del baño rápidamente y empecé a recoger mis productos de limpieza apurada, lista para salir corriendo. Si el huésped se quejaba con la gerencia, yo estaría jodida.

—¿Me estás siguiendo, chispita? —Di un salto al escuchar esa voz gruesa detrás de mí, y cuando me giré para ver de quién era, casi me da un ataque.

—¡Esto debe ser una broma! —me irrité. No podía creer que eso estuviera pasando. Era demasiada coincidencia.

Estaba frente al tipo con el que desperté desnuda en la playa la mañana anterior. Había salido de la bañera y se había puesto una

toalla en la cintura solo para venir a molestarme. Me miraba con esa cara de pícaro que solo él sabía poner. Y detalle: su pene seguía duro debajo de la toalla blanca. Sumado al pelo rubio mojado cayéndole sobre los ojos azules más lindos que había visto en mi vida, y ese pecho bronceado lleno de músculos cubierto de gotas de agua... era tan sexy que te hacía perder los ojos.

¡Dios mío! Podía ser un sinvergüenza, pero era el hombre más hermoso que había visto jamás. Y como ya sospechaba, era un ricachón. Porque si estaba en la mejor suite del hotel más caro de la ciudad y con dos mujeres espectaculares en su bañera solo para satisfacer sus deseos carnales, es porque su cuenta bancaria tenía más ceros de los que yo podía imaginar.

—No, preciosa, esto es el destino. ¿Por qué no vienes y te unes a nuestra fiestita? Podemos terminar lo que empezamos en la playa —Se acercó a mí como si fuera a besarme, pero retrocedí dos pasos.

—Disculpe, señor, pero no tengo permitido hablar con los huéspedes —Seguí recogiendo mis cosas apresurada para salir de allí cuanto antes.

—¿En serio vas a fingir que no me conoces, querida? Yo fui tu primer hombre. Te guste o no, estoy marcado en tu historia para siempre —Se jactó, claramente disfrutando molestarme.

—¿Marcado en mi historia? ¡Una mierda! Ni siquiera sé tu nombre. Así que hazme el favor, cierra esa bocota bonita y confórmate con tus dos amiguitas ahí adentro, porque a este cuerpecito no lo tocas nunca más —Le apunté con el dedo a la cara.

—¿Estás celosa, preciosa? No te preocupes, aquí hay verga de sobra para todas —Abrió la toalla y me mostró ese maldito pene enorme. Era un maldito degenerado.

—Si crees que puedes seducirme mostrándome eso, estás perdiendo tu tiempo. Solo estuve contigo porque estaba borracha y en mi peor momento. De otra forma, ni te habría mirado. Lo siento, niño rico, pero no eres mi tipo —Le solté sin filtros, algunos solo lo entienden así.

—Soy el tipo de cualquier chica, nena. ¿Ya viste bien esta carita privilegiada? —Señaló su propio rostro indignado, y yo me reí en su cara. Era como un pan mal horneado: bonito por fuera y vacío por dentro.

—No sé qué es peor, haber perdido mi virginidad con un desconocido, o descubrir que ese desconocido es un idiota egocéntrico que cree que la belleza física vale más que el contenido —Solté en un largo suspiro, más para mí que para él.

No lo culpaba por lo que pasó ni me haría la víctima. Estábamos borrachos. Éramos adultos y nadie obligó al otro a nada. Simplemente pasó. Pero eso no significaba que ahora fuéramos amigos. De hecho, quería olvidarme de que ese hombre existía.

—No hay problema, preciosa. Ya no tengo que ser un desconocido. Mucho gusto, me llamo Theo —Extendió la mano con una sonrisa galanteadora, pero la dejé en el aire.

—Vete al carajo, galancito —Le hice un gesto obsceno con el dedo del medio.

—¡Guau, nena! Qué agresiva. ¿Ni siquiera me vas a decir tu nombre? —Hizo un puchero que, lo admito, era lindo, pero yo no me vendía tan barato.

Y cada vez que me llamaba "chispita" con ese acento carioca de surfista de zona Sur, me daban ganas de estamparle la mano en la cara.

—No voy a decirte ni mierda. Ahora cállate, carajo. No soporto tu voz.

Mentí. Tenía una voz grave y seductora, como de locutor de radio en un programa romántico de domingo por la noche, de esos que te hacen pensar que todo lo que dicen es para conquistarte. No soportaba a ese Theo, pero no podía negar que era un hombre privilegiado físicamente. Lo miraba buscando algún defecto, por mínimo que fuera, pero no encontré ni un maldito pelo fuera de lugar.

—No necesitas decirme tu nombre, Judite, porque está justo aquí —Señaló la plaquita en mi uniforme de mucama, justo a la altura del pecho. Ni me acordaba de eso.

—¡Mierda! —resoplé.

—Por cierto, lindo nombre. Supongo que tus amigos te dicen Judi, ¿no? Creo que voy a llamarte así también, después de todo, somos íntimos… —Salí del cuarto y le cerré la puerta en la cara. O hacía eso, o cometía un crimen a sangre fría. Me temblaba hasta el rostro de la rabia.

No podía entender cómo ese tipo lograba irritarme tanto. No solo tenía que cargar con el pecado de haberme acostado con él, ¡también me veía obligada a soportar su cara! Estaba tan mal emocionalmente que inventé que me sentía enferma y le rogué a mi supervisor que me dejara ir. Como era una empleada ejemplar que nunca faltaba y siempre hacía horas extra, me permitió irme y hasta me deseó que me recupere.

Agarré mi bolso y salí volando del hotel para no cruzarme de nuevo con ese imbécil. Solo rezaba para que no se quedara demasiado tiempo hospedado ahí.

—Ey, linda, ¿por qué te vas tan temprano del trabajo? —Mi novio me saludó desde el otro lado de la calle, justo frente al hotel. Bien dicen que cuando la vida quiere joderte, no se anda con rodeos.

—Hola, Jonathan, pedí permiso para salir antes porque no me estaba sintiendo bien —respondí con una sonrisa forzada, ahogada por la culpa, mientras levantaba la mano para saludarlo desde lejos.

El semáforo para peatones acababa de ponerse en verde, así que tomé la correa de mi bolso, que llevaba debajo del brazo, y crucé la calle lo más despacio que pude. Quería retrasar todo lo posible tener que mirarlo a los ojos.

—¿Qué tienes, princesa? Ven acá que yo voy a cuidar a mi amorcito —Jonathan me abrazó con ternura, y tuve que morderme

los labios para contener el llanto que se me subía a la garganta.

—Creo que comí algo en mal estado, solo eso. Pero contigo aquí ya me siento mejor —Incliné la cabeza para mirarle el rostro, y como siempre, ahí estaba esa sonrisa dulce que me hacía suspirar. Mi novio era el hombre más honesto y gentil del mundo.

Jonathan no era el más lindo, pero tenía su encanto. Era bajito y delgado, pero siempre iba bien vestido dentro de sus posibilidades, y era muy trabajador. Se llevaba bien tanto con la gente honesta de la Rocinha como con los delincuentes; todos lo querían por ser una buena persona. Por eso, las chicas siempre se le lanzaban encima, era el mejor partido del barrio.

—Estoy en horario de trabajo, amor, pero puedo llevarte al hospital —Me dio un beso en la frente.

—No hace falta. Solo necesito ir a casa y descansar un poco, he trabajado demasiado. Y tú también, Jonathan. Me sorprende verte aquí en horas laborales.

—Le pedí permiso a mi jefe. Hoy el bar está tranquilo. Y aunque no lo estuviera, igual vendría. Hasta dejaría el trabajo si fuera necesario, porque la señorita no me ha respondido ni una sola llamada o mensaje. Fui a tu casa y tu mamá me dijo que estabas en el trabajo, así que vine a ver qué pasaba con mi novia.

—Perdón por haberte preocupado, amor. Mi celular se rompió y por eso ni lo traje hoy —Mentí descaradamente mientras respiraba hondo. Nunca me había sentido tan mal. La mentira pesaba toneladas.

Pero no podía decirle la verdad a Jonathan ahora. Estábamos en fechas navideñas y al menos esperaría a que pasaran las fiestas para contarle todo y arruinarle la alegría.

—No tienes que disculparte, Judite. Lo importante es que estás bien —Me tomó del mentón y me besó con calma. Durante esos segundos me permití olvidar todo lo que había pasado y simplemente disfrutar el momento.

Besar a mi novio me dio esa falsa sensación de que todo estaría bien entre nosotros, que nada ni nadie podría separarnos. Después de todo, estábamos hechos el uno para el otro, como almas gemelas.

—¡Ey, Judi! —Escuché de nuevo la voz del diablo llamando mi nombre.

Era el maldito playboy, pasando en un BMW rojo con la morena y la rubia tetona a su lado. El desgraciado era tan descarado que incluso tocó la bocina, se quitó los lentes de sol tipo aviador solo para mirarme directamente a los ojos con esa sonrisita de quien sabe que tu novio es un cornudo y no lo sabe, pobrecito.

¡Hijo de puta!

—¿Y ese tipo engreído quién es, Judite? —Jonathan frunció el ceño, ya sospechando. No era ningún tonto y notó que había algo extraño en el aire.

—Solo un huésped fastidioso del hotel, mi amor. Nadie importante. Ahora vamos, salgamos de aquí —Lo tomé de la mano y lo llevé lejos antes de que ese tal Theo regresara y soltara la lengua.

Fui una idiota y cometí el peor error de mi vida, pero no iba a rendirme tan fácilmente. Lucharía por nuestro amor hasta el final. Jonathan era el hombre de mi vida.



03

Theo

Después de una mañana entera llena de sexo y todo tipo de perversiones en la suite presidencial del hotel cinco estrellas de mi querido papá, el insufrible Roberto Alencar, despaché a esas dos putas en una esquina cualquiera y me fui directo al aeropuerto a encontrarme con mi mejor amiga desde preescolar, Bruna. No la veía desde la última vez que estuve en Brasil, en Navidad del año pasado, por eso planeamos un viaje de tres semanas a Fernando de Noronha junto con su novia, que es una chica muy buena onda.

Aunque estábamos lejos, Brunita y yo hablábamos todos los días por videollamada. La extrañé un montón cuando me mudé a Francia para estudiar ingeniería mecánica, para desgracia de mis padres. Siempre me encantaron los autos, pero para mis padres eso no era más que un pasatiempo tonto y no una profesión real. En realidad, nada de lo que eligiera les parecía suficiente. Soy el único heredero de todo el imperio que construyó mi padre, por eso siempre exigió que me preparara para tomar su lugar en la administración de la cadena de hoteles de lujo que la familia tiene repartidos por todo el

mundo. La fortuna de los Alencar se valora en miles de millones de reales.

Pero como dicen por ahí, el dinero no compra la felicidad. Al menos no la mía. Después de que mi hermano gemelo muriera a los dieciséis años, cuando un compañero de clase enloqueció y fue al colegio con el arma de su abuelo, matando al profesor y a seis alumnos más, mi vida se volvió un verdadero infierno. Ese día no fui a clases. Como siempre, fingí estar enfermo solo para quedarme en casa viendo la tele y siendo mimado por mi mamá y todos los empleados. Siempre odié estudiar, nací para ser un vago. Era rebelde, problemático y atrevido.

Tadeo no era así. Nació cinco minutos antes que yo, pero para él eso era suficiente para creerse el hermano mayor responsable, siempre cubriéndome las espaldas en todos los líos en los que me metía. Era protector, estudioso y extremadamente inteligente. A diferencia mía, soñaba con dirigir los negocios de la familia algún día, y estoy seguro de que habría sido excelente en eso, como en todo lo que hacía. Nuestro padre notó rápido la diferencia entre nosotros, así que me dejó de lado y concentró toda su atención y energía en Tadeo. Siempre se lo llevaba al trabajo.

Nunca me molestó la buena relación de padre e hijo que tenían, eso me daba libertad para vivir mi vida de vago en paz, acostándome con todas las chicas que se me cruzaban. Tenía solo dieciséis años y quería disfrutar. Era lindo, rico y charlatán. ¿Qué más podía pedir? Mi vida era perfecta para un chico de mi edad. Pero todo cambió cuando mi hermano murió. Mi padre me culpó y dijo que si hubiera ido a clases ese día, tal vez él no habría muerto. Me gritó que Dios se había equivocado de hijo. Fue horrible escuchar eso. Y si ya era rebelde, me volví aún peor.

Nunca lo perdoné a mi padre por eso, y él nunca me pidió perdón. Aún cree que hubiese sido mejor que yo muriera en lugar de Tadeo, y se encarga de hacérmelo saber. Mi madre, aunque no me culpaba, al principio solo lloraba y no podía mirarme porque le recordaba a mi hermano; éramos gemelos idénticos. Así que quedé

solo en esa casa enorme. Me deprimí. Aunque peleábamos mucho, Tadeo y yo éramos mejores amigos.

Sentía que había perdido una parte de mí. Pero nadie se dio cuenta. Mi dolor era invisible para ellos. El único que estuvo siempre a mi lado fue nuestro mayordomo Jefri. Me abrazó mientras lloraba y nunca me abandonó. Cuando cumplí dieciocho, decidí irme a vivir a Francia porque ya no soportaba las peleas con mi padre. Incluso cuando regreso a Brasil, no me quedo en la casa de mis padres; me hospedo en uno de nuestros hoteles.

Roberto Alencar nunca fue un padre presente, esa es la verdad. Nuestro mayordomo Jefri, aunque era más femenino que mi madre, fue la única figura paterna real que Tadeo y yo tuvimos en toda nuestra vida. Lo quería muchísimo. Tenía más recuerdos felices de mi infancia con él que con mi propio padre, que siempre estaba trabajando o gritándome.

—¿Por dónde andan los pensamientos de esa cabecita hueca? —Bruna me apretó la mejilla mientras estábamos en un bar del aeropuerto esperando nuestro vuelo.

Cada vez que venía a Brasil me sentía raro, como si me aplastara una ola enorme de recuerdos dolorosos y resentimiento. Solo venía en época de fiestas porque mi madre me obligaba. Si fuera por mí, jamás volvería a pisar este lugar, para no tener que verle la cara a mi padre.

—Estaba pensando en nuestro viaje a Fernando de Noronha. Va a ser genial pasar tres semanas en ese paraíso —Me eché las gafas de sol hacia atrás con el pulgar y di un sorbo a mi caipiriña. Ni siquiera eran las doce del mediodía y ya estaba bebiendo.

—Yo también lo creo, ¡Theo! Pero ahora cuéntame el resto de la historia de la chica que despertó desnuda en la playa y te dio una paliza. ¿En serio se reencontraron hoy en el hotel? Parece una novela —Bruna apoyó el codo sobre la mesa y el mentón en la mano. Era escritora y le encantaban las buenas historias.

—Solo si es de terror. Esa chica está buenísima, pero está completamente loca. ¿Puedes creer que me rechazó? Dijo que solo se acostó conmigo porque estaba borracha. ¡Por favor! —Me terminé la bebida de un trago y le pedí otra al camarero.

Solo después de que esa loca salió corriendo y me dejó solo en la playa fue que me acordé de que no tenía ni la billetera ni el celular, porque los había dejado en mi suite. Lo único que recordaba claramente de esa noche era que estaba aburrido en el hotel y decidí bajar a la fiesta de los empleados. Fue Jefri quien me contó que iba a haber una y que valía la pena, y tenía razón. Nadie sabía que yo era el hijo del dueño, así que me infiltré entre los invitados y la pasé bomba. Hice amistad con un montón de gente; las fiestas de gente humilde, con todo gratis, son siempre las más divertidas.

Bebí y bailé mucho, y después solo recordaba haber despertado en la playa con la loquita esa. No tenía ni idea de cómo nuestros caminos se cruzaron, y por lo visto, ella tampoco. El punto es que, sin celular ni billetera, me tocó caminar bajo ese sol infernal hasta encontrar una cabina telefónica que funcionara. Llamé a Bruna para que viniera a buscarme. Estaba cansado, con hambre y todo lleno de arena. Me vi obligado a contarle lo que pasó, y desde entonces, mi amiga no ha querido hablar de otra cosa.

La loca de Bruna jura que mi encuentro con Judite no fue casualidad, que fue cosa del destino y que todavía hay mucha historia por vivir ahí, y no sé qué más. Pero yo no creo en esas tonterías de "escrito en las estrellas".

—Ya amo a esa chica, Theo. ¿Cuándo voy a conocerla? —soltó Bruna entre risas. Ella era mi mejor amiga y me quería, pero también sabía muy bien que yo era un desgraciado y no valía ni medio real.

—¿Cómo que amas a otra chica, Bruna? Me estoy poniendo celosa —dijo la novia de mi amiga cuando volvió y se sentó con nosotros en la mesa del bar. Ellas dos estaban juntas desde la adolescencia.

La verdad, creo que mi amistad con Bruna duró tanto porque no le gustan los hombres. Si no, ya me la habría tirado también, igual que hice con todas mis otras amigas.

—Perdón, Sara, pero es imposible no amar a esa chica. Fue la primera que le dijo que no a Theo y encima le dio una paliza estando desnudo en la playa —Bruna se río todavía más. Esa maldita iba a burlarse de mí todo el viaje por esa historia.

—¡Mentira! Yo también amo a esa chica. ¿Cuándo nos la vas a presentar, rubio? —se burló Sara entre carcajadas.

—¡Nunca! Tiene novio, y con suerte no la volveré a ver antes de regresar a Francia —Agarré mi maleta y me fui caminando. Ya era hora de abordar nuestro vuelo y no tenía más ganas de hablar de esa insolente.

¿Quién se creía esa Judite para rechazarme por el flacucho de su noviecito? Yo era mil veces mejor que él. Quería ver si ese amor de telenovela les iba a durar después de que el galán descubriera que otro tipo se había tirado a la virgencita de su novia. Pero bueno, eso ya no era asunto mío. Yo tenía cosas mejores que hacer, como disfrutar mis vacaciones en Fernando de Noronha.

Si la tal Judite no me quería, había una fila enorme esperando su turno para conocer la potencia que tengo aquí abajo. Y como le dije a Bruna y a Sara, probablemente ni siquiera la volvería a ver antes de irme de nuevo a Francia. Mi plan era volver del viaje justo en Navidad, pasar la cena con mis padres, quedarme unos días más en Río y, después de celebrar Año Nuevo con mis amigos, volar a Europa el mismo día. Adiós, Brasil… por lo menos hasta el año que viene.



04

Theo

Mis tres semanas de vacaciones en Fernando de Noronha, lamentablemente, pasaron volando. Aproveché cada uno de esos días en esas playas hermosas: surfeé, visité varios puntos turísticos, fui a un montón de fiestas y me acosté con varias mujeres, como de costumbre. Bruna y Sara son unas compañeras de viaje geniales, siempre listas para pasarla bien. Pero como todo lo bueno se acaba, tuve que volver a la realidad. Solo pasé por el hotel para darme una ducha y me fui directo a la casa de mis padres. Antes, me tomé tres tragos de whisky para tener el ánimo suficiente para soportar a Roberto Alencar, el insufrible de mi padre.

—¿Cuándo vas a madurar, Theodoro? Ya tienes veinticinco años y no pasas de ser un borracho mantenido que gasta mi dinero como si fuera agua saliendo de una fuente sin fin —Mi padre me tiró en la cara la factura de mi tarjeta de crédito ilimitada, con su típica rudeza.

Apenas acababa de llegar a su casa, ni tiempo tuve de abrir la boca, y ya estaba encima de mí con sus gritos.

—Feliz Navidad para usted también, Roberto Alencar —Solté con una sonrisa sarcástica.

—¡Feliz Navidad ni mierda, muchacho! ¿Cómo carajos lograste gastar cien mil reales en tres semanas de vacaciones en Fernando de Noronha? —Me agarró por el cuello de la camisa, como si esa miseria fuera a hacerle falta en su cuenta bancaria multimillonaria.

—Listo, papá, ya diste tu show. ¿Podemos comer ahora? Esta cena se ve buenísima, mamá como siempre se lució —Me solté de su manotazo agresivo.

Agarré una uva de la mesa de frutas y me la lancé a la boca con burla, sin darle importancia a lo que acababa de decir. Mis ojos recorrieron los cuatro puestos en la mesa, uno de ellos aún reservado para mi hermano. Era increíble cómo, incluso después de tantos años, mis padres seguían actuando como si Tadeo fuera a aparecer por esa puerta en cualquier momento y todo volviera a la normalidad.

—Qué bueno que te gustó, mi amor, porque mamá mandó hacer todos tus platos favoritos —Doña Valeria Alencar me recibió con los brazos abiertos y me llenó de besos el rostro. Siempre me había mimado y encubierto todas las estupideces que hice desde niño, que no fueron pocas.

Siempre fui el mimado de mi mamá; si le pedía un pedazo de la luna, buscaba la forma de dármelo. Por eso mi padre siempre decía que me había convertido en ese desastre por culpa de ella, que en vez de criar a un hombre, crió a un eterno mocoso. Tadeo era su favorito, y yo era el favorito de mi madre.

—Gracias, ¡usted es la mejor, mamá! —Le besé la mano y mi padre apartó la silla del extremo de la mesa y se sentó lejos de mí.

—No tienes que agradecer, querido, estoy aquí para cuidarte —Me acarició la cara—. No sabes cuánto te extraño todos los días. ¿Cuándo piensas volver a vivir en Brasil?

—Si depende de mí, ¡nunca! —respondí con firmeza.

—Gracias a Dios —murmuró mi padre.

Amaba Brasil, pero por culpa de mi padre, no volvería a vivir aquí ni muerto. Él tenía razón al decir que yo no valía nada, pero la forma en que siempre me trató, con tantas exigencias y presión, solo me empujó más al camino equivocado.

—¿Dónde está Jefri, mamá? Quiero darle un abrazo y desearle Feliz Navidad —Ignoré el comentario de mi padre y pregunté por nuestro mayordomo, no me iría sin verlo.

Jefri trabajaba con nuestra familia desde antes de que yo naciera. Siempre fue a nuestros partidos de fútbol del colegio, míos y de mi hermano, y también iba a las celebraciones del Día del Padre porque el jefe no se dignaba a perder tiempo con esas cosas.

—Jefri consiguió novio y lo dejé ir a pasar la Navidad con él en un viaje a la costa. Pero tranquilo, no lo dejé escapar para Año Nuevo, ese viejo metiche ya es parte de esta familia.

—¿Novio? Quiero conocer a ese tipo, mamá. Porque si es otro interesado de esos que solo quieren aprovecharse de Jefri, va a tener que vérselas conmigo —Me preocupé de verdad.

Nuestro mayordomo era un amor de persona, demasiado bueno, y la gente se aprovechaba de eso, sobre todo los hombres más jóvenes de los que se enamoraba. Era homosexual y nunca tuvo vergüenza de decirlo. Siempre me sentí muy orgulloso de Jefri por eso.

—¿Por qué no te ocupas de tu propia vida y dejas en paz la de los demás, Theo? Deja que Jefri sea feliz con quien quiera estar —Mi padre hizo una seña a una de las cuatro empleadas que estaban paradas cerca de la mesa para que comenzaran a servir la cena.

Todos los años mi mamá contrataba personal extra para la cena navideña, y eso que éramos solo tres personas en la mesa. Después decían que el derrochador era yo... creo que salí a ella.

—Pero bueno, hijo, cuéntame las novedades. Estoy muy curiosa por saberlo todo sobre París —Mamá cambió de tema porque sabía

que si no lo hacía, eso iba a terminar en pelea.

—Bueno, mamá, como ya me gradué en ingeniería mecánica y estoy buscando trabajo en el camp… —Me quedé sin palabras al ver a la chispita caminando hacia la mesa, toda sexy, vestida con un uniforme de mucama ajustado, con una bandeja en las manos y un pavo asado gigante encima.

Ella evitaba mirarnos a mí y a mis padres, así que aún no se había dado cuenta de que yo estaba allí. Pero eso lo iba a arreglar rapidito, porque provocar a esa pequeña traviesa me excitaba muchísimo. ¿Y cómo no? Judite tenía esa piel de chocolate tersa que daban ganas de morder, y su cabello rizado, con ese volumen salvaje, me daba unas ganas brutales de agarrarlo con las manos mientras le daba con todo.

¡Mierda! ¿Cómo pude tirarme a semejante mujer y no recordarlo? Eso era inaceptable.

—¿Podrías servirme un poco más de ensalada, Judite? —pregunté usando su nombre, y ella se giró hacia mí con la cara completamente pálida, pero enseguida se recompuso y se puso a la defensiva.

Ese carácter suyo me volvía loco, había armado todo un escándalo por un revolcón que ninguno de los dos recordaba. Y ese cuento de que era virgen no me lo terminé de tragar, mujeres así ya no existen hoy en día.

—Sí… sí, señor. —Me sirvió más ensalada con las manos temblorosas, verme en la casa de su jefe claramente la descolocó, sabía que no le sería tan fácil deshacerse de mí.

En realidad, el que no entendía qué hacía Judite en mi casa trabajando como empleada en plena Nochebuena era yo. Pensaba que era camarera en el hotel. Probablemente estaba haciendo un turno extra. Además de estar buenísima, era trabajadora. Si yo fuera de los que se casan, no se me escaparía.

—¿Y cómo sabes el nombre de la empleada, Theodoro? —Mi padre me miró por encima de los lentes con desconfianza. Sabía que si me sabía el nombre de una mujer fuera del círculo familiar, era porque me la había llevado a la cama.

—Es una de las camareras que arregla mi suite en el hotel, papá, nada más —respondí con desgano, sin ganas de dar más explicaciones.

Judite evitaba aparecer en el comedor, y cuando la obligaban a venir, no me miraba ni un segundo. Mi madre no dejaba de hablar, como siempre, mientras mi padre solo observaba en silencio. Era astuto y sabía que yo no recordaba jamás el nombre de una camarera… hasta que apareció Judite.

Después de la cena, llegó la hora de abrir los regalos. Como cada año, fue un fastidio. Mi padre aún compraba un regalo para Tadeo y lo dejaba bajo el árbol. Luego lo abría y se ponía a llorar como un niño. Después lo guardaba en su habitación, que seguía intacta desde el día en que murió. Aunque sabía que no era mi culpa, siempre me sentía culpable por estar vivo. Pensaba que si hubiera estado ahí, tal vez podría haberlo salvado o haber recibido la bala en su lugar.

Porque sentía que si yo hubiera muerto, todos serían más felices. Tadeo habría hecho cosas increíbles con su vida, nació para ser un ganador… y yo solo fui era caso perdido.

—Con permiso, voy a salir a fumar —Huí de mis padres, al menos por unos minutos. Caminando hacia el jardín, saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo trasero y me llevé uno a la boca.

—¡Mierda! Otra vez perdí el encendedor —maldije mientras admiraba la luna hermosa en el cielo. Era una noche preciosa… para alguien que estuviera pasando una feliz Navidad.

—Puedes usar el mío, playboy —La chispita me encendió el cigarrillo. Ella también aprovechó la excusa de fumar para tomarse un respiro del trabajo.

—¡No pareces fumar, nena! —Le guiñé un ojo.

—Y la verdad es que no fumo, soy religiosa. Pero esta fue la única excusa que encontré para salir un rato y respirar durante un día tan intenso como hoy. A veces la cosa se pone tan brava que ni tiempo de tomar agua tengo —Se estiró el cuello de un lado al otro, hasta se escuchó el crujido desde donde yo estaba.

Judite no debía tener más de veinte años, pero su postura y su tono de voz firmes eran los de alguien de más de treinta. Como si la vida la hubiera obligado a madurar demasiado rápido para sobrevivir a este mundo cruel. En ese momento me sentí identificado con ella.

Vivíamos realidades similares, con la diferencia de que yo nací en cuna de oro.

—¿Religiosa con ese uniforme de mucama tan provocativo, chispita? —Me recliné hacia atrás y le eché un buen vistazo al culo grande y bien paradito que tenía.

—Ese uniforme no es mío, es de la empleada a la que vine a cubrir hoy. Tiene esposo y niños pequeños, y quería pasar la Navidad con ellos.

—¿Y quién trabaja en Nochebuena, por Dios? En serio —Puse los ojos en blanco.

—Los que no nacieron en una familia podrida en plata como tú, playboy —Me soltó una bocanada de humo en la cara—. Todos los pobres saben que las fiestas de fin de año son la mejor época para ganar dinero. Pagan el doble y hasta el triple, como en el caso de tu padre. Es bastante generoso con sus empleados —De repente se puso seria, tenía la costumbre de poner caras raras de la nada.

—¿Y ahora qué pasa, Jud?

—El señor Roberto es tu padre, eso quiere decir que me acosté con el hijo de mi jefe. Si él se entera, pueden echarme con justa causa. Ni siquiera nos permiten salir con compañeros de trabajo —Sus ojos se abrieron como platos. Estaba muerta de miedo de perder el empleo.

—Relájate, chispita. A mi padre no le importa con quién me acueste. De hecho, no le importa absolutamente nada de lo que tenga que ver conmigo —Me encogí de hombros y volví a mirar la luna. Le di una calada larga al cigarrillo y solté el humo en forma de círculos.

—Perfecto —Giró hacia mí—. Porque si se te ocurre abrir la boca sobre lo que pasó en esa playa, te arranco las bolas —Apagó el cigarrillo en su muslo sin inmutarse. Esa chica estaba muy mal de la cabeza.

—Eso fue muy sexy, ¿sabías, Jud? —Me incliné y acerqué mi cara a la suya con una sonrisa de lado, mi táctica infalible con todas… menos con ella.

—¿Quién te dio permiso de llamarme Jud? Solo las personas que me caen bien me llaman así, y tú no estás en esa lista. Así que para ti, Judite está más que bien —levantó el mentón y se fue caminando, moviendo ese trasero con ritmo asesino.

Y yo me quedé ahí… babeando por esa hija de puta buenísima.

—Esa chica me va a volver loco, carajo —Negué con la cabeza, sonriendo.

Terminé mi cigarrillo y volví adentro para terminar esa aburrida noche de Navidad con mis padres. Por suerte, eso solo pasa una vez al año.



05

Judite

Estaba en shock al enterarme de que el señor Roberto era el padre de ese imbécil. ¡Era demasiada mala suerte para una sola persona! Padre e hijo no tenían absolutamente nada en común, y durante la cena quedó muy claro que no se llevaban para nada bien. Pero eso no era asunto mío. Ya era la tercera vez que el destino cruzaba mi camino con el de ese tipo en menos de un mes, y eso no podía ser normal. Tenía que mantenerme alerta o iba a terminar muy mal.

Ya había perdido mi virginidad con Theo, no necesitaba perder también el empleo por haberme metido con un Alencar. En el hotel las reglas eran claras: nada de romances entre empleados. ¿Te imaginas con el hijo del dueño? Corría el riesgo hasta de que me metieran presa por eso.

—Gracias a Dios, este es el último plato, Jud —Rose secó uno de los carísimos platos de porcelana y lo guardó en el armario. Por fin terminamos de arreglar la cocina después de la cena de los Alencar.

No era la primera vez que trabajaba en casa del señor Roberto Alencar, pero rara vez salía de la cocina. La supervisora de camareras del hotel valoraba mucho mi trabajo y siempre me llamaba para cubrir a las empleadas del ricachón cuando lo necesitaba.

—Todavía me faltan al menos dos horas para llegar a casa, Rose —Me crujió la espalda cuando me agaché a recoger una bolsa de basura. Iba a aprovechar que me iba y la dejaría fuera.

Tiramos un montón de cosas, y aun así sobró un montón de comida buena. Comí todo lo que vi delante mío, me devoré una langosta yo sola, brindé con vino caro con los otros empleados y nos reímos mucho. También me llevé algunos dulces para mis hermanos, se iban a poner felices.

—Mi hijo viene a buscarme en moto, Judite, ¡gracias a Dios!

—¡Qué suerte la tuya, amiga! —Me colgué la mochila al hombro —. Bueno, me voy. Que descanses.

—Buenas noches, querida, que duermas bien —Me despidió mi compañera de turno, a quien también solía cubrir cuando necesitaba faltar y yo estaba libre en el hotel.

Antes de irme, tiré las bolsas de basura, me puse mi chaqueta de jean y apuré el paso hasta la parada de autobús más cercana, que quedaba a veinte minutos caminando. Ya eran las dos de la mañana. No me daba miedo caminar por esa zona a esas horas porque era un barrio lleno de gente con demasiada plata, así que era seguro.

O al menos eso pensé… hasta que un auto con las luces altas empezó a seguirme a baja velocidad. Al principio creí que era paranoia, pero noté que en cada esquina que doblaba, el auto hacía lo mismo.

—¡Mierda! —Empecé a correr, pero el auto me cerró el paso.

No había a dónde escapar, así que hice lo que pude.

—¡Toma esto, psicópata! —Saqué mi gas pimienta y se lo rocié en la cara al conductor. Que lo pensara dos veces antes de seguir a otra mujer.

—¡No veo nada, carajo! ¡Me cegaste, chispita! —El tipo salió del auto, dando vueltas como gallina sin cabeza, con las manos sobre los ojos, gritando como una nena. Ni siquiera debería arder tanto.

—¿Tú otra vez, playboy? ¡Esto tiene que ser una broma! —Saqué una botella de plástico de mi bolso con cuatro dedos de agua (y probablemente uno de saliva) y se la lancé a la cara al imbécil.

—¡Aún no veo nada! ¡Estoy ciego para siempre! ¡Nunca más veré un atardecer, el azul del cielo o la sonrisa de un niño! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me hiciste esto? —Se arrodilló en medio de la calle. Nunca había visto a una persona más dramática.

—Obvio que no ves nada, bobo. ¡Todavía tienes los ojos cerrados! —Puse las manos en la cintura, sin paciencia.

—¡Ah, es cierto! ¿Por qué no me lo dijiste antes, chispita? —Se levantó y abrió los ojos. Apenas estaban rojos.

—¿Por qué me estabas siguiendo, Theo? Si tuviera un arma, te habría pegado un tiro, idiota.

—Solo quería ofrecerte un aventón. Yo también voy para el centro.

Se pasó la mano mojada por la cara y se peinó hacia atrás, dejando al descubierto ese rostro tallado por el diablo para tentarme. Lo que tenía de imbécil, lo tenía el doble de hermoso, y eso no era poca cosa.

—No, gracias. Que tengas buenas noches —Me di vuelta y seguí caminando, pero el pesado me siguió de nuevo con el coche.

—Deja de hacerte la difícil, chispita. No me gusta dejarte caminando sola por esta calle tan oscura —Bajó la ventanilla y siguió andando a mi lado. Para ser sincera, me sentía más en peligro con él que sola de madrugada.

—¿Dijiste algo? Perdón, no te escuché —Me puse los auriculares con la música a todo volumen.

Pero el tipo no se rendía. Empezó a hacer señas extrañas, apuntando detrás de mí, con caras raras. No escuchaba nada por el volumen, así que no me quedó otra que quitarme los auriculares.

—¡Corre! —gritó Theo.

Cuando miré hacia atrás, había un pitbull a pocos metros de mí, quieto y gruñendo. Tenía un collar bonito y por lo bien cuidado de su pelaje se notaba que era de algún vecino de los padres de Theo. Seguramente se les había escapado.

—¡Ay, Dios mío! —Empecé a caminar hacia atrás, muy despacio, en dirección al auto. Un movimiento brusco y ese animal me iba a destrozar viva—. Abre la puerta ya —susurré, mi espalda ya estaba pegada a la carrocería del Jeep verde oscuro.

—¿Qué dijiste, Judite? Perdón, no te escuché —dijo mientras sacaba sus auriculares JBL plateados de la guantera y se los ponía, pagándome con la misma moneda, el desgraciado.

—Por favor, Theo. Te lo ruego, abre esta puerta ya mismo —dije entre dientes para no gritar, mi vida dependía de él.

—No te oí, linda, ¿puedes repetir? —El muy idiota se atrevió a seguir probándome justo cuando el pitbull soltó un gruñido fuerte.

—¡Por favor, Theo! ¡Abre esta maldita puerta! —grité justo cuando el perro se lanzó hacia mí.

—¡Ya que insistes, preciosa! —Abrió la puerta y me metió adentro del coche. Un segundo más y esa bestia me habría mordido la pierna.

—¿Estás loco, idiota? Ese perro pudo haberme destrozado —Le di una bofetada al imbécil.

—¡Eso es para que aprendas a pensarlo dos veces antes de decirme que no, chispita! —gritó furioso.

—¡No me grites! Yo no soy una de tus putas, ¿entendiste bien? —le grité más fuerte aún.

—¿Estás segura de eso, linda? Porque bastaron unos tragos para que terminaras desnuda conmigo —provocó el demonio con esos ojos azules brillantes, como si fueran dos zafiros a un brazo de distancia.

—¡Cállate, Theodoro Alencar! ¡Te odio! —Actué por impulso y le metí una bofetada con todas mis fuerzas. Después me sentí mal al ver la marca de mis cinco dedos estampada en su mejilla izquierda.

Pero él se lo buscó. ¿Pensaba que por ser hijo del jefe podía hablarme como quisiera? Conmigo no. Conmigo el asunto es diferente. Prefería morir antes que dejar que me humillara.

—Si hasta mi padre me odia, entonces uno más en la lista no hace diferencia, muchacha —Bajó la cabeza y quedó en silencio por unos segundos. Luego arrancó el coche.

Era evidente que Theo guardaba mucho rencor hacia su padre. Cuando llegó a la casa, los gritos del señor Alencar se escuchaban desde la cocina. Por un momento pensamos que iban a agarrarse a golpes en plena Nochebuena. Cuando les pregunté a los otros empleados por qué se llevaban tan mal, nadie quiso decirme. Dijeron que en esa casa estaba prohibido hablar del tema.

Mientras Theo manejaba con cara de pocos amigos, yo pensaba qué podría haber pasado para que padre e hijo se odiaran tanto. En mi opinión, nada justificaba que un padre tratara así a su hijo.

—Mira, si te sirve de consuelo, es mejor tener un padre rico que te odia que no saber ni quién es tu padre. Ni mi mamá lo sabe. De joven era fanática de los tríos —Sonreí con amargura. Hablar de eso me removía todo, y no precisamente de forma positiva.

Después de una larga pausa, seguí hablando:

—Para colmo, cuando tenía doce años mi mamá se casó con un delincuente de la favela que le pega casi todos los días y vive tirándome onda —Hice una mueca de asco—. Para empeorar aún

más, tuvieron dos hijos que desde que nacieron los cuido yo, porque mi madre está demasiado ocupada intentando que ese imbécil la ame, cuando ni siquiera se quiere a sí misma —Apreté los puños tratando de contener la rabia. Sentía que había nacido solo para arreglar los errores de los demás.

Nunca me había desahogado así con nadie. Ni siquiera con mi novio o mi mejor amiga, Janete. Siempre era más fácil fingir que todo estaba bien, aunque viviera una mierda de vida. Además, nunca me gustó cargar a los demás con mis problemas. Pero por alguna razón, hablar con Theo me hizo sentir en confianza.

—Si querías convencerme de que tu vida está más jodida que la mía, Jud… —Me miró de reojo—. Lo lograste, linda. Tu vida es una mierda —Sonrió de lado con ese encanto natural. Ya no estaba enojado conmigo.

—¿Eso quiere decir que me perdonas por la cachetada?

—Todavía no. Solo después de que me digas si ya le contaste a tu novio sobre "nosotros" —Apartó los ojos del camino un momento y me miró con misterio.

—No seas fantaseoso, playboy, entre nosotros no hubo ningún "nosotros" —Puse los ojos en blanco.

—Está bien. Pero… ¿le contaste o no que te emborrachaste y perdiste la virginidad con un desconocido hermoso y delicioso?

—Todavía no. No quiero arruinarle las fiestas de fin de año a Jonathan. Ha estado trabajando demasiado y se merece disfrutar un poco—. Pero después de Año Nuevo le voy a decir la verdad —Me acomodé el cabello, siempre hacía eso cuando mentía o no estaba siendo cien por ciento honesta.

La verdad era que todavía no le había contado nada a mi novio por falta de coraje.

—¿Lo amas? —Se detuvo en el semáforo y me miró con esa mirada matadora, y para mi sorpresa… no pude responder a su pregunta.

Moví la boca, pero no salió nada. Siempre creí que Jonathan era el hombre de mi vida y jamás miré a otro chico, fue amor a primera vista. ¿Entonces por qué no podía responder a lo que Theo preguntó?

—¡Vaya! ¿Necesitás pensarlo tanto para responder? Pobre Jonathan —Se burló el imbécil justo cuando el semáforo se puso en verde y aceleró.

—Jonathan no es ningún pobre tipo, es un buen hombre. Trabajador, honesto y humilde. Pero no tienes ni idea de lo que significan esas palabras, ¿verdad? —respondí furiosa, sintiéndome presionada.

—Totalmente de acuerdo, chispita. Pero igual no respondiste si lo amás, y con tantas vueltas… creo que la respuesta ya es bastante obvia.

—Yo amo mucho a mi novio, solo que no quiero hablar de él con vos porque no es asunto tuyo —Crucé los brazos y giré el rostro hacia la ventana. No entendía por qué ese tema me ponía tan de mal humor.

—Ajá… —dijo con ese tono de que sabe todo.

Por suerte ya estábamos llegando al centro y me iba a librar de ese tipo pesado. Al menos, eso pensé. Pero la vida tenía otros planes para mí. Mi mamá me llamó y me dijo que no volviera a casa porque había empezado un tiroteo en la Rocinha, tiros por todos lados. Esos delincuentes no respetaban día ni hora para armar lío, ni siquiera en Nochebuena perdonaban.

Hasta pensé en meterme en la favela en medio del tiroteo solo para no tener que ver más la cara de ese tipo engreído, pero no era de esas que actuaban por impulso y ponían su vida en riesgo por un tonto orgullo. Decidí hacer lo más sensato: quedarme en un lugar seguro hasta que pasara la tormenta. Al otro día todo estaría más tranquilo.

—¿Vas al hotel, Theo? —pregunté con cara de culo.

—Sí. ¿Por?

—Voy para allá también. Mi mamá me mandó un mensaje, está habiendo un tiroteo en la favela y no es seguro volver a casa esta noche. Así que voy a dormir en el vestuario de empleados del hotel.

—¡Ni loco! Vas a dormir en mi suite. Jamás dejaría que durmieras en un suelo frío si tengo una cama king size enorme —Lanzó el anzuelo. Nunca perdía la oportunidad de tirarse el lance.

—¿Sabes qué? Mejor déjame acá mismo. Ya me las arreglaré para llegar al hotel —Me harté.

Ni loca iba a dormir con un tipo que apenas conocía. Al menos no estando sobria.

—Como quieras. Pero si alguien le cuenta al gerente que estás durmiendo en el vestuario, te echan con causa justificada.

—¿Me estás amenazando? —Entrecerré los ojos.

—¡Para nada, chispita! Solo te estoy advirtiendo. No pongas tu trabajo en riesgo sin necesidad. Puedes dormir en mi suite —dijo con un tono más sincero, así que acepté, no tenía muchas opciones.

—Está bien. Duermo en tu suite. Pero si me tocas un dedo, vas a tener que decirle adiós a esa lombricita que tienes entre las piernas —lo amenacé, y hablaba muy en serio.

—¿Lombricita? Es más bien una anaconda a la que le encanta comerse una ranita tierna… así que mejor cuida la tuya, Jud —Arqueó las cejas con una cara tan graciosa que no pude evitar reírme.

—Esa fue la frase más ridícula que escuché en toda mi vida, querido —me reí aún más.

—¡Lo sé! —Theo también empezó a reírse, era muy tonto.

Todavía no me caía del todo bien el niño rico, pero quizás no era tan malo como pensaba.

—Llegamos, chispita —Estacionó el auto en el garaje del hotel.

Pasé con la cabeza baja por la recepción al lado de Theo para que nadie del trabajo me reconociera, estaba muerta de vergüenza. Subimos por el ascensor privado a la suite más cara del hotel. Estaba tensa, porque no teníamos permiso de circular por esa zona exclusiva, reservada solo para huéspedes VIP. Las camareras solo entrábamos por los pasillos de servicio y a las habitaciones solo cuando estaban vacías. Muchos ricos ni siquiera soportan ver a los empleados.

Necesitan los servicios de los pobres, pero no toleran compartir el mismo espacio con ellos. Hipócritas. Algo que aprendí en la vida es que cuanto más rica es una persona, menos humanidad tiene.

—Gracias —le dije a Theo cuando abrió la puerta de su suite para que entrara. A diferencia de la última vez que estuve ahí, todo estaba impecable.

—Puedes ponerte cómoda, chispita. Si quieres darte una ducha, ya sabes dónde queda el baño. Te voy a prestar algo más cómodo para dormir —Se rascó la nuca mientras sus ojos bajaban a mis piernas. La verdad, ese uniforme de mucama me quedaba bastante corto.

—Realmente necesito una ducha caliente, gracias, Theo —Le sonreí. A veces, la ayuda viene de donde menos lo esperas—. Pero tengo ropa limpia en mi mochila, así que no hace falta que me prestes nada.

—Me imaginé, chispita, pero aún así dudo que sea más cómoda para dormir que esta joyita, cien por ciento algodón italiano —Sacó una camisa blanca del ropero lleno de perchas y me la ofreció con esa sonrisa depravada.

En ese momento me puse a pensar si Theo solo estaba siendo amable al prestarme su camisa italiana carísima o si no quería que me acostara en su cama de lujo con mi ropa barata comprada en el local del señor Li, donde todo cuesta diez reales y viene directo de China.

—Bueno, entonces acepto. Muchas gracias —le respondí. De cualquier forma, la respuesta era la misma. Después de todo, estaba allí de favor.

Tomé la camisa de sus manos y casi se me resbala de lo suave que era. Estaba limpia y planchada, pero ni el mejor suavizante del hotel logró quitarle el perfume de Theo que impregnaba el tejido blanco impecable.

Y allá vamos, Judite.

Dejé la mochila sobre la cómoda y caminé hacia ese baño de lujo sintiéndome rarísima. Había entrado ahí cientos de veces para limpiar y jamás imaginé que un día lo haría como "huésped". Me saqué la ropa y la dejé caer sobre el piso brillante y oscuro. Caminé en puntitas de pie jugando un poco, y puse la bañera a llenarse. Mientras esperaba, me até el cabello para no mojarlo.

Me paré frente al lavamanos dorado y me miré al espejo mientras recogía mis rulos en un moño alto. Giré la cabeza de un lado al otro y sonreí. Es increíble cómo una se siente hasta más linda mirándose en un espejo de gente rica. Me reí de ese pensamiento tonto que se me cruzó.

Cuando la bañera terminó de llenarse, le eché unas sales aromáticas y me metí, sumergiendo mi cuerpo por completo en el agua caliente. Solo mi cabeza quedó afuera. Estaba tan cansada que casi me quedo dormida ahí mismo. Si fuera por mí, me pasaba el resto de la noche ahí, simplemente relajándome.

Pero el agua empezó a enfriarse y tuve que salir. Tomé la toalla blanca y me sequé sin apuro. Me puse la camisa que Theo me había prestado. Él era muy alto, así que me quedaba enorme. Volví al cuarto y, para mi sorpresa, el rubio engreído ya estaba dormido profundamente en el lado izquierdo de la cama, hecho un ovillito para dejarme el máximo espacio posible.

—A veces es imposible no quererte, Theodoro Alencar —Lo cubrí hasta el cuello con la manta, y luego me acosté a su lado.

Antes de dormir, revisé mis mensajes y me sentí muy culpable al leer un texto enorme y muy tierno de mi novio deseándome una feliz Navidad, diciendo que lo que más quería en ese momento era estar conmigo. Ya habían pasado tres semanas y todavía no tenía el valor de contarle la verdad a Jonathan. En lugar de eso, ahí estaba yo… cometiendo el mismo error. Miré a Theo dormido a mi lado, hermoso como un ángel, y la culpa se hizo aún más pesada.

Esta vez mi pecado era todavía mayor, porque estaba acostándome con otro hombre estando sobria, y no podía usar el alcohol como excusa. Estar allí fue una decisión mía, con un pequeño empujoncito del destino.

—Esto no está bien, Judite —Tuve un momento de lucidez.

Cuando salí corriendo de la playa esa noche, lejos de Theo, nunca imaginé que nuestros caminos se cruzarían otra vez. Pero, en lugar de eso, por alguna razón, el destino seguía encontrando maneras insólitas de juntarnos. Tenía que ponerle un freno a eso antes de que la situación se complicara aún más. Me sentía en peligro estando cerca de él, y no era por mi seguridad física. Era emocional.

Conocía perfectamente a los tipos como Theo: rico, hermoso, sexy, mujeriego y encantador y… ¡Ya basta, Judite! Mejor dejarlo ahí. La verdad era que ese tipo era un peligro para cualquier mujer, especialmente para las que ya tenían pareja. Aparece sigilosamente con sus frases baratas y su sonrisa pícara, y cuando te das cuenta ya estás enamorada de él, que probablemente nunca ha amado a nadie más que a sí mismo. Cuando consigue lo que quiere de una persona, la descarta como si no valiera nada.

Pero yo no sería otro de los juguetes sexuales del niño rico. Él no estaba siendo tan amable conmigo por pura bondad. Por eso tenía que ser más lista, era hora de ponerle punto final a todo eso.

—Adiós, playboy. Que tengas dulces sueños —Acaricié su rostro.

Me cambié de ropa y dejé doblada la camisa que me prestó sobre la cómoda. Tomé mis cosas y me fui a dormir al vestuario de

empleados, que era mi lugar. Theodoro Alencar y yo veníamos de mundos completamente distintos y no estaba bien mezclar las cosas. Todo lo que empieza mal termina en tragedia, y la cuerda siempre se rompe del lado más débil.



06

Judite

—¿Pero qué haces durmiendo aquí en el vestuario, Judite? —Me desperté asustada con el grito de Janete. Había llegado temprano a trabajar esa mañana, y por suerte fue mi amiga quien me encontró durmiendo en ese banco duro.

—Volví tarde del trabajo ayer, y como hubo un tiroteo, mi mamá me dijo que no regresara a casa porque podía ser peligroso —Me levanté frotándome los ojos, había dormido toda torcida y pasé mucho frío.

—¿Qué tiroteo, mujer? Ayer fue una noche tranquila en la favela, el problema fue en tu casa. Hubo parrillada toda la noche con DG y los socios de su pandilla andando armados cerca de tus hermanitos jugando en el patio, y tu mamá, pobrecita, pasó la Navidad como una criada sirviendo a esos delincuentes —Me contó Janete, y la sangre me empezó a hervir en las venas. Una vez más mi mamá me había mentido por culpa de su marido.

No me dejó regresar a casa agotada después de un día intenso de trabajo porque sabía muy bien la hija que tenía. Sabía que

armaría un escándalo al llegar y sacaría a patadas a esos vagabundos que estaban comiendo la comida que tanto trabajo me costó comprar. Pero DG se impondría para hacerse el jefe de la casa y él mismo me pegaría un tiro en la cara, o dejaría el trabajo a uno de sus compinches, y luego seguiría con la parrillada como si nada. Así de simple.

La vida no vale nada para esa gente, y mi mamá lo sabe. Por eso me mantuvo lejos. Me protegió a su manera de su locura. Pero eso no podía seguir así. Ya estaba harta.

—Ya no soporto más esta vida, Janete. Necesito salir de esa casa o voy a terminar volviéndome loca —Me limpié las lágrimas.

—Te lo he dicho mil veces, amiga. Tienes que irte y arreglar tu vida. Solo así vas a poder ayudar de verdad a tu mamá y a tus hermanitos. En algún momento DG va a cometer un error y va a terminar preso o muerto por algún otro de su propia banda —Janete se sentó a mi lado y me tomó la mano. Ella conocía de cerca mi calvario.

A diferencia de mí, Janete tenía padres maravillosos y hermanos increíbles. Eran humildes, pero ricos en amor y felicidad. Su mamá y la mía fueron medio alocadas cuando eran jóvenes, pero la tía Andressa tuvo la suerte de encontrar a un buen hombre que la encaminó. Lamentablemente, mi mamá no tuvo la misma suerte. Quedó embarazada soltera y luego se casó con ese desgraciado de DG, sellando así una vida de infelicidad para ella, mis pobres hermanitos y yo.

—Mi plan era casarme con Jonathan pronto y llevarme a mis hermanos a vivir con nosotros. Pero ahora ni sé si él va a querer seguir conmigo cuando se entere de toda la verdad —Sollocé, últimamente mi vida era un golpe tras otro.

Era imposible que las cosas empeoraran, ya había tocado fondo. Nada que pudiera pasar podría hacerme sentir peor.

—Entonces no se lo digas, Judite. Emborracha a Jonathan el día de la boda y llévatelo a la cama. Así ni notará que ya no eres virgen.

No es justo pagar por un error del que ni siquiera te acuerdas. En realidad, no lo engañaste.

—¿Y empezar una vida juntos con una mentira? Eso nunca funcionaría. Ya pasó casi un mes desde que todo sucedió y aún no consigo contarle la verdad, eso me está matando por dentro.

—Entonces dile la verdad de una vez y deja de torturarte. Si tu novio te ama de verdad, como tú crees, y te conoce como yo, sabe que puede confiar en ti con los ojos cerrados —Me secó las lágrimas.

—¿Y si no me cree, Janete? Por más enamorado que esté un hombre, no es fácil perdonar que su novia haya perdido la virginidad con otro.

—Y si no quiere perdonarte, pues la vida sigue, nena. No necesitas un hombre para salir del infierno en el que vives y conseguir tu propia casa para cuidar de tus hermanos. Si trabajaras solo para ti, Judite, ya serías rica.

—Es verdad, amiga —Sonreí entre lágrimas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Jud?

—Voy a contarle la verdad, pero solo después de que pase el Año Nuevo. Quiero disfrutar de ese último día especial con él, antes de que todo se derrumbe —Sonreí triste. El Año Nuevo siempre fue una fecha especial para Jonathan y para mí.

Nos besábamos justo a la medianoche, mientras una lluvia de fuegos artificiales iluminaba el cielo de la favela, haciendo la noche aún más mágica. Era hermoso. Y ese sería nuestro quinto Año Nuevo juntos… y tal vez el último. Por eso quería que fuera especial para Jonathan.

—Me parece justo, amiga. Te voy a apoyar en lo que necesites. Pero ahora me voy a trabajar, y la señorita va a descansar y a disfrutar su día libre —Me besó la frente.

—En realidad, tengo que ir al centro de salud. Después de casi un mes esperando en la fila del sistema de salud público, por fin me

agendaron un turno con la ginecóloga —Suspiré, nada entusiasmada.

Pero ese es el precio que se paga por tener sexo borracha con un desconocido. Ni siquiera sabía si usamos condón, así que tenía que prevenirme. A pesar de esa carita linda y ese cuerpo de infarto, el playboy podría tener alguna enfermedad. Al final, el VIH y otras enfermedades de transmisión sexual no tienen cara, así que siempre hay que protegerse.

—Buena suerte en tu primera consulta, amiga, porque la mía fue un horror —Janete me dio una palmada en el hombro y se fue, desanimándome aún más de ir a ese bendito turno.

Aun así, fui. Pero antes me di una ducha ahí mismo en el vestuario del personal para terminar de despertarme, porque aún estaba agotada.

—¡Ay, mierda! —Miré hacia abajo y me encontré con toda una selva amazónica entre las piernas. Había estado trabajando tanto que se me olvidó depilarme, porque pagarle a una profesional capacitada estaba totalmente fuera de mi presupuesto.

Lo peor es que ni siquiera tenía una rasuradora, y ya no tenía tiempo de comprar una, así que tendría que ir con la zona íntima toda peluda y rezar para que la doctora pudiera ver algo entre tanto monte. Qué situación. Mi vida era un verdadero chiste. Para colmo, cuando pasaba por el vestíbulo del hotel vi a Theo a través del vidrio desayunando en el área de comidas. Tenía el pelo todavía mojado de la ducha y usaba la misma camisa que me prestó anoche, y gafas oscuras. Bajé la cabeza y pasé casi corriendo, no quería que me viera.

De ahora en adelante, así sería: iba a huir de Theo como el diablo huye de la cruz. El mal quería hacerme pecar otra vez por medio de esa tentación enviada en carne y hueso. O mejor dicho, en una montaña de músculos y pura testosterona.

Solo me sentí segura ya dentro del autobús rumbo al centro de salud, pero esa seguridad pronto se convirtió en estrés cuando

quedamos atrapados en un embotellamiento.

—Perdón por el retraso, señorita, ¿todavía puedo ser atendida? —Llegué corriendo al centro de salud, como siempre el autobús se había atrasado.

—Debes ser Judite, eres la única que queda por atender. La paciente anterior acaba de salir del consultorio, puedes pasar que el Dr. Raúl te va a atender —La secretaria sonrió amablemente, pero no pude responder.

¿Ella dijo Dr. Raúl? ¡Mierda! Yo pensaba que las ginecólogas eran solo mujeres, nunca había ido con un hombre antes. Era demasiado incómodo saber que le iba a mostrar mi parte íntima a otro hombre extraño, y esta vez sobria y peluda como un mono.

Pero no tenía opción, así que respiré hondo, miré a la recepcionista y le forcé una sonrisa.

—Muchas gracias, señorita —Apreté la correa de mi bolso, que tenía debajo del brazo.

Avergonzada, caminé hacia el consultorio como si estuviera yendo hacia el matadero. Antes de tocar la puerta, respiré profundo.

¡Qué vergüenza, Dios mío!

—Buenos días, señorita Judite —El doctor me hizo una seña para entrar. Era un hombre de unos cuarenta y tantos con cara de bulldog viejo.

—Buenos días, doctor —Forcé una sonrisa.

—Puede cambiarse y acostarse en la camilla con las piernas abiertas, ya voy para allá —Sacó de su boca el palillo que estaba masticando y lo metió en el bolsillo de su sucia bata blanca, pero ni siquiera se acercaba al fuerte amarillo de sus dientes.

Solo asentí con los labios apretados y obedecí. Pensé que no podía empeorar. Ingenua de mí, subestimando una vez más las artimañas del diablo.

—¿Con qué examen vamos a empezar? —Volví con ese batín ridículo abierto por la espalda.

—Vamos a hacer una transvaginal, señorita. Puede acostarse en la camilla y abrir las piernas —Levantó un aparato enorme con forma de pene, solo que mucho más grande. Tragué saliva con ganas de salir corriendo.

Pero me acosté en la camilla y abrí las piernas con los ojos cerrados. Escuché cuando arrastró la silla y metió la cabeza entre la falda del batín. Nunca había sentido tanta vergüenza en mi vida. Sentí cuando abrió camino entre la selva antes de introducir ese trasto infernal hasta el fondo. Fue como tragar una botella de dos litros, pero por la boca de abajo.

—¡Puta madreeee! —Solté un grito lírico que retumbó en todo el consultorio, estaba sudando de los nervios.

El médico movía ese palo gigante del demonio de un lado a otro dentro de mí, tuve que agarrarme de los bordes de la camilla para soportar esa sensación rarísima. Si tener sexo se parecía a eso, nunca más iba a dejar que ningún pene se me acercara en la vida.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sin protección, señorita? —El doctor levantó la cabeza entre mis piernas y me miró. Mi cara debía ser tan cómica que se estaba aguantando la risa, se le notaba.

—Va a hacer un mes, doctor. ¿Por qué? Ni me acuerdo bien, estaba borracha. ¿Hay algo mal ahí? ¡No me diga que tengo una enfermedad de transmisión sexual! —El corazón casi me salta de la boca del miedo, y luego la ira me invadió. —Mejor dígamelo de una vez, porque voy a romperle la cara a ese hijo de puta del playboy.

Iba a destrozar esa carita linda del desgraciado con mis propias uñas, luego arrancarle ese cabello rubio sedoso mechón por mechón, asegurándome de quitarle también el folículo para que no le creciera nunca más.

—No es nada de eso, Judite. Por ahora es solo una sospecha. Pero todavía es muy pronto para decirlo. Así que voy a pedirte todos los exámenes necesarios, puedes hacerlos hoy mismo aquí, y los resultados estarán listos en dos días —Me sonrió y me tranquilicé. No valía la pena entrar en pánico.

Me hice todos los exámenes, pero confieso que casi no hago el de sangre porque la técnica del laboratorio era una chica que estudió conmigo en la secundaria: la creída de Camila. Siempre estuvo enamorada de Jonathan, pero él eligió quedarse conmigo. La perra me pinchó varias veces con la excusa de que no encontraba la vena. Salí de ahí con el brazo todo hinchado solo para sacarme una mísera muestra de sangre.

Del centro de salud fui directo a casa, y no me sorprendió en absoluto encontrar a mi mamá con un ojo morado tirada en el sofá llorando. Por suerte mis hermanos estaban en la escuela y no vieron esa escena lamentable. Mi mayor miedo era llegar un día y encontrarla muerta.

—Esta fue la última vez que me mientes por culpa del DG, mamá —Me recosté en el marco de la puerta y crucé los brazos.

—Hola, hija, no me di cuenta de que habías llegado —Trató de recomponerse como pudo, se sentó en el sofá y se pasó la mano por el cabello varias veces, con el rostro dado vuelta para ocultar las marcas de la paliza que recibió.

—No finjas que no escuchaste lo que dije, mamá. Ya no aguanto más esta vida. Por eso me voy pronto de este infierno. Usted y mis hermanos son bienvenidos si quieren venir conmigo y empezar una vida nueva, bien lejos de ese parásito, pero si decide quedarse, puede olvidarse de que soy su hija.

—¿Y tus hermanos qué? ¿También los vas a abandonar? —Usó el mismo chantaje de siempre.

—Amo a mis hermanos más que a mi propia vida, pero yo no soy su madre. Usted lo es, así que de ahora en adelante más le vale empezar a actuar como tal. Y si los pone en una situación de peligro,

se los voy a quitar sin pensarlo dos veces —La amenacé, di media vuelta y la dejé sola para que decidiera qué quería hacer con su vida.

Fui a mi cuarto, me senté en la cama sin poder respirar bien. Esa fue la primera vez que confronté a mi madre de verdad. Ella tendría que elegir entre mí y su marido. Mi sueño siempre fue crecer y ser alguien en la vida, pero manteniendo al DG y a sus amigos delincuentes, nunca iba a llegar a ninguna parte. Ya estaba harta de trabajar para otros. De ahora en adelante, cada centavo que ganara sería solo para mí.



07

Judite

Por fin llegó el día de Año Nuevo y no podía estar más emocionada. Era mi día libre y todo iba mejor de lo que esperaba, dentro de lo posible, claro. Seguía evitando al Theo en el hotel, y mi mamá apenas me dirigía la palabra desde que le di un ultimátum por culpa de mi padrastro, que estaba más insoportable que nunca. Pero no quería pensar en eso, porque había planeado una noche hermosa con mi amor.

—Jonathan… —Suspiré enamorada al leer el mensaje de mi novio diciendo que pasaría por mi casa a las siete. Queríamos ir temprano para abrazarnos frente al mar mientras esperábamos los fuegos artificiales.

Había sido una novia pésima durante el último mes y quería compensarlo. Por eso tuve la idea de ver juntos el famoso espectáculo de fuegos artificiales a la medianoche en la playa de Copacabana, y él aceptó. Incluso compré un vestido blanco perfecto, quería verme hermosa para mi amor. Al fin y al cabo, serían nuestros últimos momentos juntos como una pareja normal y quería aprovechar cada segundo.

Porque lo primero que pensaba hacer en 2022 era contarle toda la verdad a Jonathan, no quería cargar con nada del año viejo.

—¿A qué hora vas a volver, Judite? No quiero que te quedes en la calle toda la noche con tu noviecito —Mi madre apareció en la puerta con los brazos cruzados mientras yo me maquillaba. No puse los ojos en blanco solo porque estaba delineándolos.

Cuando se trataba de trabajar para traer dinero a casa, no importaba si pasaba la noche entera afuera, aunque fuera prostituyéndome, a mi mamá y a mi padrastro no les importaba. Pero que Judite, la esclava, saliera a divertirse, ya era otra historia. Entonces había toque de queda, y si me atrasaba un minuto, era motivo de pelea durante una semana, y eso cuando no me pegaban. Lo sé. Cuánta hipocresía.

—No se preocupe, mamá. Pronto no estaré más aquí, y ya no tendrá que preocuparse por mí —Me encogí de hombros.

—¿Y adónde piensas irte, hija? Ese noviecito tuyo, el hijo del pastor, no tiene ni cómo mantenerse a sí mismo, ¿cómo piensa casarse? —siguió hablando…

Y no paraba de hablar... y hablar, sentada en mi cama, mientras yo me maquillaba. Me arruinó el delineado del ojo izquierdo como cinco veces, no podía concentrarme con tanto barullo. Yo la amaba, pero mi madre era insoportable la mayor parte del tiempo.

—¡Jonathan llegó, Jud! —gritó mi hermana desde la sala.

—Me voy, mamá. Espero que este año traiga grandes cambios para su vida —Tomé mi bolso de la cama y salí corriendo antes de que empezara a hablar otra vez.

—Adiós, Jud, diviértete —Duda me abrazó por la cintura antes de que saliera. Era un amor de niña.

—Adiós, mi amor. Mañana no trabajo y quiero pasar todo el día jugando contigo y con Juancito, ¿sí? —Ella asintió sonriendo. Corrí hasta el sofá y besé en la frente a mi hermanito que dormía plácidamente.

—¡Guau, amor! Estás preciosa, soy un tipo con mucha suerte —Jonathan sonrió al verme.

Mi vestido era largo, con mangas tres cuartos y de una tela liviana. Me alisé el cabello con plancha porque a él le gustaba así, sin tanto volumen.

—Gracias, Jonathan, a mí también me encantó tu camisa nueva. —Le arreglé el cuello que estaba un poco torcido. Él también estaba vestido todo de blanco.

Se había cortado el pelo, afeitado… todo coqueto solo para mí.

—Vámonos ya, Jud, hoy los autobuses y el metro se llenan mucho —Me tomó de la mano y fuimos conversando todo el camino. Cada momento con él era increíble, me hacía sentir plena.

Llegamos frente a la playa de Copacabana y ya estaba todo lleno. Era la primera vez en el mes que me sentía realmente animada. Pero, lamentablemente, ni siquiera alcanzamos a pisar la arena. Nos interceptó la fastidiosa de Camila, la técnica de laboratorio del centro de salud, que estaba enamorada de mi novio desde quinto grado.

La muy descarada se acercó con una sonrisa rara en la cara, sin dejar de mirarme.

—Hola, Judite, qué coincidencia encontrarte aquí. Justo iba a mandarte un mensaje ayer.

—Hola, Camila. ¿Y qué querías decirme? Ni siquiera sabía que tenías mi número —Maldita puta, pensé.

—Llegaron los resultados de tus exámenes, y como yo misma los imprimí y los puse en el sobre, no pude evitar ver el resultado…

—¿No pudiste evitar o no quisiste, Camila? —La pinché.

—Eso da igual ahora, linda —dijo con esa sonrisa falsa—. Solo quería felicitar a la parejita por adelantado… el resultado del examen de sangre de Judite dio positivo de embarazo. —Dijo sin anestesia y me quedé paralizada, sin siquiera parpadear.

—¿Embarazo? Imposible, Camila. Seguro fue un error del laboratorio. Mi novia y yo decidimos esperar hasta después del matrimonio para tener relaciones, ¿cierto, amor? Queremos seguir las leyes de Dios —Jonathan me sonrió, pero yo seguía muda, tiesa como si estuviera aguantando un pedo.

Quería creer que Camila mentía, al fin y al cabo tomé la pastilla del día después que me dio Janete. Pero no dejaba de pensar en la sospecha del ginecólogo. Él ya intuía el embarazo, por eso me preguntó la última vez que tuve sexo sin protección.

—Ups… mejor los dejo a solas, tienen mucho de qué hablar —Camila y su amiga se fueron riéndose mientras yo empezaba a llorar.

No sabía qué era peor: descubrir de esa forma que estaba *embarazada del hijo de mi jefe* o que mi novio se enterara así, tan abruptamente.

—No puede ser cierto lo que dijo Camila, ¿verdad, Judite? —Los ojos de Jonathan se oscurecieron, se transformó en otra persona. Y eso no era nada bueno.

Yo también estaría fuera de mí en su lugar. La novia que creía virgen desde hacía cinco años aparece embarazada la noche de Año Nuevo.

—No sé cómo pasó, Jonathan. Fui a la fiesta de fin de año del hotel y tomé de más. Al otro día desperté desnuda en la playa, asustada y con un tipo que nunca había visto en mi vida —Lloré más fuerte y me tapé el rostro con las manos. Estaba destrozada.

—¿Y pretendes que me trague eso, maldita? Inventaste esa historia ahora me enteré del embarazo, o este idiota nunca sabría que es un cornudo —Levantó la mano para pegarme y me quedé en shock. Nunca imaginé que sería capaz de hacerme eso a mí ni a ninguna otra mujer algún día, por muy nervioso que estuviera.

Pero su mano no llegó a tocarme, porque Theo apareció de la nada y golpeó a mi novio.

—Si… la… vuelves… a… tocar… te… mato —Le gritó entre golpe y golpe. Yo lloraba, rogándole que parara.

¡Dios mío, qué pesadilla! Mi novio y el padre de mi hijo estaban peleando a golpes en la playa de Copacabana… por mi culpa.

¡Dios mío! Iba a tener un hijo a los veinte años… sin tener ni dónde caerme muerta. Cada vez que pensaba en eso me mareaba. Era demasiado para ser verdad.

—Si estás defendiendo a esa perra, es porque sin duda eres el padre de ese bastardo que lleva en el vientre —Jonathan lo entendió todo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Embarazada? —Theo se quedó paralizado con la noticia y me miró perplejo, tan sorprendido como yo.

En ese momento, Jonathan aprovechó la confusión y derribó a Theo de un puñetazo con toda su fuerza, luego se lanzó contra mí con todo. Pensé que iba a matarme.

—No quiero volver a verte nunca más, Judite. ¡No sirves para nada! —Me escupió en la cara—. Mi madre tenía razón cuando decía que eres igual de basura que la puta de tu madre, las dos se abren de piernas para el primer vago que aparece. —Dio media vuelta y se fue, dejándome completamente destrozada.

Estaba tan asustada que solo deseaba poder volver atrás en el tiempo y no haber ido nunca a esa maldita fiesta. Así no habría conocido a Theo y mi vida no estaría hecha un caos.

¿Qué iba a hacer con un bebé en brazos?

A duras penas podía cuidar de mí misma, ¿cómo iba a encargarme de una criatura concebida de una forma tan extraña y con alguien de quien dudaba mucho que fuera a asumir su responsabilidad? Me sentía como una virgen embarazada; nunca había tenido sexo de verdad, ni siquiera sabía cómo era. Y ahora, sin novio, no lo tendría tampoco. Además de todo, tendría que enfrentar la vergüenza de que hablarían mal de mí en toda la favela.

Sería una deshonra. No contaría con el apoyo de mi madre ni de mi padrastro. Pero la verdad, ni lo quería. Mi hijo no necesitaba a nadie más que a mí. Yo me encargaría, como siempre lo había hecho. Trabajaría día y noche para darle lo mejor, fuera niño o niña. Dios me había bendecido con el don de ser madre, y a pesar de las circunstancias… me sentía feliz.



08

Theo

Fui invitado por Bruna para pasar la fiesta de fin de año en su casa con otros amigos nuestros, pasamos toda la tarde bebiendo y charlando. Por la noche, llevamos nuestra fiesta a la playa de Copacabana para luego ver el espectáculo de fuegos artificiales. Esas serían mis últimas horas en Brasil porque mi vuelo a Francia salía a las cinco de la mañana, ya tenía todas las maletas listas. Sin embargo, estaba al otro lado de la calle cuando vi al novio de Judite gritándole, y eso no me gustó. Pero no hice nada. No era mi problema, así que seguí conversando con mis amigos mientras esperábamos que cambiara la luz del semáforo.

Solo que, cuando vi a ese cobarde levantarle la mano a la chispita, se me encendió la sangre. No pensé, simplemente actué. Lo habría matado antes de que pudiera tocarla. Crucé corriendo la calle entre los autos que tocaban bocina y llegué justo ahí, dándole un puñetazo al hijo de puta en medio de la multitud. Quería destrozarlo a golpes. Sin embargo, me paralicé cuando escuché la palabra "embarazada".

Así que por eso el novio de Judite estaba tan alterado: ella había quedado embarazada la noche que pasamos juntos, y eso era increíble, ya que ni siquiera recordábamos lo que había pasado en realidad.

¡Mierda, Theodoro! Solo haces cagadas.

¿Tengo veinticinco años y ya voy a ser papá?

¡Imposible! Ni siquiera quería tener hijos. Los odiaba. Son malcriados, sucios y molestos.

Mi mente dejó de funcionar, empecé a sudar y ya no veía nada a mi alrededor, todo se volvió borroso. Era el terror de la paternidad apoderándose de mí, y llevaba menos de cinco minutos como "padre". Sentía que iba a desmayarme en cualquier momento. El novio de Judite aprovechó ese momento de pánico para tumbarme de un puñetazo, me gritó unos cuantos insultos y se fue hecho una furia. Tardé unos segundos en reaccionar, pero cuando finalmente me recompuse, lo primero que hice fue ir hacia la supuesta "madre" de mi hijo.

¡Dios! Qué extraño era decir esa palabra, hijo. Solo creería en eso cuando lo escuchara de boca de Judite. Ella no era de las que mentían sobre algo tan serio.

—¿De verdad estás embarazada, Judite? —Me acerqué masajeándome el mentón en el lugar donde recibí el golpe de ese idiota, pero la próxima vez que lo viera terminaría lo que empecé y le daría una paliza.

—Sí, Theo, acabo de enterarme —Respondió toda encogida, abrazándose a sí misma entre sollozos—. ¿Y ahora qué voy a hacer para cuidar sola de este bebé? —Se sentó en el borde de la vereda y lloró con un dolor que partía el alma. Estaba desconsolada.

Un poco más allá vi a mis amigos buscándome, y cuando me encontraron me sonrieron y me hicieron señas para que volviera con ellos. Bruna alzó su botella de cerveza hacia mí en cámara lenta, como si me ofreciera regresar a la diversión. Si había algo que mis

amigos sabían hacer, era pasarla bien. En ese momento me sentí en una encrucijada: debía elegir entre el camino fácil o el correcto.

Y tomé mi decisión sin pensarlo demasiado. No hace falta ser muy listo para saber cuál es la actitud correcta en una situación aterradora como esa.

—No estás sola, Judite. Vamos a resolver esto juntos —Le tendí la mano a la chispita, que me miró con una expresión muy sorprendida. Creo que no esperaba esa reacción de mi parte.

Pero nadie estaba más sorprendido que yo mismo. Tenía una vida perfecta llena de fiestas y ostentación. Asumir a ese niño arruinaría todo, pero por alguna razón sentía que no me lo perdonaría nunca si le daba la espalda a Judite. Si ya era difícil para mí, que era un niño mimado rico, imagínate para esa chica pobre, ingenua y con el corazón roto, embarazada de alguien que ni siquiera soportaba. Debía estar viviendo un infierno.

Además, para tener un bebé se necesitan dos personas. Así que para cuidarlo también. La cuenta es bastante simple. Pero, lamentablemente, muchos tipos se olvidan de eso y desaparecen en cuanto la chica dice que está embarazada. Pero yo era un hombre de verdad, no un niño malcriado. Al menos no en una situación como esta.

Me mandé la cagada, entonces asumiría la responsabilidad. Que Dios me ayudara en esta nueva misión.

—No voy a abortar a mi bebé, si es eso lo que estás insinuando cuando dices que vamos a resolver esto, Theodoro Alencar. Él no tiene la culpa de tener unos padres irresponsables, así que lo voy a tener y lo voy a amar más que a mi vida. Seré la mejor madre del mundo para este niño. —Se puso de pie y me enfrentó con la cabeza en alto como una leona defendiendo a su cría. No podía esperar menos de *mi* chispita.

—Más te vale que seas una excelente madre, chispita, porque no acepto menos que eso para mi hijo —Le sonreí y su expresión se

suavizó poco a poco. Finalmente entendió que estaba con ella en esto.

—Está bien, Theo, pero ¿podemos salir de aquí ahora? —Miró hacia un grupo de chicas que se reían y la observaban. Creo que la noticia de su embarazo ya se había esparcido por toda la favela.

Además de cornudo y cobarde, el noviecito de Judite era un gran chismoso hijo de puta. La próxima vez que lo tuviera enfrente, estaría jodido.

—Ven, chispita. Te voy a llevar a un lugar mucho mejor donde podamos ver los fuegos artificiales —Le ofrecí mi mano y esta vez Judite la agarró con firmeza. Teníamos que darnos prisa o no llegaríamos antes de la medianoche.

Subimos a mi jeep y conduje lo más rápido que pude para salir de la ciudad. Todos estaban festejando con sus familias, así que no había tráfico. En cierto momento salí del asfalto y entré en un camino de tierra. Después de subir la montaña, finalmente llegamos.

—¿Qué es este lugar, Theo? Me estás empezando a asustar —Judite me miró con miedo cuando estacioné el coche en medio de una zona boscosa, miraba a todos lados con los ojos bien abiertos.

Seguramente pensaba que la había traído allí para matarla, donde nadie oiría sus gritos ni encontraría su cuerpo, y así no tendría que asumir la responsabilidad del bebé.

—Este es mi lugar secreto, chispita. Nunca traje a nadie aquí, así que siéntete especial —Salí del auto y fui a abrirle la puerta. No solía ser caballero con las mujeres, así que más le valía no acostumbrarse.

—Seguro que eso se lo dices a todas las que traes aquí, playboy —Sonrió al salir del coche, pero yo seguí serio mientras caminábamos, así que se dio cuenta de que no estaba bromeando.

Un aire tenso se apoderó del ambiente, yo, que nunca me ponía tímido frente a una mujer, sentí mis mejillas arder. Seguro que estaban rojas como un tomate.

—Bueno, este es el lugar. —Señalé la ciudad frente a nosotros, estábamos en un punto alto desde donde se podía ver todo Río de Janeiro.

Solía venir aquí con frecuencia, sobre todo después de que mi hermano murió; ni siquiera él conocía la existencia de mi escondite secreto. Hacerme el chico malo todo el tiempo, como si no me importara haber sido ignorado por mi padre, a veces cansaba, y en ese lugar podía bajar la guardia y dejar salir mis debilidades. Sinceramente, no sabía por qué había traído a Judite aquí, simplemente seguí a mi corazón.

Tal vez el hecho de que ella cargara un pedacito de mí me hizo sentir que, de alguna manera, ese lugar también le pertenecía. En realidad, todo lo que era mío, de ahora en adelante, también sería de los dos.

—¡Guau! Este lugar es hermoso. —La chispita sonrió, y en ese momento tuve mi respuesta de por qué la había traído.

Yo solo quería ver esa sonrisa hermosa una vez más. Nada era más importante para mí que eso en ese instante.

—La cuenta regresiva para el nuevo año comienza ahora. ¿Lista para enfrentar el huracán que será el 2022 en nuestras vidas? —Sopló una brisa fresca y llené mis pulmones de aire puro. La idea de ser padre me parecía cada vez más aterradora y, al mismo tiempo, fascinante.

—¡No estoy ni un poquito lista! —Judite entrelazó sus dedos con los míos y me tomó la mano con fuerza. —Pero ahora sí. —Me miró y sonrió, y entonces yo también sonreí, sintiendo cómo una sensación extraña me inundaba el pecho.

La cuenta regresiva terminó y el cielo de todo Río de Janeiro se llenó de fuegos artificiales de todos los colores, pero el brillo de todos esos fuegos juntos no se comparaba al de los ojos de Judite en ese momento. Nuestro encuentro no fue un error, sino un regalo. Ese bebé fue lo mejor que hice en mi vida. Por primera vez, sentía que tenía algo por lo cual luchar, y lo haría con uñas y dientes.



09

Theo

Pasé toda la madrugada caminando de un lado al otro en la suite del hotel mientras observaba a Judite dormir en mi cama. Ya había amanecido y no pude cerrar los ojos ni un segundo, estaba preocupado. Después del espectáculo de fuegos artificiales, su madre la llamó ya sabiendo del embarazo y le dijo que estaba muy decepcionada con ella por haberle sido infiel a su novio y por haber sido tan estúpida como para quedarse embarazada de su amante. La chispita incluso intentó explicarle la historia, pero la bruja le colgó el teléfono en la cara. Fue muy triste verla llorar hasta quedarse dormida, ella que siempre fue tan valiente, parecía un animal herido, abandonado y acurrucado bajo las sábanas.

Judite no quiso volver a casa y soportar más reproches de su madre y de su padrastro, que por lo poco que escuché sobre él, no valía nada. La pobre sentía como si hubiera perdido todo y a todos, solo me tenía a mí ahora y no podía decepcionarla, ni a ella ni a nuestro hijo.

—¡Maldición! Nunca imaginé que haría esto. —Tomé las llaves del auto, besé la mejilla de Judite y la dejé durmiendo.

Tuve que cometer el acto más humillante de mi vida, pero era necesario. Fui a la oficina de mi padre a pedirle trabajo. No volvería a Francia ahora que tendría un hijo. Necesitaba construir una vida estable, pero si iba a hacer eso, tenía que hacerlo bien. El problema sería darle la noticia a don Roberto Alencar de que iba a ser abuelo. Le daría un infarto o me mataría cuando supiera que había embarazado a una de las camareras del hotel, porque a él le gustaban los pobres, sí… pero solo si se quedaban en "su lugar", sirviéndonos.

Aun así, probaría suerte, apostando a que dentro de ese pecho pudiera latir un corazón y que por primera vez, me apoyaría en algo real. Al fin y al cabo, haría su voluntad y trabajaría en el negocio de la familia. Por eso estaba confiado. Cuando llegué a su oficina, entré sin que la secretaria me anunciara y fui directo al grano.

—Quiero un trabajo, papá —solté sin rodeos.

—¿Cómo dices, Theodoro? Creo que no escuché bien. —Se quitó los lentes y los colocó sobre su escritorio junto con los papeles que estaba leyendo. Me miró incrédulo.

—Escuchaste bien, papá. ¿Cuándo puedo empezar a trabajar?

—No tengo paciencia para tus bromas hoy, hijo. Será mejor que te apures o perderás tu vuelo a París. —Giró la silla y se dio vuelta hacia la ventana panorámica con vista al Cristo Redentor, dándome la espalda como siempre.

Respiré hondo para no mandarlo al infierno. Ahora era padre y debía actuar con la razón, no con ira.

—Ya no volveré a Francia, quiero quedarme en Río de Janeiro definitivamente y trabajar contigo en el negocio familiar. Ya está decidido y no voy a cambiar de opinión —aseguré con firmeza.

Pero decirlo fue algo amargo de tragar. Odiaba usar traje y corbata, y mucho más estar todo el día encerrado en una oficina; era como una prisión sin barrotes.

—¿Y tomaste esa decisión de la noche a la mañana, Theodoro? —Se pasó los dedos por el cabello canoso, impaciente. —Algo muy serio hay detrás de eso. —Giró hacia mí con los ojos encendidos.

—Dejé embarazada a una chica durante este viaje a Brasil y voy a asumir mi responsabilidad. El primer paso es conseguir un trabajo de verdad. —Enderecé los hombros y levanté la cabeza—. Se acabaron las fiestas y orgías, todo eso quedó atrás. —Me senté en la silla frente a su escritorio y lo miré directo a los ojos para que supiera que hablaba en serio, aunque siendo sincero, ni yo mismo lo creía al cien por ciento.

Amaba mi vida de excesos, y renunciar a eso no sería fácil. Pero también me gustaba cada vez más la idea de ser padre. Así que solo estaba dejando algo bueno por algo mejor. El verdadero reto sería convencer al gran Roberto Alencar.

—¿Embarazaste a una mujer? ¡Dios mío, Theodoro! Justo cuando creo que ya no puedes hacer más cagadas, vienes tú y te superas —Estalló con las fosas nasales dilatadas, tiró todo lo que había en su escritorio al suelo. Ya sabía que no se lo tomaría bien.

—Sé que esta vez la cagué mucho, papá. Pero ya está hecho y no hay vuelta atrás —dije lo que era obvio, ya no se podía hacer mucho en esa situación.

Al menos no para mí… pero olvidé que para el gran empresario Roberto Alencar siempre había una "solución práctica".

—¿Y quién dijo que no se puede? —Me miró con frialdad—. Si dejaste embarazada a esta chica durante tu visita a Brasil, es porque es reciente, así que solo tienes que llevarla a una clínica de abortos y el problema estará resuelto. Después le damos una buena cantidad de dinero para que se calle la boca, porque si la prensa se entera de una cagada así, estamos jodidos. —Se volvió a sentar con una postura erguida y el rostro tranquilo, hablando de matar a su nieto como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Problema resuelto? —repetí sus últimas palabras, perplejo. Ni siquiera se detuvo a considerar que yo quería a ese niño. Solo le

importaba silenciar el escándalo.

—Exacto. ¿Por qué siempre te cuesta tanto entender las cosas? Tu hermano lo habría entendido de inmediato. De hecho, ni siquiera habría venido a pedir ayuda. Habría resuelto el problema él solo, eliminado a ese bastardo y callado a esa puta. Está claro que esa chica solo quiere engancharte con el cuento del bebé. —Se recostó en la silla mientras golpeaba la punta de los dedos sobre el escritorio de forma irritante. Siempre adoró menospreciarme y alabar al hijo favorito, incluso después de muerto.

Siempre fue así, y nunca cambiaría.

—¿¡Puede dejar de llamar a mi hijo "problema", carajo!? —me exalté—. Ese niño es lo mejor que me ha pasado. Sí, fue algo inesperado, y aún me marea escuchar la palabra embarazo. Pero no voy a matar a ese niño, es sangre de nuestra sangre, papá. ¿Cómo puedes pedirme algo tan cruel?

—Está bien, Theodoro, entiendo que pedirle eso a un blandengue como tú es demasiado. Déjamelo a mí, solo dime el nombre de la chica y yo me encargo. —Ajustó su corbata con esa arrogancia que tanto me irritaba.

—Si se acerca a Judite, papá, ¡lo mato! ¿Escuchó bien? —Lo tomé del cuello de la camisa, completamente fuera de mí.

—Ya escuché ese nombre antes en la cena de Navidad… ¡Oh, no! ¿De verdad embarazaste a una de nuestras empleadas, hijo? ¿Encima a una mujer negra? Ahora más que nunca hay que arreglar esto. Sería un escándalo tener un mestizo en la familia Alencar. —Mi padre hizo una mueca de asco, y por primera vez en la vida, además de rabia, sentí vergüenza de ser su hijo.

La familia Alencar venía de una línea de sangre azul, descendíamos de la nobleza alemana, que solo se casaba con personas iguales: blancas, ricas y egocéntricas. Literalmente nacimos en cuna de oro, así de simple. Por eso, para mi padre, que nuestro ADN privilegiado se mezclara con el de una negra de la favela y de carácter fuerte era inadmisible. Si tenía alguna duda de

que asumiría a ese hijo, después de oír eso tuve la certeza total de que nacería y sería muy amado por mí.

—Ya no quiero un empleo en esta mierda de empresa, señor Roberto Alencar. En realidad, lo único que quiero de usted es distancia. —Me levanté con calma, sin gritar como de costumbre.

—Piénsalo bien, Theodoro —me advirtió con tono de amenaza.

—Ya lo pensé muy bien. Tendré a mi hijo y seré el mejor padre del mundo para él. Le daré todo el amor y el cuidado que nunca recibí de usted. —Mi voz se quebró. A pesar de todo, amaba a mi padre.

—¿Y piensas mantener a ese bastardo sin mi dinero? No eres más que un vago borracho, nunca has trabajado de verdad.

—¡Eso no es asunto suyo! Me las arreglaré, soy más capaz de lo que se imagina.

—Estás cometiendo el mayor error de tu vida, hijo. ¿No ves que esa puta solo está detrás de tu dinero? Y fue lista, quedó embarazada de inmediato, ¡idiota! Si es que esa criatura es siquiera tuya —insinuó, tratando de sembrar dudas en mi cabeza.

Conocía a Judite desde hacía poco tiempo, pero confiaba en ella con los ojos cerrados. Era evidente que daría lo que fuera por no estar embarazada de mí; si fuera por ella, ni siquiera sabría que existo.

—No todos aman el dinero más que a las personas como usted, papá. Eso es típico de los Alencar, y se termina conmigo. —Me quité el Rolex de doscientos cincuenta mil reales y lo dejé sobre su escritorio. Hice lo mismo con la cadena de oro.

Metí la mano en el bolsillo, saqué la llave del auto y la tiré junto al reloj. Saqué la billetera y me deshice de todas las tarjetas de crédito. Lo admito, esa fue la parte más difícil, casi flaqueo, pero me mantuve firme. Por último, fue el turno de mi iPhone 13 plateado recién lanzado por Apple.

—No, este me lo quedo. —Volví a meter el celular en el bolsillo discretamente. Todo acto de altruismo tiene sus límites.

—Si eliges a ese niño, no hay vuelta atrás. Cuando cruces esa puerta, considérate desheredado. No vas a tener ningún beneficio del apellido Alencar que tanto odias pero que te ha dado todo en la vida. ¿Estás realmente dispuesto a renunciar a todo eso por un hijo con una mujer a la que apenas conoces? —intentó una última vez con su discurso barato. Mi padre no me conocía en absoluto.

Yo podía ser muchas cosas malas, como él siempre decía, pero lo que don Roberto Alencar no sabía de mí era que cuando tomaba una decisión, iba hasta el final. Aunque no hubiera ni una mínima posibilidad de que funcionara.

—Si ese es el precio por la vida de mi hijo, puede agarrar todo su dinero y el poder del apellido Alencar y metérselos por ese culo viejo y arrugado que tiene. —Sonreí con ironía—. Que tenga un buen día, papá. —Me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

Pero me detuve antes de salir y añadí:

—Y solo para que lo sepa: conozco a Judite hace apenas un mes y ya me siento más unido a ella que a usted, que lleva veinticinco años en mi vida. Nunca entendí por qué me odia tanto. —Lo miré con dolor.

Mi padre mantuvo su rostro de piedra. No tengo ni un solo recuerdo feliz con ese hombre.

—No te odio, hijo —dijo, sin mirarme.

—Buena forma de demostrarlo queriendo matar a su nieto solo porque la madre es negra, Roberto Alencar. Debería darle vergüenza. —Sonreí con amargura, negando con la cabeza—. Aunque, pensándolo bien, no me sorprende nada, viniendo de un padre que le dijo a un hijo que debió haber muerto en lugar del otro solo porque era su preferido. —Una lágrima se escapó por la esquina de sus ojos, pero no me conmovió.

Dije todo lo que quería decir y salí de la oficina de mi padre dejando todo atrás, pero más fuerte que nunca. Pasé muchos años sintiéndome culpable por estar vivo, hundiéndome cada vez más porque no entendía por qué Dios se había llevado a Tadeo y no a mí. Como si mi existencia no tuviera valor para el mundo. Pero sí lo tenía, ¡carajo! Lástima que me llevó tanto tiempo darme cuenta. Iba a empezar desde cero y construiría mi propio imperio. Un día, mi hijo estaría orgulloso de mí.

—Pero primero tienes que encontrar cómo regresar, Theo. ¡Ya que le diste las llaves del auto a tu padre, idiota! —Me pegué una palmada en la cara apenas puse un pie en la vereda y vi mi Jeep estacionado frente al edificio. Pensé en pedir un taxi, pero solo tenía un billete de veinte reales en la billetera, no me alcanzaría ni para llegar a la esquina.

—¡Mierda! —suspiré profundamente al ver pasar un autobús lleno de gente. Era eso o caminar.

Puse en mi celular la dirección del hotel y vi cuál autobús pasaba por allí. El siguiente salía en cinco minutos desde una parada no muy lejos. Corrí como loco y llegué a tiempo. Me quedé esperando con las manos en los bolsillos, pero el maldito autobús pasó de largo y ni siquiera iba tan lleno

—¡Qué carajos! ¿Estás ciego, conductor? ¿No me viste, maldita sea? —Levanté los brazos y los moví como un lunático en medio de la calle, furioso. No podía empeorar.

Y entonces empezó a llover. El próximo autobús llegaría en treinta minutos. Tenía que esperar.

—Para que el autobús se detenga, querido, tienes que hacerle señas cuando viene —dijo una señora simpática que se me acercó con su paraguas y me cubrió. Sacó un pañuelo de papel de su bolso y me lo dio para secarme la cara. Fue el gesto más amable que alguien había tenido conmigo en mucho tiempo.

—Muchas gracias, usted es muy amable —Le sonreí y ella me contó toda su vida de sufrimiento durante los treinta minutos que

pasé esperando el autobús bajo su paraguas.

Doña Margarita era un encanto. A sus sesenta años, seguía trabajando por elección y aun así no dejaba de sonreír, sus líneas de expresión cobraban vida. Quedó viuda muy joven y con mucho esfuerzo crio a sus cuatro hijos y los envió a la universidad. Era una verdadera inspiración.

—Ya viene mi autobús, doña Margarita. Me encantó nuestra charla. Que Dios la bendiga y tenga un excelente día. —Besé su mejilla y ella sonrió, algo sonrojada.

No creo que haya recibido afecto de otro hombre desde que murió su marido, estaba demasiado ocupada siendo madre y padre al mismo tiempo.

—Adiós, hijo. ¡Ve con Dios! Y no te preocupes por el bebé, estoy segura de que serás un gran padre —me dijo mientras subía al autobús. Le había contado un poco de mi vida también.

Doña Margarita era de las personas más interesantes que conocí, y solo había terminado el cuarto grado. Hablaba de forma simple, pero con dulzura. Conocerla mejoró mi ánimo después del desastre con mi padre. Me devolvió la fe en que aún hay buena gente en el mundo. Pero ese pensamiento no duró mucho… diez minutos después de sentarme, subieron dos tipos armados al autobús, sin siquiera cubrirse la cara.

—¡Dame la billetera, ricachón! O te lleno de plomo —Me apuntó a la cara y casi me hago pis encima del miedo. Nunca había visto un arma tan cerca.

—Aquí está, no me mates, por favor. Tengo un hijo. —En realidad, era solo un embrión todavía, pero no tenía sentido explicárselo a ese imbécil.

—¿Qué mierda es esto, loco? ¡Mi billetera está más llena que la tuya! —Me golpeó en la nuca con la culata de su pistola tan fuerte que pude ver las estrellas.

—Entonces compártela un poco conmigo, hermano —solté sin pensar y recibí otro golpe más fuerte. Yo y mi maldita boca.

—Dame tu celular también, rubiecito. —Me tiró la billetera en la cara—. ¡Rápido, que no tengo todo el día! Tenemos que asaltar dos autobuses más antes del almuerzo. —Me hundió la pistola bajo el mentón. Su aliento era una mezcla de pescado podrido con cebolla. Casi me desmayo.

—Está bien, tranquilo. Aquí tienes, hermano. Pero cuídalo, tengo mis canciones favoritas guardadas en Spotify. —Tardé un minuto entero en soltar el teléfono mientras él tiraba de él. Cuando viera mi historial, se escandalizaría con la cantidad de sitios porno que visitaba.

—Quítate las zapatillas Nike y la camiseta Vans también. Solo te dejo el pantalón porque ando de buen humor hoy, coqueto. —Se rió en mi cara mientras me desvestía en medio de aquella multitud.

—¿Contento ahora, maldita sea? —Le entregué la ropa. Me quedé solo con mis jeans y mis medias blancas.

—Gracias, blanquito. Ahora quédate quietito si quieres salir vivo. —Me senté y no abrí la boca.

Los tipos robaron a todo el autobús y se fueron. Por suerte, había marcado mi parada porque ya no tenía celular. Pero no entendí por qué el autobús no paró y siguió de largo. Le hice señas al conductor, pero me ignoró.

—¡¿Cómo se detiene esta cosa?! ¡Aquí tenía que bajarme! —Señalé la parada que se alejaba. Era el peor día de mi vida.

Empecé a abrirme paso entre la multitud como una cucaracha perdida. Todos se reían de mí. Era un desastre total.

—Déjame adivinar… ¿el niño rico nunca había tomado un autobús, verdad? —preguntó un señor entre carcajadas. Yo solo negué con la cabeza, avergonzado por estar en una situación tan patética.

—Solo tienes que tirar de esta cuerdita cuando estés cerca de tu parada, cariño. No tiene ningún misterio —me dijo una mujer con una niñita adorable en brazos, tocándome el hombro con pena. Yo estaba traumatizado y semidesnudo.

Pero tenía algo claro: llevaba solo unas horas siendo pobre y ya había aprendido una gran lección. Aunque haya diez personas para juzgarte y reírse de tu desgracia, siempre habrá alguien con buen corazón dispuesto a tenderte la mano en medio del caos.

—Muchas gracias, señora. ¡Que tenga un excelente día! —Le sonreí, tiré de la cuerdita y bajé corriendo del autobús.

No estaba muy lejos del hotel, así que fui corriendo, pero al llegar, todas mis maletas estaban en el vestíbulo y no había ni rastro de Judite. Los guardias de seguridad no me dejaron entrar para buscarla, pero como siempre fui amable con la recepcionista, ella me contó que el señor Roberto Alencar había mandado echar a la madre de mi hijo de la suite donde yo me hospedaba, como si fuera una ladrona. Me llené de furia, sabía que él me castigaría todo lo posible para demostrarme que estaba equivocado. Ni siquiera esperó a que encontrara un lugar donde quedarme, simplemente me echó a la calle sin piedad.

¿Y ahora cómo iba a encontrar a Judite? Me robaron el celular y no tenía ni idea de dónde vivía, solo que era en una favela. Pero la encontraría sin importar dónde estuviera. Antes, necesitaba ducharme y recomponerme del trauma de haber tenido una pistola apuntando a mi cabeza, así que le rogué a la recepcionista que me dejara hacer una llamada. Pedí ayuda a la única persona en quien confiaba para sacarme de una situación familiar como esa, alguien que siempre apoyó mis decisiones, por más locas que fueran.

—Hola, mi pequeño bebé, vine lo más rápido que pude —Jefri saltó de su coche color rosa pastel todo bronceado y me besó en la frente. Yo estaba sentado sobre una de mis maletas, en la vereda frente al hotel, como si fuera un vagabundo.

Pobre Jefri. Acababa de regresar de un viaje con su nuevo novio en la costa y aun así vino volando en cuanto lo llamé. Era la persona más elegante que conocía, siempre con la cabeza calva reluciente, una camisa de seda perfectamente planchada y un pañuelito colorido atado al cuello.

—Estoy muy bien, Jefri. Solo que ayer me enteré que embaracé a una chica cuyo nombre apenas sé. Mi papá me desheredó por eso, me quedé sin dinero, tomé un autobús y me asaltaron. Ahora no tengo dónde vivir y no tengo idea de dónde está la madre de mi hijo —Lo abracé antes de romper en llanto. Sí, yo era realmente un niño mimado.

¡Pero carajo! Nací en una de las familias más ricas del mundo, siempre tuve todo lo que quise, lo mejor de lo mejor, sin mover un dedo. Y de la noche a la mañana lo perdí todo, teniendo que aprender a ser pobre a la fuerza. Nadie renunciaría a todo como yo lo hice, ¡me merecía una medalla al padre del año por eso! Y mi hijo solo tenía cuatro semanas de gestación.

Sí, yo era increíble. Un padrazo de aquellos.

—Espera un segundo, Theíto, ¿me estás diciendo que tomaste un autobús? ¡Dios mío! Esto es más grave de lo que pensé —Se pasó la lengua por la mano y me arregló el pelo encrespado. Me sentía seguro con él, siempre cuidaba de mí.

—No tengo dónde quedarme, Jefri. ¿Podrías ayudarme solo por unos días?

—Claro que sí, mi amor. Ven con Jefri, mi bebé no se quedará en la calle —Me ayudó a guardar las maletas en su coche. Estaba en el fondo del pozo, pero iba a salir de ahí.

A partir de ahora, tenía que convertirme en un hombre de verdad y pensar bien en lo que venía. No podía aprovecharme de la buena voluntad de Jefri. Ya no era un niño, y él ya no era mi mayordomo. No podía permitir que siguiera cuidando de mí como si aún lo fuera. Ya tenía veinticinco años, tenía que hacérselo entender.

—Muchas gracias, Jefri. ¿Cuando lleguemos a tu casa podrías hacerme ese huevo frito que me gusta? Pero con la yema suavecita, no líquida, ¿sí? Tengo un hambre tremendo —Esperé a que abriera la puerta del coche para poder subir.

—Por supuesto que me acuerdo, Theo, hasta me ofende que lo dudes. También haré arroz suelto, frijol blanco y esa ensalada con mariscos, con limón y aceite de oliva, y solo una pizquita de sal, como te gusta —Me pellizcó la mejilla y yo sonreí. Él sabía todo sobre mí.

—Eres el mejor, Jefri. Quería pedirte el plato completo porque es mi favorito, pero ahora que soy un hombre hecho y derecho no quise parecer mimado. Como voy a ser papá, necesito madurar —Sonreí orgulloso. Estaba intentando de verdad ser mejor persona, más humilde e independiente. Y me estaba saliendo bastante bien.

—Está bien, Theíto. Ahora vamos a casa para preparar tu almuerzo. Tienes que estar bien alimentado para enfrentarte a tu padre, que según me contó tu madre, está furioso —Arrancó el coche con gesto preocupado. Conocía bien a su jefe como para saber que me haría la vida imposible hasta salirse con la suya.

Pero esta vez, Roberto Alencar no iba a conseguir lo que quería. Tenía que encontrar a Judite cuanto antes. No estaba tranquilo dejándola sola sabiendo que mi padre estaba dispuesto a todo para acabar con nuestro hijo. Así que no la perdería de vista, al menos hasta que el bebé naciera sano y salvo.

De un día para el otro, Judite y ese bebé se habían convertido en lo más importante de mi vida. Y por eso, mi responsabilidad era mantenerlos a salvo. Haría lo que fuera, incluso dar la vida por ellos.



10

Judite

Nunca en mi vida me habían humillado tanto. Después de haberme partido el lomo trabajando en ese maldito hotel, me echaron con una mano adelante y otra atrás. Me desperté con los guardias de seguridad cargando las maletas de Theo sin ningún cuidado. Les pregunté dónde estaba y por qué hacían eso, pero no me respondieron. Me arrastraron hasta afuera y me tiraron a la calle como si fuera basura. Incluso me amenazaron con llamar a la policía por invasión de la propiedad si me atrevía a volver.

No entendía nada. ¿Por qué Theo se fue mientras yo dormía y ordenó que me echaran de la suite? Eso fue cruel. Me hizo creer que se haría cargo del bebé, pero se echó para atrás apenas amaneció y ni siquiera tuvo el valor de mirarme a los ojos y decirme que se había arrepentido. La verdad es que su acto de "hombre de verdad" duró mucho más de lo que yo esperaba. Ese cobarde niño rico ya debía estar en suelo francés en ese momento, disfrutando de su vida de soltero mimado.

Mientras tanto, yo fui tirada en el suelo empapada por la lluvia, humillada frente a todos mis compañeros de trabajo que salieron del

hotel solo para ver el escándalo de cerca. Si no fuera por Janete, que vino a socorrerme, probablemente seguiría ahí tirada todo el día. Estaba en su hora de almuerzo y me llevó a una cafetería cercana.

—¿Cómo que ese hijo de puta se atrevió a levantarte la mano, amiga? Voy a matar a Jonathan en cuanto lo tenga enfrente, siempre supe que ese tipo era una basura —dijo Janete, que estaba comiéndose un panqueque de carne, mientras clavaba el tenedor en la mesa. Siempre tuvo problemas con el control de la ira.

—De todas las reacciones que esperaba de Jonathan al enterarse de la verdad, jamás imaginé que fuera capaz de agredirme. Si Theo no hubiera llegado, no sé qué habría pasado — Cubrí mi rostro con las manos, llorando de nuevo.

Mi novio, el tipo que tanto amaba y admiraba, quiso hacerme lo mismo que mi padrastro le hacía a mi madre, sabiendo cuánto me repugnaba eso. Entiendo que enterarse de mi "infidelidad" y del embarazo todo junto fue terrible, pero nada justifica levantarme la mano sin siquiera darme la oportunidad de explicar mi versión. Eso fue imperdonable para mí.

—Quédate tranquila, Jud. Yo misma me voy a vengar. Cuando vea a ese malnacido, le arrancaré el pito con mi puñal y se lo daré de comer al pitbull de mi vecino —Hizo una mueca extraña. A veces, mi amiga me asustaba de verdad.

—¿Desde cuándo tienes un puñal, mujer? —Sonreí mientras secaba mis lágrimas con la manga del vestido blanco. La mitad del maquillaje de mi noche fracasada había manchado la tela, pero no me importó.

Como dirían Henrique y Juliano[1]: ¿qué era un rasguño más para alguien que ya estaba hecha mierda? Y bien hecha mierda.

—No tengo, pero apenas salga del trabajo voy a comprar uno bueno. Lo quiero elegir con calma y mandarlo a afilar, no voy a parar hasta deshuesar a ese cabrón vivo —Apretó la lata de Coca-Cola en

su mano hasta que rebalsó, sonriendo de forma maquiavélica como si imaginara que era la sangre de Jonathan.

—¡Cálmate, Janete! Me estás asustando —Le quité la lata toda deformada de la mano y le di un pañuelo de papel para que se limpiara.

—Tranquila, nena, estaba bromeando —Se rió, pero yo sabía que Janete no bromeaba con esas cosas.

—¡Esto no tiene ninguna gracia! En realidad, da miedo. Estoy embarazada y sin trabajo. ¿Qué se supone que haga ahora? —Lloré otra vez. Malditas hormonas del embarazo.

—¡Celebrarlo, por supuesto! Estás embarazada, sí, pero del hijo de uno de los hombres más ricos del planeta. ¿Ya pensaste en eso? —Se metió medio panqueque en la boca. Verla comer con la boca abierta me revolvía el estómago.

—¿No escuchaste nada de lo que te conté, Janete? Ese niño rico se esfumó esta mañana y me dejó durmiendo en la suite. Luego ordenó que me echaran del hotel —Sollocé. Esa tristeza no se iba, y yo no era de las que lloran por cualquier cosa.

—¡Al carajo ese tipo también, Jud! No lo necesitas. Solo necesitas su ADN para probar que el hijo es un Alencar. Lo demás se lo dejas a un buen abogado. Vas a ser millonaria, amiga —dijo ella, como si todo fuera así de fácil.

—¿Y tú crees que a mí me importa el dinero? Mi dignidad vale más que eso. Ese tipo me abandonó embarazada y con la cabeza hecha un desastre. Perdí lo más importante que tenía. Primero mi virginidad, después a mi novio y ahora el trabajo.

—La parte de la virginidad y el trabajo la entiendo, pero lo de tu novio fue una bendición. Tienes que superar eso. Si te levantó la mano ahora, imagina casados y viviendo juntos… Sería una golpiza todos los días, igual que tu mamá y el DG. ¿De verdad quieres esa vida para ti, maldita sea? —Me sacudió con fuerza para que reaccionara.

—Prefiero morirme antes que vivir como mi madre, Janete. Por eso, desde hoy, ya no viviré en ese infierno. Solo voy a pasar por ahí a recoger mis cosas. Año nuevo… vida nueva —Me levanté, decidida.

¡El 2022 sería el año de mi vida! O no me llamaba Judite da Silva.

—¡Así se habla, chica! Si quieres, tú y mi ahijado pueden quedarse en mi casa el tiempo que necesiten, estoy segura de que a mis padres no les va a importar —dijo mi amiga mientras pasaba el brazo por mi cuello. No recordaba haberle propuesto ser madrina de mi bebé.

La verdad, ni hacía falta. No imaginaba a otra persona ocupando un lugar tan importante en la vida de mi hijo. Si algún día, yo no llegase a estar, solo confiaba en Janete para cuidarlo.

—Sé que a tus padres no les molestaría, amiga, pero esta es una situación en la que yo misma me metí y necesito arreglármelas sola. Tengo algo de dinero guardado que, si lo administro bien, me alcanzará hasta encontrar otro trabajo. Después veré qué hago cuando nazca el bebé —Sonreí. Estaba muerta de miedo de pasar por todo eso sola, pero era necesario.

No iba a hacer lo mismo que mi madre, dejando la responsabilidad de un hijo en manos de otros. Yo iba a enfrentar ese desafío por mí misma.

—Lo entiendo perfectamente, pero si necesitas cualquier cosa ya sabes a dónde ir. Yo también tengo algo de dinero ahorrado y puedo prestártelo, al fin y al cabo, para eso estamos las comadres, ¿no? —Acarició mi panza.

—Eres la mejor amiga del mundo, maldita —La abracé. Esa loca tenía serios indicios de violencia, pero solo contra los que lastimaban a quienes ella amaba.

Después de que Janete terminara su hora del almuerzo, volvió al trabajo y yo me fui a mi casa a empacar mis cosas y desaparecer de ese lugar de una vez por todas. No me sorprendió que ya toda la

cuadra supiera de mi embarazo, Jonathan se encargó de difundir el chisme por toda la favela en tiempo récord. Por donde pasaba, solo escuchaba cuchicheos y risitas. Bajé la cabeza, avergonzada, imaginando todo tipo de historias que estarían inventando sobre mí.

—¡Eso es por haberle metido los cuernos a mi hijo, pecadora! —La madre de mi ex novio, que solía tratarme como una reina, pasó en su coche y me tiró una piedra. Por suerte, me alcancé a agachar a tiempo.

Parecía que doña Carla me estaba vigilando para hacer eso. Nadie anda con piedras en el auto, fue todo planeado. Qué gente tan loca. Bien decía Judite que salir de esa familia fue una bendición. Ese bebé no vino a arruinarme la vida, sino a salvarla. Me estaba librando de dos relaciones tóxicas al mismo tiempo: la de mi madre y la de Jonathan.

—Mira, amor, ahí viene tu hija la santurrona hipócrita —dijo mi padrastro en cuanto crucé la puerta. Disfrutaría cada segundo de mi embarazo solo para burlarse de mí.

DG, como siempre, estaba fumando su porro con mis hermanos pequeños en casa. Jamás lo vi hacer nada bueno por esos pobres niños.

—¡Vete al carajo, DG! Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo, nunca necesité nada de ti —Tomé un bolso viejo y grande de la despensa y empecé a empacar mis cosas lo más rápido posible. Solo quería largarme de ese infierno cuanto antes.

—¡Cuidado con la boquita! Además de puta ahora eres grosera, ¿eh? Te mereces una paliza para que aprendas a respetarme. No soy ese noviecito idiota al que le fuiste infiel y avergonzaste delante de toda la favela.

—Tú no formas parte de mi familia, DG. Así que métete en tus asuntos.

—Si fuera él, ya te habría pegado un tiro en la cabeza, ¿me oyes? Es lo que se merecen las putas como tú, así que será mejor

que me respetes, ¡mierda! —sacó el arma de la cintura y me la apuntó, pero no me importó. Nunca le tuve miedo.

—No respetaría a una basura como tú ni aunque volvieras a nacer. Si quieres disparar, adelante. Ya no me importa una nada —Me encogí de hombros. Destrabó el arma y yo sonreí con ironía, desafiándolo.

—¡No lastimes a Jud, por favor, papi! —Mis hermanitos se aferraron a mis piernas llorando. Me partía el alma saber que me iba a ir y, en mi situación, no podía llevármelos. Aunque pudiera, ese desgraciado no lo permitiría.

—¿Pero qué está pasando aquí, por Dios? ¡Baja esa arma, DG! Estás asustando a los niños —Mi madre apareció corriendo envuelta en una toalla y se interpuso entre él y yo, poniéndose frente al cañón del arma.

Me sorprendí. Esa fue la primera vez que mi madre tomó una actitud para defenderme de su imbécil marido, en los ocho años que llevaban juntos.

—No quiero a esta puta aquí, amor. Escoge ahora: tu hija o yo —DG también le dio un ultimátum. Ahora sí tenía que elegir, sí o sí.

—Por favor, mamá, ven conmigo —le supliqué con los ojos llenos de lágrimas.

Mi madre me miró, luego a su marido. En ese instante supe cuál sería su elección. Yo nunca tuve la menor oportunidad contra él.

—Lo siento, querida, él es mi esposo y el padre de mis hijos. Es a su lado donde debo estar —Caminó hacia DG, le quitó el arma de la mano y lo besó delante de mí.

Pero me hizo una señal disimulada con la mano para que me fuera. Solo le estaba siguiendo la corriente para evitar que todo terminara en tragedia. Si mi madre me hubiera elegido, tal vez DG nos habría matado a todos. Esa era la verdad. Ahora entendía por qué no se separaba de él: no era por amor. Era por miedo.

—Miren, mis amores, su hermana tiene que irse ahora, pero les prometo que volveré pronto para buscarlos a ustedes y a mamá. ¿Está bien? —Me agaché y besé a Duda y a Juancito que todavía temblaban del miedo.

—Está bien, Jud. ¡Te quiero! Prometo cuidar bien de Juancito —Mi princesa me secó las lágrimas. Era muy madura para su edad.

—Gracias, princesa, yo también los amo muchísimo —Los abracé a ambos y me fui llorando. Era la primera vez que me alejaba de mis verdaderos amores.

Salí volando por la puerta y corrí por la calle tan rápido como pude, con miedo de que a DG se le cruzara un cable y viniera tras de mí todo drogado con esa arma. Ni siquiera tuve tiempo de empacar mis cosas y dejé el bolso en la casa. Ya empezaba a oscurecer y no tenía abrigo.

—Ey, chispita, ¿a dónde vas con tanta prisa? —Choqué con Theo y casi me caigo al suelo. De todas las personas, él era el último que esperaba encontrar en pleno corazón de la favela.

¿Qué diablos hacía ese loco en la Rocinha? Pensé que ya estaría de vuelta en tierras francesas hace rato.

—¿Por qué volviste, Theo? —pregunté totalmente confundida.

—Pero si yo no me fui a ningún lado, mujer. ¡Fuiste tú la que desapareció después de que los guardias de mi papá te echaran del hotel! Él ya sabe del bebé y está hecho una fiera. Desde entonces te he estado buscando como loco por toda la ciudad. Por suerte, mi mayordomo tuvo una noche de sexo salvaje con el gerente del hotel y consiguió tu dirección para mí —dijo como un disco rayado. Cuando empezaba a hablar, no había quien lo parara.

—Nunca pensé que diría esto algún día, playboy, pero no tienes idea de lo feliz que estoy de verte —Salté sobre él y lo abracé con fuerza. Hacía tiempo que no me sentía tan segura.

Así que el idiota no había abandonado a nuestro hijo. Quien me mandó echar del hotel fue su padre. Y el loco vino hasta la favela a

buscarme. Sinceramente, no sé cómo logró llegar vivo. Tipos como él, que huelen a dinero a kilómetros, son blancos fáciles en la Rocinha. Eso solo probaba que quizás me había equivocado mucho respecto al carácter y la fuerza de Theodoro Alencar.

—Yo también estoy tan feliz de verte, chispita. No tienes idea del día horrible que pasé, pero ahora que estamos juntos, siento que todo valió la pena —Sostuvo mi rostro entre sus manos y me sonrió con esa sonrisa que lo iluminaba todo a su alrededor.

—Puede sonar raro, pero yo siento lo mismo —Le devolví la sonrisa completamente entregada.

¡Maldición! No sabía cómo llamar a ese sentimiento, solo sabía que era fuerte. Y hermoso. Sentía como si mil mariposas volaran en mi estómago. Jamás sentí algo así en cinco años con Jonathan. Era algo nuevo. Arrollador.

—¿Tú también sientes esto, Theo? —Apoyé mi frente contra la suya, embriagada por esa sensación.

—Con todo mi corazón, Judite —Colocó mi mano sobre su pecho, que latía con fuerza.

Podía escuchar cada sonido a nuestro alrededor: los latidos de su corazón, su respiración agitada. El viento sopló más fuerte y silbó en mi oído, pero no me impidió oír uno o dos autos que pasaban por la calle. Y un poco más lejos, el ritmo del funk empezó a retumbar en la favela.

No era la melodía más adecuada para un primer beso inesperado, pero simplemente ocurrió. Las manos grandes y fuertes de Theo sujetaron mi cintura y me atrajeron hacia él. Ambos sabíamos que aquello estaba mal, pero no podíamos detenernos. Rodeé su cuello con mis brazos, lo miré a los ojos, esos ojos azules tan hermosos, y me perdí en esas dos lagunas cristalinas que me llamaban a un viaje sin retorno.

¡Dios! ¿En qué me estaba metiendo?

Fue lo que me pregunté justo antes de que los labios de Theo encontraran los míos. Y fue demasiado bueno, como una explosión de sentimientos nuevos que vibraron por todo mi cuerpo y provocaron una presión entre mis piernas. ¡Carajo! Estaba excitada. Como si se diera cuenta, el rubio descarado bajó la mano hasta mi trasero y solté un gemido bajito.

Theo me calló metiéndome la lengua hasta casi la garganta y la movía de una forma tan provocadora que parecía estar haciéndome el amor con la boca. El muy desgraciado tenía buena técnica, eso no se podía negar. Y su olor, ¡Dios mío! Era afrodisíaco.

—Mierda tu boca es adictiva, Jud —Separó nuestros labios solo para decir eso y volvió a besarme con más intensidad.

Mi historia con Theo empezó al revés: primero nos embarazamos y luego nos besamos, al menos sobrios. Tal vez por eso era todo tan intenso. Sentía como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Quería que ese momento durara para siempre.



11

Theo

Simplemente no podía dejar de besar a Judite, era más fuerte que yo. Más fuerte que todo. ¡Tenía una erección, carajo! La forma en que sus manos delicadas sostenían mi rostro me volvía loco; todo en esa chica me llevaba a la locura y me transportaba a otra órbita. Quería tirármela ahí mismo en plena calle. Cuando me di cuenta, ya tenía la mano en sus pechos.

Como Judite no me detuvo, fui con todo y la empujé contra una pared que no estaba muy lejos. Todavía llevaba el mismo vestido blanco de anoche. Deslicé mi mano por su pierna hasta llegar a su ropa interior.

—¡Búsquense un motel, asquerosos! —gritó un grupo de adolescentes que pasaban, y Judite saltó lejos de mí. Supongo que tuvo miedo de que fuera su ex, ya que aún estábamos muy cerca de su casa.

—Será mejor que nos vayamos, ya está oscureciendo y puede ser peligroso —Se acomodó el vestido, avergonzada. Lo admito, yo también me sentía incómodo.

—Tienes razón, vamos a la casa de Jefri. Ahí estaremos seguros —Me rasqué la nuca, avergonzado.

Si la situación ya estaba complicada antes, después de ese beso se jodió por completo. Tanto Judite como yo permanecimos en completo silencio sentados uno al lado del otro en el autobús rumbo a casa de Jefri. Le mentí diciéndole que mi coche estaba en el taller. No quería contarle los detalles sobre la pelea con mi padre ni decirle que era un maldito racista decidido a eliminar a nuestro bebé, pero volviendo al tema del beso, fue algo inesperado, pero increíblemente bueno… y ese era el problema. Ambos estábamos confundidos con respecto a nuestros sentimientos. Judite acababa de salir de una relación de cinco años de forma abrupta y todavía estaba sensible por el embarazo. Y yo… bueno, acababa de terminar una relación muy amorosa con la buena vida que me proporcionaba el dinero de mi familia.

En resumen, estábamos solos y necesitábamos apoyo. Durante este embarazo, prácticamente solo nos teníamos el uno al otro para apoyarnos, y eso pudo habernos confundido, haciéndonos ver sentimientos donde no los había. O quizás solo era curiosidad de saber cómo fue concebido nuestro hijo, ya que no podíamos contar con la memoria de esa noche.

—¡Ese beso fue un error! —dijimos al mismo tiempo, rompiendo el silencio incómodo.

—Qué bueno que piensas igual que yo, Theo. Te estás mostrando como un buen tipo y creo que serás un gran padre para nuestro hijo, pero no quiero involucrarme con nadie por ahora —cerró los ojos y bajó la cabeza, seguramente recordando la decepción que fue su ex, ese maldito tóxico.

—Yo nunca quiero involucrarme con nadie. No soy del tipo que se enamora fácilmente. De hecho, nunca me he enamorado y pretendo seguir así. Si hay algo que aprendí sobre el amor, desde pequeño con mi padre, es que duele muchísimo cuando no es

correspondido —Aparté la mirada hacia la ventanilla del autobús; me sentía vulnerable al hablar de mi padre.

—Pero podríamos ser buenos amigos, ¿qué te parece? —Giró mi rostro hacia ella. Con esa sonrisa, sería cualquier cosa que ella quisiera.

Miré directamente su boca, con unas ganas tremendas de volver a besarla.

—Buenos amigos me parece perfecto, chispita —Nos dimos un apretón de manos. Una alianza exitosa comenzaba ahí, y los ángeles dijeron amén.

El ambiente cambió completamente durante el resto del trayecto a casa de Jefri, se volvió ligero y relajado. Judite y yo hablamos de muchas cosas, el noventa por ciento relacionadas con nuestro bebé. Incluso apoyó su cabeza en mi hombro mientras acordábamos que si era niña, ella escogería el nombre, y si era niño, yo lo haría. No recordaba la última vez que me sentí tan relajado, riendo y hablando tonterías con la madre de mi hijo.

—La próxima es nuestra parada, chispita. Tienes que tirar de esa cuerdita, ¿sabías?

—Claro que lo sé, playboy. Viajo en autobús desde que nací. Mi madre rompió bolsa en una fiesta funk. Como no tenía mucho dinero, tuvo que ir sola en transporte público al hospital —contó sonriendo. Pero a mí no me causó ninguna gracia.

Judite llegó a este mundo sufriendo, y muchas cosas no habían cambiado desde entonces. Pero yo haría lo posible por cambiar eso. Quería que tuviera una buena vida sin tener que trabajar tanto, que pudiera dedicarse a nuestro hijo… pero también quería que fuera libre para salir con amigas y hasta coquetear, aunque esa última idea no me gustaba nada.

Nunca antes había sentido celos de una mujer, pero ninguna de ellas estaba embarazada de un hijo mío. Así que seguro era por eso. Claro, sin duda.

—¡Guau! ¿Tu mayordomo vive aquí, Theo? —Judite quedó sorprendida con la fachada de la casa de Jefri, pintada de rosa y blanco y ubicada en un barrio de clase alta.

La mayoría de la gente se sorprendería de saber cuánto gana un buen mayordomo. Más aún un profesional tan sofisticado y elegante como Jefri. Mi madre le pagaba una pequeña fortuna cada mes por sus servicios, y con razón: no había nada que él no resolviera. Siempre tenía una respuesta lista para todo y era una fiera cuando se trataba de defender a los suyos. Una vez se lanzó frente a un coche para salvarme. Era mi superhéroe.

—Sí, Jefri vive aquí. Te va a encantar, es una de las pocas personas en el mundo a las que amo y en las que confío. Es como un padre para mí —Hice una pausa antes de abrir la puerta—. Pero tiene un gusto algo… peculiar para el arte, así que no te asustes.

—¿Qué quieres decir con eso, Theo? —frunció el ceño.

—Míralo por ti misma, Jud —Abrí la puerta y la madre de mi hijo se quedó boquiabierta al ver que toda la decoración de la casa estaba inspirada en el tema de "pitos": de todos los tamaños, formas y colores, pero la mayoría en tonos rosados.

A Jefri le encantaba dejar claro que ese era su color favorito, y realmente le quedaba perfecto. Su excentricidad irradiaba alegría dondequiera que iba.

—¡Guau! No sé ni qué decir —Sonrió con vergüenza. Ya me había contado que era religiosa, pero no hacía falta, con esa carita de santa puritana.

—¡Hola, mis amores! ¡Ya llegaron! —Jefri nos recibió con una lluvia de besos. Estaba todo pomposo con su bata de seda con volados. No sé cómo podía caminar con eso puesto.

—Hola, Jefri, ella es la madre de mi hijo, de quien te hablé —Le sonreí a Judite, que se acomodó el cabello detrás de la oreja, tímida.

—¿Entonces esta es la famosa Judite? Un placer, mi amor, bienvenida a mi casa. —La abrazó—. Es tan hermosa como dijiste,

Theito. —El elogio hizo que sus mejillas se ruborizaran levemente.

—Un placer, Jefri, muchas gracias por dejarnos quedarnos aquí. —La chispita sonrió aún tímida.

—No hay nada que agradecer, preciosa. ¡Dios mío, me encanta tu cabello! —Jugó con los rizos de Judite—. Es tan hermoso y poderoso con todo ese volumen salvaje. —Le guiñó un ojo.

—Muchas gracias, Jefri. He pensado varias veces en alisarlo, pero siempre desisto porque amo mis rizos. —La chispita lanzó el cabello hacia un lado, llena de confianza, ya empezaba a soltarse.

—No te toques el pelo para nada, Judite. Alisado se vería lindo. Pero a mí me gusta así, natural —Me metí en la conversación sin querer.

Siendo sincero, me gustaba todo de Judite. Siempre imaginaba que nuestro hijo se parecería a ella, fuera niño o niña: nacería con esa piel oscura preciosa y el cabello todo rizado como el de su madre, pero con mi sonrisa pícara y mis ojos azules. Una mezcla perfecta entre la chispita y yo, lo único realmente bueno que hice en la vida, y ni siquiera fue por decisión propia.

—Sí, creo que a ti te gusta mucho más de Judite que solo su cabello, bebé. O no estaría embarazada de ti. —Jefri me miró de reojo, astuto como un águila.

—No empieces con el jueguito de cupido, Jefri. Te conozco demasiado bien —le advertí en un tono que solo él escuchó.

—Es la primera chica que me presentas y me encantó, así que voy a jugar a ser cupido todo lo que quiera. ¡Hum! No te metas, Theito —dijo entre dientes. Judite hizo cara de que no entendía nada de nuestra conversación privada.

—¿Todo bien, chicos? —Se retorció las manos delante del cuerpo, sabía que estábamos hablando de ella.

—Todo perfecto, querida. —Jefri abrazó a Judite y le acarició la cabeza—. Solo le estaba diciendo a Theo que tiene una visita muy

especial en la sala, esperándolo hace más de una hora.

—¿Qué visita especial, Jefri?

—Soy yo, idiota. Sabía que te encontraría aquí, bajo las alas de Jefri. —Mi amiga Bruna me abrazó con una mirada sarcástica, parecía aliviada de verme—. ¿Por qué no contestaste ninguna de mis llamadas, carajo? —Me dio una palmada en el hombro.

—Me asaltaron en el autobús esta mañana, Bruna. Se llevaron mi celular y esas zapatillas Nike que me enviaste a Francia de regalo de cumpleaños. Eran mis favoritas. —Me puse triste, de verdad me gustaban mucho.

—No te preocupes, hoy mismo te compro otros. Pero dime, ¿qué es eso del robo? ¡Dios mío! Es muy grave. —Bruna se hizo un moño desordenado con el cabello, sus mejillas estaban rojas del nerviosismo.

—Tranquila, mujer, estoy bien, como puedes ver. —Di una vuelta frente a ella para demostrarlo.

—¡Ni mierda estás bien! Desapareciste en Año Nuevo y ¿ni pensaste que podríamos estar preocupados? —Lanzó su bolso al sofá. Ahí supe que la cosa era seria—. Siempre hablamos de todo, Theo. Pero me entero por otros que vas a ser papá, que el tío Roberto te desheredó por eso y ahora vives aquí con Jefri. —Cruzó los brazos y me miró frunciendo el ceño.

—¿Tu papá te desheredó por nuestro bebé, Theo? Yo tampoco lo sabía. ¿Por qué no me lo dijiste? Pensé que estábamos juntos en esto. —Judite también cruzó los brazos y frunció aún más el ceño que Bruna. Ahora estaba acorralado por dos mujeres importantísimas en mi vida.

—¡Vaya! El ambiente se puso tenso de repente, mis amores. Voy a preparar un tecito de manzanilla para calmar los ánimos. —Jefri acomodó el cuello de su bata de seda. Sabía que si no intervenía, mi vida podría estar en riesgo.

Jefri preparó una mesa hermosa para nosotros, con té servido en su juego de porcelana de seis piezas y varios bocadillos. Bruna y Judite seguían con cara de culo sentadas a la mesa. Ni siquiera tuve la oportunidad de presentarlas como se debe. Quería que se llevaran bien, después de todo, una era la madre de mi hijo y la otra era como una hermana para mí.

—Espero que te guste este pastel de naranja, Theito, yo mismo lo hice esta mañana. —Jefri cortó una rebanada generosa y la puso en mi plato, luego me sirvió una taza de té—. ¿Con una o dos cucharadas de azúcar, querido?

—Dos, por favor, Jefri. —Le sonreí.

—¿Quieres que te dé el té en la boca también, Theito? —Judite empujó la silla hacia atrás y se puso de pie con ambas manos apoyadas en la mesa. No entendía por qué estaba tan molesta.

—No hace falta, Jud. Puedo hacerlo solo, no soy un inválido —respondí molesto mientras Jefri soplaba mi té, que estaba muy caliente.

—Ya basta, Jefri, siéntate porque ahora quien te va a servir es Theo y yo voy a lavar los platos después. No paraste ni un segundo de mimar a este rubio inútil. Esta casa es tuya y nosotros estamos aquí de favor, así que durante nuestra estadía, haremos todas las tareas del hogar a cambio de cama y comida —decretó sin siquiera consultarme antes.

—¿Qué? Debes estar loca, Judite, ¡ni siquiera sé freír un huevo! —La miré horrorizado. Jefri y Bruna intercambiaban miradas entre ella y yo.

—¡Pues aprende! No me importa, si quieres dormir en una cama calentita y tener el estómago lleno, vas a tener que trabajar duro por ello. Ya no eres rico, mi amor. Bienvenido a mi mundo. —Movió el cuello como una serpiente, de un lado al otro.

—Pero, Judi...

—¡Pero nada, Theodoro Alencar! Ya es hora de dejar de ser tratado como un niño y convertirte en un hombre. Pero para eso vas a tener que esforzarte. Estaré a tu lado para apoyarte en todo lo que necesites, y creo que todos aquí también lo harán, porque creemos en tu potencial. Por eso, Jefri no va a seguir consintiéndote, y tu amiga Bruna no te va a prestar ese dinero que estoy segura estabas a punto de pedirle. ¿Estoy equivocada? —Me miró con esa cara de "lo sé todo", y tuve que asentir con la cabeza aunque me doliera.

—Si no te casas con ella, Theo, dejo a Sara y me caso yo. —Bruna se levantó y abrazó a Judite. Eso significaba que el préstamo ya estaba descartado.

¡Mierda!

—Si él no se casa con ella, Brunita, dejo de gustar de los hombres solo por Jud. —Mi ex mayordomo Jefri también se levantó y abrazó a los dos.

¡Listo! Ahora todos estaban en complot contra mí.

—Está bien, siéntate, Jefri. Te voy a servir el té. —Me levanté resoplando.

—Gracias, querido. Lo quiero sin azúcar. —Me lanzó un beso y yo me reí de la situación. Si tenía que servirle a alguien, que fuera Jefri.

Se merecía eso y mucho más.

—Ya que estás de pie, ¿me sirves a mí también, amigo? —Bruna levantó su taza, disfrutando del momento, y la chispita también.

La descarada se reía, y la verdad es que yo también. Judite me estaba enseñando lo que debí haber aprendido en casa con mi madre: ser agradecido y retribuir cuando alguien hace algo bueno por mí.

—Está bien, Bruna, pero no te abuses. —Le saqué la lengua.

Después de servirle también a la madre de mi hijo, que parecía bastante orgullosa de mí, por fin me senté y pude tomar mi té. Les

conté todo lo que pasó desde la conversación con mi padre, solo omití el hecho de que él no quería un nieto mestizo en la familia, porque no quería que Judite se sintiera incómoda. Después de aclararlo todo, cambiamos de tema y el ambiente no pudo ser más relajado.

Bruna me hizo contar otra vez la historia de cuando desperté desnudo en la playa con una desconocida loca que me golpeó con un palo. Fue divertidísimo porque exageré un poco y añadí algunos chistes míos.

Judite completó la historia contando la parte en que fingí desmayarme y ella entró en pánico pensando que me había matado. Esa parte Bruna no la sabía y casi se orina de la risa. Jefri tuvo que tomar agua porque se iba a desmayar de tanto reírse. Fue muy divertido compartir el inicio de nuestra loca historia con ellos.

Dos desconocidos unidos por el fruto de una noche que ninguno de los dos recordaba, pero que, a esas alturas, ambos agradecían que hubiera pasado.



12

Judite

Me desperté muy temprano con mi celular sonando sin parar sobre el mueble al lado de la cabecera. Me estiré entre las sábanas rosadas de la cama más suave y perfumada en la que he dormido en mi vida. Jefri podía tener un gusto peculiar para la decoración, pero su casa era la más limpia y organizada en la que había estado. Después de conocerlo, entendí por qué Theo lo quería tanto: era un ser humano increíble, de corazón puro y divertidísimo. Nos reíamos un montón mientras yo lo ayudaba a cambiar la ropa de cama del cuarto de huéspedes, el único disponible para recibir visitas, ya que el otro fue transformado en un estudio de pintura. En sus días libres, a Jefri le encantaba pintar cuadros, ese era su pasatiempo favorito.

El asunto era que Theo y yo tendríamos que compartir la misma cama, porque de ninguna manera iba a dejar que el padre de mi hijo durmiera en el piso o en el sofá de la sala. Ya estaba embarazada de todas formas, ¿qué más podría pasar? Sobre todo porque, después del beso intenso que compartimos ayer, ambos decidimos que seríamos solo buenos amigos.

—¡Maldita sea! —Mi celular seguía sonando. Con mucha pereza, estiré el brazo y lo tomé para revisar los mensajes.

Recibí varios mensajes de Janete. Ya había contratado a alguien para que hiciera la limpieza esa mañana, y era una de esas tareas pesadas que pagaban muy bien por el servicio. Pero la dueña de la casa dijo que el trabajo debía hacerse entre dos personas. Como mi amiga trabajaría en el hotel ese día, tendría que encontrar a otro compañero que me ayudara. Y ya sabía exactamente quién sería.

Miré a Theo, dormido a mi lado y hasta babeando. Tendría que ser él. De hecho, le vendría bien para que aprendiera cómo funcionan las cosas detrás del telón de la vida de gente rica como su familia. Vería con sus propios ojos el otro lado de la moneda.

—Despierta, playboy. Conseguí un trabajito para que ganemos algo de plata. —Lo toqué suavemente, pero no obtuve respuesta.

En el segundo intento lo sacudí por los hombros, pero tampoco reaccionó.

—Te lo buscaste, hombre. —Lo empujé fuera de la cama con el pie. Nunca vi a alguien dormir tan profundamente.

—¡Dios mío! ¿Rompiste fuente, Judite? ¡Vamos al hospital! —Se levantó asustado, el cabello todo parado y esa carita tierna de sueño.

—Tranquilo, Theo, aún faltan ocho meses para que nazca el bebé. —Empecé a reírme, estaba más dormido que despierto—. Toma un baño y ponte ropa cómoda. Mientras tanto, prepararé el desayuno. —Me levanté y comencé a arreglar la cama. Las ganas de volver a ella eran enormes, pero el deber llamaba.

—Pero ni siquiera ha amanecido todavía, Jud. Déjame dormir solo diez minutos más —bostezó mientras se rascaba el pecho por encima de la camiseta blanca arrugada. Fingí no ver a su "amiguito" totalmente suelto dentro del pantalón de pijama gris. No estaba usando calzoncillos.

Me dio pena. Si para mí, que ya estaba acostumbrada a madrugar, era difícil, imagínate para Theo, que apenas estaba empezando esta vida de pobre. Pero no había opción, el agua le estaba llegando a los talones al rubio mimado y tendría que espabilarse.

—Anda, ve a ducharte, Theo, o no vamos a tener tiempo de desayunar. ¿Eso es lo que quieres? Porque no sé a qué hora vamos a poder almorzar hoy. —Tiré del edredón con estampado de varias caras de Madonna que todavía estaba enredado con él, y lo extendí en la cama. El hombre me miró con una mueca aún más agria; era de los que se despiertan de mal humor.

—No sé en qué estaba pensando cuando renuncié a mi herencia. ¡Odio ser pobre! —resopló haciendo puchero.

—¿Dijiste algo, Theo? Perdona, no te escuché bien. —Le saqué la lengua y se la mostré.

—Dije que puedes ducharte tú primero, yo preparo el desayuno.

—¡Será mejor que no! No tienes pinta de saber ni cómo hacer agua con azúcar.

—¿No fuiste tú la que dijo ayer que tenía que aprender a valerme por mí mismo, chispita? —Torció la boca en una sonrisa engreída, le encantaba usar mis propias palabras contra mí.

—Voy por mi toalla. —Levanté la nariz y salí de la habitación.

—¡1 a 0 para mí, nena!

Escuché al cretino hablarme por la espalda. Lo odiaba. Entré al baño y fingí que no lo escuché, me quité la ropa y entré en la ducha.

—Sabes que esto ya me está empezando a gustar, ¿no? —Levanté la ceja sonriendo. Incluso la llave de la regadera tenía forma de pene.

Casi todo en esa casa lo tenía, incluidas las pinturas que Jefri hacía en su estudio. Me llevó allí a conocerlo. Me impresionó tanto que incluso soñé con una lluvia de penes toda la noche. Él no veía

los órganos genitales solo como fuente de placer, iba mucho más allá. Jefri veía la belleza artística como un instrumento que ayudaba a crear vida. Una obra divina. Bueno, esas fueron sus palabras, y siendo sincera, me pareció un punto de vista interesante. Pero si el pastor de mi iglesia, mi ex suegro, por cierto, escuchara eso, le daría un infarto. Aunque después de casi ser agredida por su hijo y atacada por su esposa en plena calle, la opinión de esa familia ya no tiene ningún valor para mí.

Después de ducharme, me vestí con un jean y una blusa lila que saqué del montón de ropa que me dio Jefri. Él era bajito y flaco, así que me quedó perfecta. Como no tuve tiempo de agarrar nada en casa de mi mamá, Jefri hizo una limpieza total en su clóset con cosas que ya no quería y me las regaló. La mayoría aún tenía etiqueta, esa criatura tenía ropa suficiente para tres vidas enteras.

—¡Uy, qué rico huele! —Mi estómago rugió al pasar por la sala. Venía un aroma delicioso desde la cocina.

Seguramente Jefri también ya se había despertado y estaba ayudando a Theo con el desayuno. O Theo lo había despertado a él para que lo ayudara. Esa segunda opción era más probable. Fui a la cocina para comprobar mis sospechas y terminé llevándome una sorpresa.

—Hice huevos revueltos con tocino, Judite. Siéntate que te sirvo un café recién hecho —dijo Theo al verme entrar. Ya no se lo notaba tan de mal humor.

Incluso me acercó la silla para que me sentara, demasiado caballero para mi gusto, incluso pensé que había escupido en mi taza, era típico de él.

—Muchas gracias, Theo. Para alguien que apenas ha pisado una cocina, te salió bastante bien. —Me recogí el cabello detrás de la oreja. Sentía un calor fuera de lo normal, y no tenía nada que ver con la temperatura del ambiente.

El desgraciado se había quitado la camiseta y solo llevaba puesto un delantal blanco lleno de corazoncitos rojos, pero en él se

veía increíblemente sexy. Había puesto la mesa bien bonita con platos, cubiertos y una tetera de porcelana que humeaba por el pico, llenando la cocina con un delicioso aroma a café. El único detalle era que la cocina en sí estaba hecha un desastre. Las hornallas estaban sucias, el fregadero lleno de platos y cáscaras de huevo por todos lados. Seguramente había usado un paquete entero.

Pero eso era lo de menos. Lo importante era que Theo había hecho algo por alguien más que él mismo. Él no era de esforzarse, así que eso ya era un gran paso.

—Confieso que llamé como cinco veces a Val, la cocinera de la casa de mi mamá. Muy pacientemente me dio buenos tips. —Me sirvió una taza de café. Estaba algo insípido, pero no era el peor que había probado.

—Conozco a Val. No puedo creer que despertaste a la pobre mujer a esta hora solo para preguntar cómo se hacen unos huevos revueltos, Theo. —Lo miré incrédula. Era un caso perdido.

—Entré en pánico, Judite, no seas tan dura conmigo, ¿sí? —Me guiñó un ojo con ese encanto que lo caracterizaba. Y le agradecí estar ya sentada, porque si no me habría derretido en el piso.

¡Maldita sea!

Cada vez que lo miraba me parecía más lindo. Era ridículo. Y cuando Theo sonreía con esa boca grande y carnosa llena de dientes blancos perfectos... ¡Por Dios! No lanzarme sobre ese hombre ya estaba siendo un acto de heroísmo.

—Buenos días, mis amores, ¿y ese olor tan rico? —Jefri apareció en la cocina ya listo para irse al trabajo, con su buen humor de siempre.

—Yo preparé el desayuno, Jefri. —Theo infló el pecho, todo orgulloso. —Siéntate que también te sirvo, espero que te gusten los huevos revueltos que hice—. Le llenó el plato, y yo apreté los dientes para no soltar la carcajada.

Desde donde estaba, podía ver los pedazos de cáscara de huevo en medio de la tortilla. Theo no sabía que había que quitarlos al romper los huevos. La cara de incomodidad de Jefri mirando el plato era lo más gracioso del mundo, pero no huyó solo para no desanimar a su bebecito.

—Se ve delicioso, querido. Nunca imaginé verte cocinando. —Movió los huevos en el plato con el tenedor unos segundos antes de llevarlos a la boca. Masticó sin hacer muecas y tragó.

—Entonces, Jefri, ¿qué te pareció? —preguntó Theo, emocionado.

—¡Los mejores huevos revueltos de mi vida, Theito! —Le pellizcó la mejilla.

—Entonces come más, porque hice un cartón de huevos entero. Así ya tenemos lista la cena. —Le sirvió más, y yo tuve que morderme los labios para no soltar la risa.

¿No dije que había hecho el cartón de huevos entero? Era un personaje.

—Quiero darte algo, Theo. Tengo este celular viejo guardado desde hace tiempo, pero el chip funciona perfecto y ya tiene mi número guardado. Como te robaron el tuyo, pensé que podrías usar este mientras tanto. —Me sonrió. Si no fuera por mi regaño de ayer, habría salido corriendo a comprarle el más caro del mercado a su bebé.

Sacó el celular de su bolso. Un iPhone dorado sin ni un solo rasguño, parecía recién sacado de la caja. "Viejo" era el mío, de una marca china que nadie conocía, peor que los Ching-ling, con años de uso, teclas que no funcionaban y la pantalla toda rota.

—¡Muchas gracias, Jefri, eres lo máximo! —Le llenó la cara de besos.

—No hay de qué, querido. Hoy también puedes usar mi coche. Mi chico me va a dar un aventón al trabajo, y estoy loco por presentártelo —Suspiró Jefri, parecía realmente enamorado.

Pero la cara de Theo no era de las mejores. Se lo veía preocupado con ese romance de Jefri.

—Yo también muero por conocer a tu chico, Jefri. Espero que sea un buen tipo, porque si no, lo reviento —gruñó con cara larga.

—La charla está buenísima, pero ve a cambiarte de una vez, Theo, porque salimos en treinta minutos.

—Sí, señora, jefa. ¡Ya voy! —Me guiñó el ojo otra vez antes de salir corriendo a vestirse, con su sonrisa juguetona de siempre.

Esta vez, creo que el suspiro me salió más alto de lo debido, porque apenas Theo desapareció por el pasillo y giré el rostro, Jefri me estaba mirando raro.

—¿Qué pasa? —Mis mejillas ardían.

—Nada, bomboncito, dime tú. —Movió las cejas de un modo gracioso, y mis mejillas ardieron todavía más.

—No tengo idea de qué estás hablando, Jefri. —Me levanté rápido e incliné la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos y darle toda la verdad servida en bandeja de plata.

—Mmm, claro, bomboncito... —Carraspeó soltando una risita, una mano apoyada en el codo y la otra bajo el mentón.

—Creo que voy a aprovechar que Theo está en la ducha para hacer una tortilla decente y arreglar el desastre que dejó, Jefri. —Sonreí de forzadamente, tratando de cambiar de tema.

Siempre fui pésima ocultando mis sentimientos, mis expresiones eran como un libro abierto que cualquiera podía leer de principio a fin.

—Bueno, yo preferiría hablar de tus sentimientos amorosos por Theito. Pero como todavía no estás lista para esa conversación, preciosa, te ayudaré a hacer una tortilla sin cáscaras de huevo. —Apoyó la cabeza en mi hombro y nos reímos los dos. Le agradecí que no insistiera con el tema de los sentimientos.

Podría parecer una locura, pero ni yo misma sabía lo que sentía por Theo.

Solo sabía que era algo nuevo.

Algo bueno. Muy bueno.

Y aterrador.



Como era de esperarse, Theo tardó casi una hora en arreglarse para salir. ¡El tipo se vistió como si fuéramos a una fiesta, no a limpiar una casa! Perdí la paciencia, agarré mi bolso y salí primero. El idiota vino corriendo detrás de mí, y me irritó aún más. Se quejó todo el tiempo en la parada, en el autobús, y cuando llegamos a la casa que íbamos a limpiar. Dijo que era del tamaño de la mansión de sus padres y que tardaríamos una vida en dejarla limpia, bla bla bla. Qué tipo más pesado.

Me arrepentí de haber traído a Theo. No iba a ayudar en nada y encima me llenaría la paciencia. Pero ya lo había traído y tendría que cargar con él todo el día. Que Dios me ayudara a no cometer una locura.

—¡Qué horror! Parece que pasó un huracán por aquí. —Theo pateó una lata de cerveza aplastada en el jardín, pero había cientos más alrededor, era obvio que había habido una fiesta allí la noche anterior.

Ni siquiera se veía el pasto verde, había vasos plásticos y botellas vacías por todas partes.

—Relájate, niño rico. Ya he limpiado lugares peores. —Me encogí de hombros—. Si nos apuramos, terminamos en cinco horas. —Saqué la llave de debajo del felpudo, abrí la puerta y casi me trago mis propias palabras. El desastre afuera no era nada comparado con lo que vimos dentro.

Parecía que un escuadrón antidrogas había invadido la casa como en las favelas, revolviendo todo buscando posibles escondites de droga. Hasta sacaron las plantas de los floreros.

—¿Cinco horas, es en serio, chispita? ¡Por favor! —Puso las manos en la cintura y movió la cabeza de lado a lado como una de esas locas de barrio que te quieren pelear si apenas las miras.

—No exageres, Theo. Lo vamos a lograr. —Entré caminando de puntitas para no pisar los vidrios rotos. Limpiar y encerar eso iba a costar trabajo.

—Lo lograremos, sí, Judite... ¡pero en años! Nuestro hijo va a nacer y crecer corriendo entre este desastre y nosotros seguiremos aquí limpiando —gruñó, indignado—. ¡Esto no es justo! Me estás obligando a trabajar como esclavo por una miseria que ni siquiera alcanza para comprar unos de mis calzoncillos Calvin Klein.

Lloriqueaba el mimado, ahora con las manos metidas en los bolsillos. Si lo que íbamos a ganar por esa limpieza no alcanzaba para unos de sus calzoncillos, iba a necesitar un año entero de salario para pagar esa camiseta azul horrorosa de marca que llevaba, muy estilo "niño de mamá".

—No es justo solo cuando tú limpias, ¿no es así, Theodoro Alencar? —Abrí el cuartito bajo la escalera y saqué los productos de limpieza, la aspiradora y los delantales—. Pero cuando eras uno de los invitados de estas fiestitas de ricos, ni te pasaba por la cabeza pensar en la pobre señora de la limpieza que tiene que recoger todo al día siguiente. Así que no me vengas con hipocresía.

—Esos eran otros tiempos en mi vida, no mezcles las cosas. —Siguió parado mirándome mientras yo me las arreglaba con mil cosas en las manos. Qué caradura.

—¡Basta de charla, Theo! Cuanto más tardemos en empezar, más vamos a tardar en terminar. Y si fuera tú, me pondría guantes, porque te vas a impresionar con la cantidad de condones usados que vamos a encontrar en la planta alta —bromeé, pero su cara de horror no pudo ser más auténtica.

—Ay no... No me siento muy bien, Jud. Creo que es mejor que regrese a casa. —Se puso la mano en la frente y se dejó caer en un sofá marrón del rincón, con una actuación digna de un Óscar.

Definitivamente, la tele se estaba perdiendo a un gran actor. Theo, con su belleza y talento para el drama, fácilmente podría ser el galán de la novela de las nueve.

—Está bien. Si te quieres ir, no te voy a detener. Yo hago la limpieza sola. Pero vas a tener que volver a pie, solo traje el dinero para el viaje de ida. —Me di vuelta y seguí sola. Mejor sola que mal acompañada.

Además, quería ver a ese niño rico cruzar la ciudad a pie hasta casa de Jefri. Para alguien tan flojo como él, le tomaría medio día. Y eso si no se perdía, cosa que era bastante probable.

—Está bien, chispita, te ayudo. ¡Pero qué martirio! —gruñó. Su malestar pasó rapidito—. Pero que quede claro: no pienso tocar condones usados con fluidos de otros tipos, ¿entendiste? ¡Todo tiene un límite en esta vida! —Se acomodó en el sofá como si estuviera en su casa.

—No necesitas tocarlos, bombón, ya que estás acostado encima de media fiesta de anoche. Por si no lo sabías, el sofá es el lugar preferido para echarse un rapidito al final del baile —dije riendo.

—¡Te estás burlando de mí! —Giró la cara hacia el respaldo mullido.

—Puedes estar seguro de que esa mancha enorme justo debajo de tu cara no es de bebida, Theito. —Me reí aún más.

—¡Dios mío, qué asco! ¡Esto tiene que ser una pesadilla!

Theo dio un salto del sofá, frotándose la cara como si quisiera arrancarse la piel. Estaba tragando el pan que el diablo amasó y luego orinó encima, en esta nueva vida entre los menos favorecidos.

—Eso es, niño rico, es hora de que pruebes de tu propia medicina. —Le lancé un besito al aire solo para provocarlo aún más.

El juego había cambiado: ahora mi pasatiempo favorito era provocarlo.

Subí al segundo piso para empezar a limpiar los cuartos, y Theo venía pisando fuerte detrás de mí, murmurando insultos por lo bajo.

—Entonces, patrona, ¿por dónde empezamos? —preguntó con ese tonito venenoso y una mirada cargada de ironía.

—No soy tu patrona, Theo. Soy tu compañera de trabajo. Y de las buena onda, porque voy a limpiar los cuartos más grandes y tú te quedas con los baños, ¿te parece?

—¿Y no hay otra opción, chispita? —respondió con otra pregunta.

—Vas a necesitar esto para limpiar el inodoro. Te voy a explicar cómo se usa. —Le entregué la escobilla del baño. Theo la agarró con la punta de los dedos como si fuera un objeto de otro planeta.

—Shhh... —Me tapó la boca con los dedos—. No necesito que me enseñes nada, Judite. No soy ningún idiota, ¿sabías? Soy ingeniero mecánico, y puedo arreglármelas solo. Limpiar un baño no puede ser tan difícil.

—Está bien, bonito. —Levanté las manos en señal de rendición. Eso iba a ser muy divertido.

—Menos charla y más trabajo, Judite, con permiso. —Salió con la frente en alto rumbo al baño. Ese niño mimado ni para limpiar un inodoro se agachaba.

Empecé a quitar el polvo de un tocador antiguo de madera pintado de blanco y conté mentalmente:

Uno... dos... tres... ¡y tocado!

—¡Qué asco! ¡Hay mierda hasta en las paredes! Creo que voy a vomitar. —Theo corrió hacia la ventana, se inclinó y apoyó las dos manos abiertas en el marco.

No pude evitar reírme. Yo era la embarazada, y el padre de mi hijo era el que tenía el estómago débil.

—No vas a vomitar nada, Theo. Créeme, ya hay suficiente vómito por toda esta casa para que tengamos que limpiar. —Bromeé.

—Te creo, Jud. ¡Porque tengo las manos en el vómito de alguien justo ahora! Todavía se ven los pedazos de salmón. —Levantó las manos cubiertas de vómito y se giró hacia mí con cara de querer llorar. No pude aguantarme y me dio un ataque de risa.

Reí tanto, pero tanto, que se me salieron las lágrimas. Theo era un personaje. No sabía si no lo soportaba o lo adoraba. Tal vez ambas cosas, dependía del momento.

—¡Deja de reírte, Judite! ¡No es gracioso! —dijo molesto.

—¡Sí lo es, Theo! ¡Perdón! —balbuceé entre carcajadas.

—Ya veremos si sigues riéndote cuando toque esa carita hermosa con mis manos llenas de vómito, preciosa. Será mejor que corras. —Extendió los dedos como si fueran garras y corrió tras de mí. Él también estaba riendo, ya no estaba enojado.

—¡Para, Theo! ¡No puedes hacerle eso a la madre de tu hijo! —Mis carcajadas resonaban por todo el pasillo mientras corría, pero no llegué muy lejos. Theo me alcanzó enseguida.

—Soy el monstruo del vómito y voy a ensuciarte completita, señorita. —Me arrinconó contra la pared y acercó esas manos asquerosas a mi cara, aunque no llegó a tocarme. Solo quería asustarme.

—Te juro por Dios, Theo, que si no te alejas ahora mismo yo... yo... —No pude terminar la frase. Él fue acercando su rostro al mío lentamente, con esa mirada matadora que dejaba sin aliento, y simplemente me quedé sin voz.

—¿Vas a hacer qué, eh, chispita? —Acercó sus labios a los míos, el hijo de puta me estaba provocando y era muy bueno en eso.

—¡Esto! —Me deslicé por la pared y logré escapar de su agarre, corriendo lejos de Theo. Pero no era parte del juego.

Necesitaba alejarme de él. Lo más posible. Porque si no, no iba a poder resistirme a su encanto. Era más fuerte que yo.

—Tuviste suerte esta vez, señorita, pero la próxima no vas a poder escaparte de mí —dijo con tono juguetón.

Después de lavarse las manos, Theo se mostró más relajado, pero mi corazón aún latía a mil por hora.

—La regla más importante en el mundo de los limpiadores es nunca tocar nada sin guantes, niño rico. Espero que hayas aprendido la lección. —Le lancé un par de guantes de látex.

—Sin duda que la aprendí, chispita. Pero no voy a rendirme tan fácil, ¡ese baño jamás ha visto una limpieza como la que voy a darle hoy! —Puso el cepillo para inodoros sobre su hombro como si fuera un soldado y se fuera a la guerra con su espada de doble filo, más decidido que nunca.

Y esta vez Theo no decepcionó, enfrentó la tarea con lo mejor que tenía y lo logró. Dejó los azulejos del baño más brillantes que yo, me sentí orgullosa. Siempre creí en su potencial. No volvió a quejarse durante la limpieza, aunque hacía bromas de todo y me sacaba carcajadas. Me costaba admitirlo, pero hacíamos un buen equipo. Después de limpiar el piso de arriba, el de abajo fue pan comido. Lo más pesado fue la piscina, que la dejamos para el final. Tenía cien metros de largo y era muy profunda.

Encontramos de todo adentro, hasta una muñeca inflable. Tuvimos que vaciarla para poder limpiarla. Al terminar, la volvimos a llenar; solo faltaba eso y por fin podríamos irnos. Había sido un día largo y yo estaba agotada… y hambrienta.

Pero…

Para mi sorpresa, cuando la piscina ya casi estaba llena, el bonito de Theo empezó a quitarse la ropa hasta quedarse solo en calzoncillos negros. No podía creer que de verdad estuviera pensando en hacer eso.

—¡Ni se te ocurra, Theo! Estamos aquí trabajando, no para divertirnos. —Puse las manos en la cintura—. Si los dueños de la casa aparecen, podrían hasta arrestarnos.

—¿Alguna vez te dijeron que eres muy aguafiestas, Judite? —Sonrió de lado antes de zambullirse en la piscina, sin darle la menor importancia a lo que le dije.

—En realidad, sí me lo han dicho… —respondí algo avergonzada cuando Theo salió a la superficie, con el cabello rubio pegado a la frente y las mejillas sonrojadas por el calor infernal que hacía esa tarde en Río de Janeiro.

Día perfecto para un baño clandestino en una piscina tan maravillosa como esa. El agua azul cristalina se reflejaba en los ojos hambrientos de Theo. Era una escena digna de una obra de arte.

—Entonces demuestra que estaban equivocados sobre ti y rompe las reglas al menos una vez en tu vida, chispita. La vida es demasiado corta como para hacer solo lo correcto y no lo que uno desea. —Me sonrió, más hermoso que nunca.

Era imposible decirle que no.

—¡Mierda! Estoy segura de que me voy a arrepentir de esto… —Empecé a quitarme la ropa.

Le agradecí a Dios por estar usando ese conjunto de lencería blanco de encaje de dos piezas que me había dado Jefri, aún nuevo en la bolsa de la tienda, tenía una colección de varios estilos de ropa interior femenina. De lo contrario, habría estado usando una de mis bragas viejas con agujeros en el trasero y muriéndome de vergüenza.

—¡Guau! —Theo no me quitaba los ojos de encima mientras yo entraba a la piscina. El agua estaba calentita, realmente deliciosa.

—¿¡Podrías dejar de mirar mis pechos, pervertido!? —Le arrojé un chorro de agua, y ahí empezó la guerra.

—Vas a pagar por eso, Jud. —Me respondió con otro chorro aún más fuerte, y nos reímos a carcajadas todo el tiempo.

Pasamos casi una hora jugando como niños en la piscina, el tiempo voló. Solo salimos porque escuchamos un auto llegar. Nos vestimos corriendo y fuimos al frente de la casa. Theo se acordó de que había dejado sus zapatos en la terraza y fue a buscarlos, mientras yo me quedé esperando a que la señora bajara de su tremendo auto y viniera a hablar conmigo.

—Buenas tardes, señora. Soy Judite, la señora de la limpieza. —Le extendí la mano para saludarla, pero ni se molestó, solo me miró con cara de asco.

Era una señora de unos sesenta años, pero muy arreglada. Cabello canoso alisado, bien maquillada y luciendo un vestido corto color dorado y tacones de quince centímetros. Y hablando de cabello, me miró de forma extraña al ver el mío todo mojado. Pero no dijo nada, gracias a Dios.

—Espero que hayas hecho un buen trabajo, muchacha. Aquí tienes tu pago. —Sacó un sobre blanco de su bolso de Prada y me lo entregó, su tono fue innecesariamente arrogante.

—No se preocupe, señora, si no le gusta el trabajo que hice, puede pedir que le devuelvan el dinero. —Levanté la cabeza y nivelé nuestras miradas, no me sentía inferior solo porque estábamos en lados opuestos de la sociedad.

—Sí, confiaré, *la gente como tú* suele ser buena para limpiar. Nacieron para eso. —Se echó el flequillo hacia atrás. Juro que si no fuera una señora mayor, le habría dado una bofetada en la cara.

Cuando dijo "gente como tú", quiso decir pobre y negra. Descendiente de esclavos. Que nació para servir a los demás.

—¡Eh, por fin encontré mis zapatos! —Theo volvió sonriente, corriendo con el cabello casi seco cayéndole sobre la frente.

—Hola, mi amor. ¿Eres uno de los amigos de mi nieto? Espero que hayas disfrutado de la fiesta que dio anoche. —La vieja

presumida le sonrió de oreja a oreja, y no fue una sonrisa de abuelita dulce, sino de "me quiero comer a este jovencito". Incluso se acomodó el escote. Claramente le gustaban los hombres más jóvenes.

—Disculpe, señora, pero no conozco a su nieto. Solo soy el de la limpieza, trabajo junto con Judite. —Me sonrió inocente, sin darse cuenta de que la señora le estaba echando el ojo.

—¿Un portero tan lindo, rubio de ojos azules? —exclamó la bruja, como si limpiar fuera un trabajo solo para gente fea o de color.

—Empecé hoy en este rubro, pero no planeo quedarme mucho tiempo —respondió relajado. Y cuando sonrió, la vieja hasta se abanicó con la mano.

—Te apoyo en lo que necesites, hermoso. Toma mi tarjeta de contacto. Me gustaste mucho, tanto que incluso voy a darte una propina por el trabajo de hoy.

Sacó varios billetes de cien reales de su bolso y se los dio a Theo, mucho más de lo que habíamos acordado por la limpieza. Me pareció un absurdo.

—Muchas gracias, señora. Pero no hace falta ninguna propina, solo queremos lo justo por nuestro trabajo. —Le quité el dinero de las manos a un Theo completamente confundido y se lo devolví a la presumida. Luego tomé su brazo y lo arrastré fuera de esa casa del infierno. Estaba tan enojada que me arrepentí de haber aceptado ese maldito trabajo.

—¿Pero qué estás haciendo, Judite? —Theo se soltó cuando llegamos a la vereda. —¿Por qué devolviste la propina que me gané? ¡Carajo! Voy a volver por ella, necesitamos juntar todo el dinero posible antes del nacimiento del bebé.

—Porque esa propina que esa vieja pervertida te dio no fue por tu trabajo, idiota. Fue porque quería comprarte.

—¿Y qué? ¡Dinero es dinero, Judite! Por eso la mayoría de la gente nace y muere pobre. Son demasiado orgullosos, nunca entenderé eso. —Puso los ojos en blanco, con una frialdad que no parecía la del mismo chico encantador que jugaba conmigo en la piscina.

—¡Pues sí, soy orgullosa, Theo! Pero al menos puedo apoyar la cabeza en la almohada cada noche y dormir en paz. Porque aprendí que cuando el dinero viene fácil, uno siempre lo paga caro después, con intereses y todo. Ese tipo de cosas no le agradan a Dios. —Suspiré, agotada, tras una larga pausa.

—No exageres, Judite. Estás sonando como una fanática religiosa.

—Muy bien, Theo. Haz lo que quieras, no me importa. Si quieres volver y aceptar tu propina cargada de intenciones, adelante. ¡Aprovecha y tírate de una vez a esa abuela caliente que lo único que quiere es sentarse en tu verga grande y dura! —grité furiosa. Hablar así no era típico de mí.

Theo despertaba en mí sentimientos que nunca había sentido antes, y uno de ellos claramente era celos. ¡Porque sí! Estaba celosa de él con una señora de sesenta años, y ese era el verdadero motivo de mi rabia, no el dinero. Pero prefería morirme antes de que ese rubio engreído lo supiera. Así que me di vuelta y me fui sola sin mirar atrás.

Ya comenzaba a oscurecer, podía ver el sol cada vez más bajo. La vista del atardecer me ayudó a calmarme un poco… pero Theo vino corriendo detrás de mí para para fastidiarme aún más.

¡Maldita sea! Ese hombre apareció en mi vida solo para sacarme del buen camino y volverme loca, y estaba a un paso de lograrlo.



13

Theo

—¿Espera un momento, Judite, ¿acabas de admitir que tengo la verga grande? —Corrí detrás de la chispita, caminaba rapidísimo, la maldita.

No entendía por qué Judite se había enojado tanto conmigo solo por una propina. Claro que me di cuenta de que esa mamita me estaba tirando los perros, pero me hice el tonto porque, a pesar de todo, ella estaba en el papel de nuestra jefa. Y si había algo que aprendí de mi padre era que el jefe siempre tiene la razón, o al menos el empleado inteligente lo hace creer.

Además, trabajamos como condenados. Nada más justo que aceptar una propina. Pero Judite montó toda una escena, parecía que estaba incluso…

¿Celosa?

No. Imposible. Eso no podía ser cierto.

Porque fue idea de Judite que fuéramos solo amigos y yo estuve de acuerdo. Y los amigos no sienten celos el uno del otro... al menos Bruna y yo no los sentimos.

—¿Qué pasó, renunciaste a tu "propina", playboy? Pensé que estabas decidido a volver por ella —dijo haciendo señas para que el autobús que venía se detuviera. Tuvimos suerte, justo llegábamos a la parada.

—¿Después de todo ese sermón moralista tuyo? ¡De ninguna manera! Tus palabras me conmovieron, ya me siento un nuevo hombre —dije irónicamente.

—Ah, vete al carajo, Theo —Ella pagó los boletos y cruzamos el torniquete. Se fue hasta el fondo, porque solo allí había lugar libre.

Yo caminaba detrás de ella por el pasillo del autobús, pero podía oírla resoplar como una pantera negra lista para atacar si la provocaba un poco más.

—Mirá, chispita, empiezo a pensar que el motivo de todo tu enojo son celos —Me arriesgué, aunque sabía que estaba jugando con mi vida.

—¿Celos, yo? —Echó la cabeza hacia atrás en una risa larga, pero sin gracia. —¡Ja! Ni con mi novio sentía celos, imagínate contigo —Se encogió de hombros. No entendía por qué trajo a ese gusano a la conversación.

—Ex novio, Judite. No entiendo por qué sigues hablando de él como si siguieran juntos, porque no lo están. ¡Carajo! ¿Ya te olvidaste de que te levantó la mano? Porque yo no. —Me exalté.

Solo de pensar en ese maldito levantándole la mano a Judite, me daban ganas de cazarlo con un fusil AK-47 como a un animal salvaje y bajarlo de un tiro en la frente.

—No me olvidé de nada, Theo. Pero me mandó un mensaje esta mañana pidiéndome perdón por lo que pasó. Dijo que estaba alterado, que no pensó bien, juró que nunca me haría daño, y menos estando embarazada, aunque el bebé no sea suyo.

Tuvo el descaro de contarme eso, la muy traidora. Me dio una bronca infernal.

—No puedo creer que sigas hablando con ese tipo a mis espaldas, Judite. ¿Por qué no bloqueaste su número, carajo?

—Lo voy a hacer cuando yo lo decida. Esa elección es mía, no tuya.

—¡Dios mío! Estás pensando en volver con él. Bastaron unas palabras lindas y ya perdonaste al cobarde que golpea mujeres. Pero desde ya te digo que no quiero a mi hijo cerca de ese tipo.

—¡Dios mío digo yo, Theo! Dije que recibí un mensaje, no que le respondí. Mucho menos que quiero volver con él. Conozco bien a ese tipo de hombres: pegan, piden perdón, y al día siguiente lo hacen otra vez. No soy ninguna idiota, así que dejá de ser paranoico.

—No soy paranoico. Solo no quiero que hables, mires ni pienses en tu ex, ¿entendiste? —Exhalé fuerte, solo me di cuenta de que estaba gritando cuando noté que todo el autobús nos miraba.

—¿Y quién tiene celos ahora, playboy? —Sonrió con los ojos entrecerrados—. El marcador va 1 a 1 ahora, punto para mí —La diabla me puso en mi lugar, como debía.

Y lo peor era que después del showcito que hice delante de todo el mundo, ya no tenía cómo discutir. Moría de celos del ex de Judite, y se me notaba a kilómetros. Estuvieron juntos cinco años, él conocía mucho mejor a la madre de mi hijo que yo. Ella podía estar embarazada de mí, pero era a ese imbécil a quien amaba, y si él insistía un poco, era obvio que Judite lo perdonaría y volverían. Para mi desgracia.

No sabría cómo lidiar con eso; además de ver a mi chispita con otro, tendría que ver a mi hijo crecer bajo el mismo techo con un tipo ocupando mi lugar de padre. Porque aunque yo estuviera presente, no sería lo mismo. Pero eso iba a pasar solo sobre mi cadáver. Le partiría la cara a Jonathan a piñas antes de permitirlo. Solo de pensarlo me llenaba de rabia, ni siquiera podía mirar a Judite. Me giré hacia la ventana y me puse a mirar el paisaje. Ya era de noche y el clima estaba fresco.

Pero mi humor mejoró rápido cuando vi a través del reflejo del vidrio cómo Judite sacaba el celular del bolsillo del jean y bloqueaba el contacto del ex. Una preocupación menos para mí. Gracias a Dios. No volvimos a hablar durante un buen rato del trayecto. Me pareció raro porque Judite no era de quedarse callada mucho tiempo.

Cuando la miré para ver qué pasaba, estaba durmiendo con la cabeza torcida. Había trabajado como una bestia y apenas comimos en todo el día. Esa no era vida para una mujer embarazada. Y menos si esa mujer estaba embarazada de mi hijo.

—Así dormida pareces hasta indefensa, chispita —Le acomodé la cabeza en mi regazo y acaricié su pelo aún húmedo del baño clandestino que tomamos. Fue un momento mágico, nunca me había divertido tanto con una chica sin la intención de llevármela a la cama.

Me convertí en otro hombre desde que conocí a esa chica. Y no solo yo estaba cambiando, Judite también empezaba a abrirse al mundo como una flor del campo que florece bajo el rocío de la mañana. Casi no podía creerlo cuando la vi meterse en la piscina conmigo, rompiendo una de sus reglas sagradas de trabajo, y disfrutó cada segundo. Si la dueña no hubiera llegado, creo que habríamos pasado la noche allí, en el agua, divirtiéndonos. Fue increíble.

—Mierda —murmuré bajito cuando el autobús pasó por un lomo de burro y Judite casi se despertó con el salto. Parpadeó dos veces lentamente y volvió a dormirse, acurrucándose más sobre mí.

Judite estaba agotada, pobrecita, el trabajo de limpieza era durísimo y yo no podía permitir que siguiera en ese ramo. La verdad, necesitaba encontrar un buen trabajo para que la madre de mi hijo tuviera una vida cómoda y no necesitara trabajar nunca más, que pudiera dedicarse solo a cuidar de nuestro hijo. Viajar, salir con sus amigas y divertirse. Aunque esa última parte me molestaba un poco, porque siendo tan hermosa como era la chispita, llamaría la atención de muchos hombres y no sabría cómo lidiar con eso.

Ahí fue cuando me di cuenta de que mi problema no era específicamente con el ex novio de Judite… cualquier hombre que intentara acercarse a ella me pondría al borde de la locura.

—Carajo, Theo, ¿en qué te metiste? —Le acaricié el rostro a la chispita. El contraste de su piel oscura con la mía blanca era una combinación perfecta.

Suspiré. Sus labios carnosos y rosados eran muy seductores, irresistiblemente sensuales. Cada vez que Judite me miraba con esos ojos negros como la noche y pestañeaba con sus largas pestañas, acompañada de una sonrisa dulce… mi Dios, era mi perdición.

—Ustedes hacen una pareja hermosa, ¿sabían? —susurró una señora sentada cerca de nosotros. Su sonrisa era dulce, pero tenía una mirada triste y su cabello era un verdadero caos de mechones alborotados de un rojo desteñido.

Se la veía cansada. Todos en ese autobús se veían así. Yo viví un solo día en su realidad y ya me sentía injustamente tratado, mientras que esas personas pasaban por eso todos los santos días. Me sentí muy mal por eso. Un verdadero imbécil.

—Muchas gracias, señora. —Le sonreí alimentando su idea de que Judite y yo éramos una pareja enamorada, aunque estábamos bastante lejos de eso.

Al menos en la parte de "pareja".

—Despierta, Judite, nuestra parada es la próxima.

—¡Carajo! Me quedé completamente dormida —Se levantó asustada, atándose sus rizos voluminosos en un moño suelto en la cima de la cabeza. El lado de su rostro que estuvo apoyado en mi regazo estaba un poco hinchado.

—Es normal después de todo lo que trabajamos, ya ni siento las piernas —bromeé.

—Ah, y antes de que se me olvide, aquí está tu parte. Hiciste un excelente trabajo, Theo. Estoy orgullosa de ti —Sacó el dinero del

sobre, lo dividió por la mitad y me lo entregó.

No era mucho dinero comparado con lo que yo estaba acostumbrado. Como me quejé más temprano, ni alcanzaba para comprar uno de mis calzoncillos de marca, pero era el primero que ganaba con mi propio esfuerzo. Por eso tenía un valor incalculable para mí. Nunca me sentí así antes. Útil.

—Muchas gracias, Judite. Si te soy sincero, también estoy muy orgulloso de mí —Miré los billetes en mi mano, cuatro lucas nuevitas listas para ser gastadas, pero después de todo el trabajo que me costó conseguirlas, pensaría muy bien en qué usarlas.

Ahí entendí lo que Judite quiso decir cuando mencionó que si la plata no se gana de forma honesta no vale la pena, porque lo que viene fácil se va igual de fácil, y uno no lo valora. Por eso siempre gasté la fortuna de mi familia como si fuera agua de la fuente, como mi padre me echaba en cara día y noche. Porque nunca necesité mover un dedo para tenerla. Aunque se enojara conmigo, al final siempre terminaba pagando, no importaba cuán alta fuera la cuenta.

—Tienes todo el derecho de estar orgulloso, playboy. No pensé que lo lograrías, pero lo hiciste. Tienes mucho potencial, pero pierdes demasiado tiempo quejándote. ¿Has pensado en eso? —Me dio un codazo en las costillas cuando bajamos del autobús.

Judite, como siempre, muy simpática, saludaba al conductor cada vez que subía y bajaba del colectivo.

—¡No! Pero por suerte ahora estás vos para tirarme de las orejas todo el tiempo, chispita —Pasé el brazo por encima de su cuello y caminamos el corto trayecto hasta la casa de Jefri así, abrazados.

Mmm… Pero solo como buenos amigos, claro.

—¿Tienes idea de qué vas a hacer con tu parte del pago de hoy, playboy? Puedes comprarte lo que quieras, te lo ganaste con esfuerzo.

—Aún no sé, pero voy a pensar en algo especial —respondí con media sonrisa. En realidad, ya tenía algo en mente, pero lo guardaría en secreto por ahora.

—Al fin llegamos a casa —Judite apoyó la espalda contra la pared mientras yo sacaba del bolsillo la llave extra que Jefri me había dado y abría la puerta.

—Las damas primero, señorita —Hice espacio para que Judite pasara y entré enseguida.

Pero algo, o mejor dicho, alguien, en el medio de la sala me impidió seguir caminando. Tenía una expresión nada agradable, y yo era el motivo. Podía ver cómo mi plan de descansar el resto de la noche se iba por el inodoro.

—¡Al fin llegás, Theodoro Alencar! —Nos topamos de frente con mi madre, con las manos en la cintura y una expresión que daba miedo.

—¿Qué está haciendo usted acá, mamá?

—No importa, Theo. ¡No puedo creer que me enteré de que voy a ser abuela por boca de otra persona y no por la tuya! —gritó agitando los brazos. Sus pulseras con diamantes tintineaban entre sí en sus muñecas finas.

—Lo siento, Theito, te juro que no fui yo el que largó la lengua —se explicó Jefri, aunque no hacía falta. Confiaba en él ciegamente.

—Lo sé, Jefri, quien soltó la lengua fue el marido de tu jefa —Una vena se marcó en mi cuello, era solo mencionar a mi padre y una energía negativa invadía el ambiente.

—Tu padre está hecho una fiera, hijo, me prohibió ayudarte. Dijo que si no sales esta misma noche de la casa de Jefri, puedo ir buscando otro mayordomo —Suspiró agotada.

Mamá caminó hacia mí y me tocó el rostro, como queriendo asegurarse de que realmente estaba bien.

—Voy a empacar nuestras cosas, Theo —Judite se adelantó con la mirada clavada en el suelo, tratando de esconder que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tú no vas a ningún lado, señorita. Los tres vamos a tener una conversación seria.

Mi madre levantó la voz. Nunca la había escuchado hablar tan firme desde el día del funeral de mi hermano.

—Está bien, mamá. Solo te pido que te mantengas tranquila, por favor —Le tomé la mano a Judite, estaba preocupada, y yo también.

—Me voy a mi cuarto, quédense tranquilos. Si me necesitan, solo llamen —Jefri prácticamente salió volando.

—Vamos, niños, porque esta charla va a ser larga —Mamá frunció el ceño.

Nos sentamos en la sala, Judite y yo en el sofá de dos plazas y mi madre en el sillón frente a nosotros con esa postura naturalmente imponente: espalda recta, cabeza erguida, luciendo aún más su vestido de estampado animal print de Dolce & Gabbana. Estela Alencar tenía una apariencia bastante intimidante, pero ¿cómo podía ser de otra manera? Mantenía todos sus tratamientos de rejuvenecimiento al día, usaba solo ropa y zapatos de diseñador, y joyas carísimas repartidas por todo su cuerpo.

Teníamos el mismo tono de cabello rubio, y ella se aseguraba de decirle a todo el mundo que era natural. Siempre lo llevaba impecable, ni un solo cabello fuera de lugar. Estela Alencar solo se quitaba el maquillaje para dormir, y media hora después de despertar ya estaba maquillada de nuevo. Era impresionante, pero no en el mejor sentido, para mí. Siempre tuve la sensación de que lo hacía para complacer a mi padre. Tenía que estar perfecta para él, quizás por inseguridad, por miedo a ser reemplazada por una más joven, como les había pasado a la mitad de sus amigas. Aunque dudo mucho que mi padre, tan conservador, se divorciara de ella algún día. A pesar de todo, él siempre la amó, incluso con toda su

excentricidad. En resumen, mamá era la típica mujer de clase alta para quien alguien como Judite solo existía para servirla.

Por eso, la pobre mantuvo la cabeza baja todo el tiempo. La situación era muy incómoda para ella. Para todos, siendo sinceros.

—Entonces, Theodoro, ¿qué tienes para decir en tu defensa? —Entrecerró los ojos. Me sentí como si estuviera en una comisaría siendo interrogado.

—Te amo mucho, mamá, pero si viniste a pedirme que, una vez más, la voluntad de mi padre se imponga y yo renuncie a mi hijo, ni gastes saliva —fui directo al punto, nada de lo que dijera me haría cambiar de idea.

—Mira, mi amor, mamá cree que...

—No he terminado, mamá.

La interrumpí.

—Ya renuncié al dinero de nuestra familia y, siendo sincero, nunca estuve mejor. Quiero seguir mi propio camino y ser un buen padre para mi hijo. Ya lo amo más que a nada en el mundo, y sería capaz de cortar todos los lazos con nuestra familia y hasta cambiarme el apellido si eso significa mantenerlo a salvo —Fui radical, pero estaba dispuesto a hacer eso y mucho más con tal de que me dejaran en paz de una vez.

—¿Puedo hablar ahora? —Arqueó una ceja—. Cuando tu padre me contó que embarazaste a una chica y querías hacerte cargo del bebé, nunca me sentí tan orgullosa de ti, hijo… pero también me dio mucha tristeza saber que corriste a los brazos de Jefri como siempre haces, en vez de venir a hablar conmigo —Empezó a llorar, estaba dolida.

—No quería que tuvieras problemas con papá por mi culpa, mamá. Además, no estaba seguro de si te pondrías de mi lado o del suyo. Después de todo, siempre terminas haciendo lo que él quiere, como todos los que lo rodean, el poderoso Roberto Alencar.

—Menos tú, que siempre has sabido ponerlo en su lugar, hijo mío. Sabía que eras diferente desde que naciste. Nunca bajaste la cabeza ante nadie, una fiera indomable —Miró a Judite—. O tal vez ya no tanto —Sonrió misteriosamente.

—Céntrate en el tema principal de conversación, mamá. Tu nieto.

—Tienes razón, mi amor —Se irguió en su silla—. Al principio tuve mis dudas. Pensé que asumiste al bebé solo para contrariar a tu padre. Pero después de escucharte hablar de tu hijo con tanto cariño, y de no soltar la mano de su madre ni por un segundo desde que llegué… eso prueba que realmente va en serio. Y te digo algo: quiero apoyarlos a los dos en todo. Ya perdí un hijo, no quiero perder a otro, ni a mi primer nieto —Se inclinó y tocó la barriga de Judite, sonriendo entre lágrimas.

Esto sí que no me lo esperaba: mi madre dispuesta a enfrentarse al impetuoso Roberto Alencar para ayudarnos a Judite y a mí. Esto no terminaría bien para ella, así que intentaría involucrarla lo menos posible. No quería que mi padre descargara su rabia contra ella.

—Muchas gracias, mamá. Y siento que te hayas enterado de lo de tu nieto por alguien que no sea yo. —La abracé, me sentía como si le hubiera fallado.

—Déjalo, hijo, ya pasó. ¿No vas a presentarme a tu novia? La cosa entre ustedes ha avanzado rápido, y por la forma en que se miran, están muy enamorados. —Tomó mi mano y la de Judite. Me moría de la vergüenza, había entendido todo mal.

Sin embargo, totalmente diferente a mi padre, mi madre no miró a Judite con desprecio en ningún momento. Más bien se notaba curiosa y compasiva; ella era muy distinta a nuestro mundo, y su sencillez y dulzura se sentían a kilómetros de distancia.

—N-no, señora. Solo somos amigos, ¿verdad, Theo? —Judite se apuró a aclarar, rápida como un zorro astuto.

—Sí, mamá. Lo que pasó entre nosotros fue cosa de una sola noche, estábamos borrachos. Pero ahora somos amigos. —Carraspeé. Ninguno de los tres creyó ni una palabra de lo que dije.

Pero no importaba.

—Si ustedes lo dicen… —Levantó las manos en señal de rendición—. Pero cuando empaquen sus cosas, los llevaré a un lugar donde su padre no podrá encontrarlos, al menos hasta que nazca el bebé —dijo con determinación.

Mi madre y yo sabíamos exactamente de lo que mi padre era capaz cuando se sentía desafiado. Por eso encontró la manera de venir a casa de Jefri antes que él. Hicimos lo que pidió y empacamos lo poco que teníamos. Después de casi una hora despidiéndonos de Jefri entre lágrimas, por fin nos fuimos. Insistió en que me llevara su auto, lleno de cosas que nos había regalado a Judite y a mí, como ropa de cama y toallas. Acepté y le prometí devolverle su Mercedes rosa personalizado al día siguiente. Amaba ese coche casi tanto como a mí, así que no era poca cosa.

Con todo listo, fuimos al lugar seguro del que mamá había hablado. Seguí el Audi blanco de mi madre en el coche de Jefri, y me intrigó cuando entró en un barrio sencillo de clase media. Nunca había estado por esa zona, pero Estela Alencar manejaba por esas calles como si conociera cada centímetro. Estacionamos frente a un edificio antiguo pero bien conservado. Judite observaba todo en silencio.

—Este será su nuevo hogar, chicos. Es un departamento pequeño y sencillo, pero guarda muchos recuerdos hermosos. —Abrió la puerta del lugar, todo estaba limpio y bien organizado, como si ya viviera alguien allí.

Era un departamento de dos habitaciones. Los muebles eran de madera antigua, pero en buen estado. La sala y la cocina eran diminutas, separadas solo por una barra de mármol oscuro con mucho encanto. Todo en el apartamento era acogedor, tenía ese olor dulce a lavanda. Se sentía cálido y perfecto para recibir al bebé.

No sabía cómo mi madre había conseguido ese lugar, pero dio en el clavo. Judite y yo seríamos muy felices allí el tiempo que pasáramos juntos, de eso estaba seguro.

—Es perfecto, mamá. ¿Cómo encontraste este lugar? Mi padre nunca se acercaría a este barrio.

—Exactamente, querido. Puedes estar seguro de eso. —Se acomodó el cabello recogido en un moño severo, aunque estaba perfectamente arreglado—. Sobre cómo lo encontré, por favor, no hagas más preguntas —dijo con firmeza.

—Sí, señora, madre. Como usted diga. —Decidí respetar su voluntad.

—¿Y tú, Judite? ¿Te gustó el nuevo apartamento? —preguntó mamá atentamente.

—Comparado con el lugar donde crecí, en la favela, esto es un palacio. Me encantó, señora Alencar. ¡Gracias! —Sorprendió a mi madre con un abrazo, que ella le devolvió con mucho cariño.

Al verlas juntas, por alguna razón, aunque fueran de mundos completamente distintos, me parecían similares. Tenían esa misma mirada intensa y sonrisa dulce.

—No tienes que agradecer, querida.

—Sí que tiene que agradecer, mamá. Estás siendo increíble con nosotros.

—Basta, hijo. Mamá está aquí para cuidarlos. Quédate con este dinero para los gastos de la casa, exámenes médicos de Judite y el ajuar del bebé. —Sacó una enorme cantidad de dinero de su bolso para entregármela. No me dio una de sus tarjetas porque papá podría rastrearla.

Mamá realmente era buena para moverse en las sombras. No conocía ese lado astuto suyo.

—No hace falta, mamá. Ya hiciste mucho por nosotros. Pero ahora tengo que aprender a valerme por mí mismo, o nunca voy a

madurar de verdad. —Le devolví el dinero a su bolso y le besé la mejilla.

—¿Tú estás de acuerdo con esto, Judite? Me parece una locura, pero aceptaré cualquier decisión que tomen los dos.

—Mire, después de que su hijo me ayudara hoy a limpiar una casa enorme durante horas, estoy completamente segura de que puedo contar con él para cualquier cosa. Hacemos un gran equipo y vamos a arreglárnoslas solos, no se preocupe —respondió Judite, mirándome con complicidad.

La madre de mi hijo era independiente y no quería aprovecharse de la buena voluntad de nadie. Solo por eso ya se ganó varios puntos con Estela Alencar. Estaba seguro de que se llevarían muy bien.

—¿Tú haciendo limpieza, hijo mío? ¡Si nunca ordenaste ni tu cuarto! —Se rió como si imaginara la escena.

—Las cosas cambian, mamá. Trabajé duro y, por primera vez, gané mi propio dinero. —Saqué mis billetes del bolsillo y los agité frente a ella—. Y van a venir muchos más, voy a trabajar duro por eso. —Volví a doblar los billetes y los guardé feliz, pero mi madre empezó a llorar de la nada.

—Estoy tan orgullosa de ti, hijo. Tu padre está equivocado sobre ese bebé. —Me abrazó con fuerza—. No vino para arruinar tu vida, vino para salvarla. —Besó mi frente y luego hizo lo mismo con Judite, abrazándonos a los dos al mismo tiempo.

—Lo sé, mamá. —Le sequé las lágrimas. Sabía que eran de felicidad, pero aun así no me gustaba verla llorar.

—Qué bueno, hijo. ¿Estás seguro de que ustedes dos van a estar bien? —preguntó una última vez antes de irse.

—Sí, vamos a estar bien —dijimos Judite y yo al unísono.

Rodeé con el brazo los hombros de Judite mientras veíamos a nuestro ángel de la guarda alejarse. Íbamos a estar bien solos.

Bueno, eso pensé. Mi madre apenas dio la vuelta y ya estábamos discutiendo.

Tenía hambre y quería comer algo antes de dormir. Pensé en pedir comida japonesa, pero Judite dijo que era muy cara y que teníamos que ahorrar hasta conseguir un trabajo fijo. Fue a un pequeño mercado frente a nuestro edificio y volvió con dos paquetitos verdes y cuadrados. En el envase decía "fideos instantáneos sabor pollo de campo".

—Como ya es tarde y no voy a poder comparar precios con calma, hoy vamos a comer fideos instantáneos. Traje un jugo de naranja, tú haces el jugo mientras yo cocino. —Sacó un sobrecito naranja del bolsillo y me lo lanzó. Ni siquiera sabía que vendían jugo en polvo.

¡Qué raro! Pensé que solo existía el natural, directo de la fruta. Nunca lo había tomado de otra forma.

—¿Y cómo se hace esto, Judite? ¿Hay que ponerle agua?

—No, Theo. Lo echas en el vaso y te lo tomas así, en polvo. ¿No es genial? —Se giró hacia mí con los ojos entrecerrados y las manos en la cintura. Ahí entendí el mensaje.

—Está bien. Voy a buscar una jarra. —Carraspeé, avergonzado. Ni siquiera sabía hacer bien un maldito jugo, pero estaba a punto de aprender.

Leí las instrucciones detrás del sobre y las seguí paso a paso. Una vez listo, lo puse sobre la mesa en una jarra transparente. Judite también ya había preparado los dichosos fideos; no tardó ni diez minutos.

—¿Listo para comer el plato favorito de los pobres que vivimos trabajando y no tenemos tiempo para cocinar? —Puso la olla sobre la mesa. El olor no era tan malo, pero el aspecto sí que era bastante raro.

—La verdad, chispita, no tengo tanta hambre. Me voy a dar una ducha. —Intenté escapar de esa porquería.

—Siéntate y agarra un plato, Theodoro.

No lo pidió. Lo ordenó.

Llegué a sentarme en la mesa, pero cuando miré ese montón de fideos todos pegoteados, puse una mueca de asco.

—Perdón, Judite, pero no puedes obligarme a comer esta masa pegajosa. —Fruncí la cara.

—La verdad es que sí puedes, querido. —Agarró un tenedor y enroscó un montón de fideos. No tenía idea de lo que se le pasaba por la cabeza.

—Ni se te ocurra hacer lo que sea que estés planeando, chispita. No tienes la menor chance contra mí. Soy alto, fuerte y tomo clases de artes marciales. —Apenas terminé de hablar, Judite saltó sobre mí, se sentó de frente, con una pierna a cada lado, y me dejó atrapado en la silla.

Se había bañado antes de que saliéramos de la casa de Jefri y tenía puesto un enterito negro de tela liviana. Sentía como si estuviera desnuda, frotándose sobre mi verga. Ya llevaba varios días sin sexo y necesitaba descargar el enorme estrés que venía acumulando, y la única forma efectiva que conocía para hacerlo era a través del sexo.

Pero con Judite eso nunca iba a pasar, así que tenía que mantener a mi amiguito de abajo dormido. Aunque con esa mujer encima mío, haciéndose la graciosa, mis posibilidades eran prácticamente nulas.

—Ahora sé un buen chico y abre la boca, Theito.

—¿De verdad vas a darme de comer en la boca? Creí que ya no me trataban como a un bebé.

—Hoy será una excepción por una causa mayor, playboy. —Me apretó los labios con los dedos y metió el tenedor a la fuerza en mi boca. Ya me había preparado para sentir un sabor horrible, pero no fue así.

El sabor era bueno. Muy bueno. Realmente, no hay que juzgar un libro por su portada.

—¡Mierda, esto está riquísimo! —admití al final, aunque creo que lo habría dicho igual aunque no me hubiera gustado, solo para ver a Judite sonreír de esa forma tan linda porque me había gustado la pasta que preparó.

—¡Sabía que te gustarían los fideos, playboy! —Se colgó de mi cuello, entusiasmada. Pero cuando se dio cuenta de lo peligrosa que era toda esa cercanía entre nosotros, intentó alejarse. Ya era demasiado tarde.

Estábamos completamente envueltos. Cruces de miradas. Respiración agitada. Labios rozándose. Un ambiente totalmente romántico.

—No quise admitirlo antes, Theo, pero tenías razón cuando dijiste que no acepté la propina de la vieja babosa porque estaba celosa. —Apoyó la frente contra la mía. Podía oír su corazón latiendo rápido.

—Puede que te hayas puesto celosa, Jud, pero no se compara con lo que sentí cuando me dijiste que recibiste un mensaje de tu ex novio. Quise matarlo solo por intentar contactarte. —Tensé la mandíbula para contener la rabia, pero ese sentimiento se desvaneció rápido.

Judite recorrió mi pecho con las manos, en movimientos lentos y sensuales. Estaba completamente rendido ante esa mujer.

—No puedo dejar de pensar en ti, Theo —confesó en un susurro, tomándome totalmente por sorpresa.

—Estoy en la misma situación, Judite. No he dejado de pensar en ti desde aquel beso. —Apreté nuestros labios, entrando en un juego de seducción peligrosa del que ya no habría vuelta atrás.

—Entonces voy a besarte de nuevo, para que sigas pensando en mí —susurró con la boca contra la mía, y luego unió sus labios a los míos.

Besé a Judite con todo el deseo arrasador que sentía por ella. Agarré su cintura y la atraje hacia mí hasta que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo. Esa mujer me volvía loco. Solté un gemido cuando su mano tiró de mi cabello con una fiereza descontrolada. Había dentro de ella una energía sexual tan intensa que, si llegaba a liberarse por completo, ni ese edificio quedaría en pie.

Pero Judite quería terminar de volverme loco. De la nada, interrumpió el beso y volvió a susurrar en mi oído, con voz sensual:

—¿Sabías que tus ojos son increíbles, playboy? Nunca vi nada parecido. —Me peinó el cabello con los dedos, y la sensualidad en su tono de voz me dejó al borde del orgasmo.

—¿Sabías que eres completamente hermosa, chispita? Es casi surreal. —Acaricié su rostro y sentí la suavidad de su piel sedosa. No podía dejar de mirar sus labios carnosos, necesitaba volver a besarla, y eso hice.

¡Enloquecí! Al diablo con esa historia de que solo éramos amigos; como diría el rey Charlie Brown Jr.: *Voy a robarme a esta mujer para mí*. Pero necesitaba tener la certeza de que ella también quería ser mía, y que no lo estaba haciendo solo por el impulso del momento.

—Si seguimos con esto, ya no habrá vuelta atrás, Judite. —Separé nuestros labios para que ella pudiera decidir. Aún había tiempo para detenernos.

—Yo ya me perdí en ese camino desde que te conocí, Theodoro Alencar. —Volvimos a besarnos con tanta intensidad que casi nos caemos de la silla. Después de eso, me lancé con todo.

Ya no había dudas.

Me quité la camisa y la arrojé lejos, volví a besarla con mis manos pegadas a la cintura de Judite. Ahora no tenía cómo escapar de mí aunque quisiera. La maldita era mía. Y yo suyo. Estaba duro de deseo, nunca había querido algo tanto como estar dentro de esa mujer.

Pero el celular de Judite comenzó a sonar sin parar sobre la mesada de la cocina y cortó el clima. No sabía si eso era bueno o malo. Al fin y al cabo, la madre de mi hijo estaba a punto de tener su primera vez oficial sobre una cocina, sentada en mi regazo. Eso no era correcto. Yo quería que fuera algo especial para ella, para compensar el desastre que fue nuestra primera noche juntos.

—Puede ser importante, necesito contestar —dijo en voz baja.

—Anda, cariño. Prometo que no me voy a mover de aquí. —Le aparté el cabello de la cara y ella sonrió, me dio un beso breve en los labios y se bajó de mi regazo.

Me acomodé los pantalones para esconder la erección que se había formado al borde de explotar dentro de mi ropa interior. Mierda, no solía excitarme tan rápido a ese nivel.

—Es mi madre, Theo. Debe haber pasado algo serio para que me esté llamando. Termina tu cena, voy a hablar con ella en el cuarto. —Salió lo más rápido que pudo. Y ese nerviosismo no era solo por su madre, lo sabía.

—Ahora solo quedamos tú y yo, señor fideo. Lástima que tus minutos están contados, compañero. —Tomé el tenedor y metí esos extraños hilos blancos, pegados unos a otros, en la boca. La mejor parte era el caldito con sabor a pollo.

Era difícil admitirlo, pero ser pobre estaba resultando más fácil de lo que imaginaba. Incluso me estaba divirtiendo. Mi hijo y yo nos íbamos a reír mucho cuando le contara la aventura en que se convirtió mi vida después de conocer a su madre, que me transformó en otro hombre.

Un hombre enamorado.



14

Judite

Mi conversación con mi madre no pudo haber sido peor. Me contó que el desgraciado de su marido había sacado todas mis cosas al patio y les había prendido fuego, excepto por los objetos que podía vender o intercambiar por droga en el antro. No quedó ni una tanga para contar la historia. Mi madre dijo que hasta intentó detenerlo, pero no tuvo éxito, es decir, que él le volvió a pegar. Me sentí aún peor cuando me contó que mis hermanos no dejaban de preguntar por mí, que me extrañaban, y yo también los extrañaba. Me largué a llorar sin parar y tuve que colgar porque ya ni podía hablar.

Lloré durante mucho tiempo, incluso Theo tocó la puerta después de terminar su cena, pero no le abrí. Quería estar sola. Debió de dormir en el otro cuarto, pobrecito, porque no insistió más. Lloré hasta quedarme dormida y me desperté en la mañana sintiéndome aún peor, pero no tenía tiempo para lamentos. Tenía que salir a buscar trabajo. Si antes no tenía casi nada, ahora tenía menos que nada. Tenía que recuperar el tiempo perdido y rápido, después de todo, tenía un bebé hermoso en camino.

Sonreí mientras acariciaba mi barriga. Era increíble cómo un ser tan pequeño ya podía ser tan amado por mí.

—Pero antes de salir, Judite, tienes que hacer algo con esa melena. —Me miré el cabello en el espejo del tocador: era un enredo de rizos revueltos que parecía un nido de paloma.

Para adelantarme, me quité la ropa en la habitación y me envolví en una toalla rosa, también regalo de Jefri. Le estaría eternamente agradecida a él y a la madre de Theo por todo lo que han hecho por nosotros. Pero, a pesar de su sonrisa amplia, doña Estela parecía esconder un secreto desde hacía tiempo, se notaba en sus ojos tristes.

—Pero eso no es asunto tuyo, mujer, ve a darte un baño —me dije a mí misma en medio de un bostezo.

El baño quedaba al final del pasillo. Cuando abrí la puerta del cuarto, Theo abrió la suya justo al mismo tiempo; estaban uno frente al otro. También se había despertado temprano y tuvo la misma idea de ducharse, porque estaba solo con una toalla blanca alrededor de la cintura.

—Buenos días, Theo. ¿Por qué te levantaste tan temprano? Pensé que te gustaba dormir hasta tarde. —Intenté acomodarme la melena, la recogí en un moño alto, pero se soltó y volvió a caer, estaba en modo rebelde y hacía lo que quería.

Ni siquiera entendía por qué me preocupaba tanto por mi pelo solo por estar cerca de Theo, eso nunca me molestaba, pero después del beso de ayer, todo había cambiado. Incluso el aire entre nosotros era diferente. Era como si nos estuviéramos conociendo ahora, sentía mariposas en el estómago y no sabía cómo actuar ni qué decir sin parecer idiota. Lo cual era casi imposible, ya que mi cerebro se colapsaba cada vez que miraba a Theo.

¡Mierda!

¿Cómo podía alguien verse tan hermoso por la mañana recién levantado? Si mi pelo parecía un nido, el suyo parecía el de un actor

de Hollywood recién salido a escena, ni un pelo fuera de lugar. Y ni hablar de ver a ese hombre en toalla. Las embarazadas normales tienen antojos de comida rara, el mío era lamerle esos abdominales de arriba abajo, pasando por cada centímetro de su piel suave.

—Odio levantarme temprano, pero necesito conseguir trabajo ya. Tenemos un bebé en camino y tenemos que organizarnos. Quiero que nuestro hijo tenga todo lo mejor que se merece. —Cruzó los brazos sobre su pecho amplio y los músculos se marcaron; suspiré, sudando frío, con unas ganas casi incontrolables de lanzarme sobre él.

Pero Theo parecía distante, apenas me miraba a los ojos mientras hablaba. Se veía molesto.

¿Arrepentido del beso, tal vez?

¡Mierda! Odiaba sentirme insegura.

—Estoy completamente de acuerdo. Yo también voy a salir a buscar trabajo. Además de los gastos del bebé, tenemos las cuentas de la casa que pagar. —Apoyé la espalda en la puerta. El ambiente tenso se podía cortar con un cuchillo.

Ayer estábamos que ardíamos en la cocina, y hoy parecía que un abismo se había abierto entre nosotros.

—Estoy seguro de que encontraremos algo hoy, Judite. Pero puedes bañarte tú primero, no tengo prisa. —Asintió y tomó el picaporte de la puerta para cerrarla en mi cara y volver a su cuarto. Entré en pánico.

No quería que nuestra conversación terminara así, de forma seca, así que dije lo primero que me vino a la mente:

—¿No quieres ducharte conmigo? —pregunté en un hilo de voz. No sabía quién estaba más sorprendido con mi propuesta indecente, él o yo.

—¿Estás segura de eso, Judite? Anoche toqué la puerta de tu cuarto y no me abriste, así que me fui a dormir al otro. Pensé que te

habías arrepentido del beso como la vez anterior y que querías que me alejara.

Su tono fue serio, acompañado por un ceño fruncido. Era la primera vez que veía ese lado serio de Theo y no me gustó. Prefería su versión bromista con chistes tontos.

—Es lo último que quiero ahora, Theo. Te necesito, y no solo por el bebé —admití por fin. Me acerqué a él y le tomé la mano—. Estaba molesta ayer por la llamada de mi madre. No tenía nada que ver contigo.

—¿Pasó algo con tus hermanitos, Jud? —Acarició la palma de mi mano con el pulgar, tan suavemente que casi no se sentía.

—No, gracias a Dios. Fue el desgraciado de mi padrastro abusivo que volvió a hacer de las suyas, pero no quiero hablar de eso. —Bajé la cabeza, con ganas de volver a llorar. Esos malditos cambios hormonales del embarazo eran una mierda.

—No tienes que contarme si no quieres. Ven, vamos a darnos una ducha. Vas a sentirte mejor. —Me sostuvo la mano y me guió hasta el baño. Estaba nerviosa.

Cuando llevó la mano al interruptor, lo detuve antes de que lo apretara.

—No, deja la luz apagada, por favor —Le pedí en un susurro. Era la primera vez que iba a quedarme desnuda frente a un hombre por decisión propia.

—Siempre me gustó más la oscuridad, cariño —dijo con un tono cargado de picardía.

Tragué saliva cuando Theo dejó caer la toalla al suelo, se metió primero en la ducha y abrió el grifo. Su cuerpo desnudo era como una visión del paraíso, sin un solo defecto. Era grande y el lugar pequeño, pero cabíamos perfectamente juntos.

—¿No vas a venir? —Estiró el brazo hacia afuera de la ducha. Ya estaba todo empapado y yo ni siquiera me había quitado la toalla.

—Claro que sí. —Inhalé profundamente, intentando juntar valor.

Poco a poco me quité la toalla. La dejé caer a mis pies y me acerqué al hombre más hermoso que había visto en mi vida. Como por instinto, usé una mano para cubrir mis pechos y la otra para tapar mis partes íntimas. Me detuve a un paso de Theo, actuando de forma torpe e infantil.

—Quiero que sepas, Judite da Silva, que desde hoy siempre podrás confiar en mí, sin importar las circunstancias. —Acortó la distancia entre nosotros—. Así que no tienes que volver a esconderte de mí. Quiero conocerte por completo.

Tomó mis manos y las besó, impidiendo que me cubrieran más el cuerpo. Theo se alejó lo suficiente para observarme de pies a cabeza, sin apuro. Era como si quisiera grabarse cada centímetro de mi cuerpo. Nadie me había mirado así jamás, como si fuera lo más valioso que había tenido en sus manos, y estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para que no se escapara de ellas.

—Yo también quiero conocerte por completo, Theodoro Alencar. —Toqué el lado izquierdo de su pecho, justo sobre el corazón—. Por dentro y por fuera —concluí.

Se me hizo agua la boca. Esa necesidad de probar el sabor de su piel deliciosa no se iba. Quería lamerle el cuerpo entero.

—Puedes empezar a conocerme aquí si quieres, bonita. —Le dirigió a su pene, esa mirada traviesa acompañada de una sonrisa burlona.

Theo empujó mi mano que estaba sobre su pecho hacia abajo en línea recta hasta que chocó con algo grande y duro, comencé a jadear, no sabía qué hacer, nunca había tocado un pene, más aún una bala.

—No sé cómo complacerte, Theo —exclamé muy avergonzada.

—No hay problema, preciosa, te enseñaré. —Puso su mano sobre la mía, que sostenía su erección, y empezó a moverla de

arriba a abajo. Me sentí poderosa al hacerlo, y más aún al oír sus gemidos de placer.

Cuando Theo vio que le estaba agarrando el truco, me dejó seguir tocándolo a solas. Levanté la vista y la escena que vi me resultó muy excitante: tenía los ojos cerrados y el labio inferior apretado entre los dientes mientras el agua tibia de la ducha le resbalaba por la cara. Saber que era yo quien le daba todo ese placer me hacía sentir como una femme fatale; me animaba a ir más allá. Y lo hice.

Ese deseo de probar a Theo no se quitaba, así que, en un acto audaz e inesperado, sustituí mi mano por mi boca. No tenía ni idea de lo que hacía, pero lo hice de todos modos y sacié el deseo de probarlo.

—¡Mierda, Judite! —su gruñido llenó todo el baño, echó la cabeza hacia atrás frenéticamente.

Theo me tiró del pelo, penetrando cada vez más rápido en mi boca. Hubo momentos en que apenas podía respirar bien, pero aguanté. Esa sensación de asfixia era peligrosamente excitante.

—Ya está, mi amor, ya casi llego. —Aumentó la velocidad, moviendo sus caderas hacia adelante y hacia atrás y entrando cada vez más profundo en mi boca.

No sé qué pasó exactamente, pero en un momento soltó un gemido más alto que todos los anteriores y relajó el cuerpo mientras se venía en mi boca. Su respiración era entrecortada y profunda, se escuchaba por todo el baño.

—¡Mierda, Judite! Eso estuvo jodidamente bueno. —Apoyó las manos contra los azulejos blancos, una a cada lado de mi rostro, y me besó, saboreando su propio gusto en mi boca.

—O sea que, para ser principiante, no lo hice nada mal —me jacté con descaro.

—Estuviste perfecta, pero ahora me toca a mí darte placer. —Pasó la lengua por mi cuello.

Theo fue bajando por mi cuerpo, se detuvo a mitad de camino para besarme la panza, que todavía no mostraba señales de embarazo, y luego siguió descendiendo. Se arrodilló frente a mí, levantó mi pierna izquierda y la apoyó sobre su hombro. Por suerte tenía la depilación al día, porque el tipo separó mis labios vaginales y metió la lengua bien profundo, jugando con movimientos circulares.

—¡Oh, carajo! —grité descontrolada.

Theo mordisqueaba mi clítoris, alternando entre lamidas y succiones. Cuando sentía que mi cuerpo estaba a punto de estallar, se apartaba y soplaba suavemente, haciéndome estremecer. Después volvía a devorarme, como si quisiera volverme loca de deseo.

—Sé una buena chica, Judite. Acaba mientras dices mi nombre —ordenó.

Theo me miró con cara de pervertido mientras me comía. Santo Dios. Ese fue mi fin. Una oleada salvaje de sensaciones se apoderó de mí en una explosión violenta.

—Theo… —Mi cuerpo se aflojó por completo, rendido a una intensidad indescriptible.

—Estás deliciosa, preciosa. —Se incorporó y me besó. Su sabor se mezcló con el mío en mi boca. Una completa locura.

Estaba lista para que Theo me poseyera como quisiera, y tenía que ser en ese momento. Por fin iba a tener mi tan esperada "primera vez".

—Creo que es mejor que terminemos la ducha por acá, Judite. —Theo cerró el grifo de golpe y salió del box. Me quedé en el aire con cara de idiota, sin entender nada.

—¿Qué pasó? ¿Hice algo mal? —pregunté frustrada.

—Estuviste increíble, hermosa, pero esta vez quiero hacer todo bien, sin apurarnos. —Volvió a la ducha solo para darme un beso—. Así que prepárate para las siete esta noche, porque voy a usar la

plata que gané ayer para llevarte a cenar. —Me robó otro beso y salió corriendo del baño antes de que pudiera decirle que no y lanzarme sobre él.

—¡Realmente eres un idiota, Theo! —Metí la cabeza bajo el agua para apagar el fuego. Todavía no podía creer lo que acababa de pasar ahí adentro.

Me arreglé para salir a buscar trabajo. Antes de irme, fui a despedirme de Theo, y casi babeo cuando lo vi.

—¡Guau! ¿Vas a buscar trabajo así vestido? Pareces un empresario de una multinacional. —Acomodé la corbata roja de su traje azul oscuro. Estaba impresionante, con el pelo peinado hacia atrás, bien cargado de gel.

—La primera impresión es la que cuenta, chispita. —Me robó un beso—. Estuve buscando vacantes en mi área, ingeniería mecánica, y logré agendar algunas entrevistas en empresas grandes. Así que quiero impresionar a mis futuros jefes. Estoy esperanzado, por favor, deséame suerte.

—Buena suerte, playboy. Te veo esta noche. —Lo abracé y apoyé la cabeza sobre su pecho—. Ahora tengo que irme. Nos vemos en nuestra cita.

—¿Vas al centro? Tengo el auto de Jefri, puedo llevarte. Así pasamos un ratito más juntos. —Besó la curva de mi cuello.

—Me parece perfecto, muchísimas gracias. —Salimos de casa tomados de la mano.

Todo estaba distinto entre nosotros, un verdadero clima de romance. Cada vez que parábamos en un semáforo, Theo me tomaba la mano y la besaba. Hasta su tono al hablarme había cambiado: era más bajo, más suave. Antes de bajarme del auto, nos despedimos con un beso largo. Acordamos no llegar tarde a nuestra cita de esa noche. Los dos estábamos muy emocionados.

Sin embargo, traté de dejar eso de lado por el momento y concentrarme solo en encontrar trabajo. Decidí pasar por las casas

de todas las antiguas patronas con las que había trabajado antes de ser contratada como camarera en el hotel, para ver si alguna necesitaba una empleada. Tuve suerte en la primera casa que fui. La señora Marisa me dijo que no necesitaba ayuda en ese momento, pero que su vecina estaba buscando una empleada fija, y que como conocía bien mi trabajo, podía recomendarme con los ojos cerrados. Y así lo hizo.

Fui contratada y comencé a trabajar esa misma mañana. Estuve a punto de arrodillarme a los pies de mi nueva patrona para agradecerle.

—Aquí tienes tu uniforme, Judite. —Me entregó una prenda negra con bordes blancos, perfectamente doblada dentro de una bolsa transparente—. Ya te expliqué cómo se hace la limpieza aquí en casa, pero si tienes cualquier duda, puedes llamarme, querida. —Me sonrió con amabilidad.

Doña Patricia era hermosa y elegante. Me recordaba mucho a esa actriz maravillosa, Taís Araújo: con su cabello rizado largo, piel morena impecable y una sonrisa preciosa, aunque ya pasaba los cuarenta. Bendita sea la melanina.

—Sí, señora. Muchas gracias, de verdad, por esta oportunidad.

—De nada, Judite. Pero si me das las gracias una vez más, te despido con justa razón —bromeó. Era una persona muy amable y bastante generosa.

Iba a trabajar menos y ganar más que en el hotel, con derecho a transporte y comida. Al final, perder aquel trabajo fue lo mejor que pudo haberme pasado. A veces las cosas malas suceden porque Dios tiene planes más grandes para nosotros. Todo es cuestión de perspectiva.

Empecé limpiando los cuartos del piso de arriba de la mansión. A pesar de su tamaño, era fácil de mantener. Terminé todo temprano, dejé cada rincón reluciente, y aproveché el tiempo libre para cortar algunas flores del jardín y adornar el comedor.

Me fui directo al cantero de rosas amarillas, pero confieso que me sentí tentada al pasar junto al de tulipanes rojos.

—¿Eres nueva aquí? —Escuché una voz grave a mis espaldas. Me sobresalté y me pinché el dedo índice con una espina de rosa.

—¡Mierda! —Mi dedo empezó a sangrar bastante.

—¡Uy, lo siento mucho! Fue culpa mía. —El dueño de la voz tiró su mochila al suelo, se quitó la camiseta y la envolvió en mi mano. Se quedó solo con un overol de jean y ese cuerpazo tatuado.

Me pareció algo exagerado para un simple pinchazo, pero no dije nada.

—No es nada grave, no te preocupes. —Le sonreí para tranquilizarlo.

—Creo que tengo una curita en mi mochila, un segundo. —Se recogió el cabello en un moño alto y se agachó para buscar. Sopló sobre mi dedo antes de poner el apósito, me sentí un poco incómoda con tanta cercanía.

—Muchas gracias. ¿Cuál es tu nombre? —Di un paso hacia atrás.

—Gabriel. Soy el jardinero de la casa. ¿Tú eres nueva? —Me entregó las flores.

—Soy la nueva criada. Un gusto, soy Judite.

Nos dimos un apretón de manos. Gabriel sonrió con simpatía y me desarmó. El tipo no estaba coqueteando, solo quería ser amable con la nueva compañera de trabajo.

—Un nombre bonito para una chica bonita. Bienvenida, Judite. —Hizo una reverencia como si yo fuera de la realeza. Ojalá.

Cada vez que el sol golpeaba sus ojos marrones, estos se volvían casi verdes, tan hermosos.

—Gracias, Gabriel, pero ya es mi hora de salida.

Me despedí del moreno atractivo, puse las flores en un florero y me preparé para irme. Estaba feliz, había sido un buen día, y la

noche prometía ser aún mejor con mi cita con Theo.

Mientras esperaba el colectivo para volver a casa, llamé a Janete para contarle las novedades. También quería pedirle ayuda para ver a mis hermanos a escondidas. Empecé el chisme contándole sobre mi aventura con el papá de mi hijo. Jane pegó un grito cuando le dije que estábamos viviendo juntos y que casi teníamos sexo esa misma mañana en el baño.

Mi amiga se alegró muchísimo por mí, pero dijo que solo nos daría su bendición después de conocerlo. Estuve de acuerdo, era lo justo. Me quedé colgada al teléfono con ella, riéndome como siempre que hablábamos. Sin embargo, de repente me quedé muda. Creí ver a Jonathan al otro lado de la calle, mirándome fijamente. Sentí que el alma se me salía del cuerpo. Su mirada era demoníaca.

Pero todo pasó muy rápido. Un camión cruzó por delante y, de la nada, Jonathan desapareció. Ya no estaba del otro lado. Parpadeé varias veces, confundida.

—¿Judite, sigues ahí? —preguntó Janete, preocupada por mi silencio repentino.

Sacudí la cabeza y volví en mí. Espanté esos pensamientos raros. Solo estaba imaginando cosas.

—Sí, Jane. Estaba pensando cómo vas a ayudarme a ver a mis hermanos sin que ese desgraciado de mi padrastro se entere.

—Solo dime qué tengo que hacer, amiga, estoy con vos para lo que sea —gritó entusiasmada.

Sonreí. Sabía que podía contar con Janete. Era ese tipo de amiga que está dispuesta a todo para ayudarte.



15

Judite

Llegué a casa muy feliz. Había conseguido un buen trabajo y tenía una cita con el padre de mi hijo, un hombre por el que estaba completamente enamorada. Aunque no podía gastar mucho, pasé por una tiendita barata justo en la calle de nuestro edificio y compré un vestido colorido para ponerme. No tenía maquillaje ni nada parecido, pero nunca fui de usar ese tipo de cosas, así que estaba bien.

Lavé mi cabello y lo dejé secar al natural, recogí mis rizos de lado con un broche lleno de piedritas brillantes que tenía guardado. Aunque no era algo sofisticado, me sentía bonita. Siempre he sido una persona sencilla. Me puse mis sandalias de tacón bajo, las únicas que tenía. Una vez lista, empecé a caminar de un lado a otro por el apartamento, preocupada por Theo. Estaban por ser las siete en punto y no había señales de él.

No podía ser que ese playboy me plantara justo el día de nuestra primera cita, o peor aún, que hubiese tenido un accidente, ya que no atendía ninguna de mis llamadas ni respondía mis mensajes. Estaba a punto de salir a buscarlo cuando sonó el timbre.

Me dio miedo abrir de inmediato, así que miré por la mirilla para ver quién era.

¿Bruna?

Me preocupé aún más al ver a la mejor amiga de Theo y abrí la puerta de inmediato. Ella debía haber venido a darme alguna noticia, algo grave sobre él.

—¿Qué pasó con Theo? —Casi empiezo a llorar, el miedo de perderlo me aterraba.

—Tranquila, Judite, está más que bien. Preparó una sorpresa para su primera cita y me pidió que viniera a buscarte.

—Ay, gracias a Dios que está bien, ese amigo tuyo todavía va a matarme del susto —Abracé a Bruna sonriendo, no podía creer que el loco de su amigo hubiera preparado una sorpresa para mí y que la hubiera involucrado a ella también.

—Será mejor que te acostumbres, cariño, porque a Theo le encanta sorprender a la gente. Y más aún ahora que está enamorado como nunca. Jamás vi a mi amigo tan feliz, enfrentando todo y a todos solo para estar contigo y con el bebé —Suspiró, era de esas románticas sin remedio.

—Ey, amor, ¿por qué están tardando tanto? El idiota de Theo no deja de llamarme —Apareció una chica con estilo, de cabello cortito y teñido de azul turquesa. Ella y Bruna se abrazaron y se sonrieron con amor.

—Ya vamos, Sara. Ella es Judite, la madre del hijo de nuestro amigo loco.

—Un gusto conocerte, mujer. Soy la novia de Bruna —Extendió la mano y yo la estreché con una sonrisa—. Theo no para de hablar de ti ni un segundo. De verdad que lo atrapaste. Ven aquí, dame un abrazo. Bienvenida a nuestro grupo —me arrastró hacia ella para abrazarme.

—El gusto es todo mío, Sara, pero ¿podemos irnos ya? Estoy ansiosa por ver a Theo —Me ardían las mejillas.

¡Mierda! Estaba muy enamorada.

—Claro, Jud, ¡vamos! Y por cierto, estás hermosa, ¿verdad, Bruna?

—Hermosa es poco. Me encantó el vestido y tu peinado. Pero falta una cosita —Sacó un labial rosado de su bolso y lo aplicó en mis labios—. Ahora sí, perfecta.

—Muchas gracias, Bruna —dije con una sonrisa.

Bruna me tomó de un brazo y Sara del otro, las dos eran un encanto de personas y hacían una pareja hermosa.

—No puedo creer que Theo haya hecho esto.

Me quedé boquiabierta cuando el coche de Bruna se detuvo frente a la playa. Conocía bien ese lugar, fue donde desperté desnuda junto a Theo la mañana siguiente a la fiesta en el hotel. No podía creer que nuestra cita fuera ahí, nunca se me pasó por la cabeza que esa era la sorpresa que había preparado.

Hablando de Theo, me estaba esperando, hermoso, con pantalón y camisa blanca, sosteniendo un enorme ramo de flores de todos los colores, seguramente robado de algún jardín. Me sonreía con una ternura increíble.

—¡Que lo disfrutes, cariño! —Bruna me lanzó un beso antes de salir del coche.

—No olvides la salida que planeamos juntas. Me encantó conocerte, mujer —Sara me saludó con la mano.

Entonces las amigas de Theo se marcharon. Desde ese momento estaríamos solo él y yo. La playa parecía estar desierta esa noche, solo había algunas personas caminando a lo lejos por la arena.

—No puedo creer que hayas escogido este lugar para nuestra primera cita, estás loco —Le di un beso en la mejilla, estaba fría por

la brisa fresca del mar.

—Ya que no logramos recordar qué pasó esa noche aquí, decidí crear nuevos recuerdos —Me entregó el ramo de flores—. Y por cierto, estás hermosa, chispita —Me besó por un buen rato.

—¿En serio, playboy? Me encantó la idea. Te prometo que esta vez no te voy a golpear con un palo en la cabeza —bromeé.

Ambos reímos.

—Qué bueno, porque preparé un ambiente hermoso para que podamos relajarnos frente al mar. No me alcanzó el dinero para hacer algo más elaborado, pero hice lo mejor que pude —Tomó mi mano y me condujo al lugar. Me quedé encantada con lo que vi.

Theo usó botellas plásticas para hacer lámparas improvisadas con velas encendidas dentro y las repartió por la playa, formando un corazón gigante alrededor del lugar exacto donde habíamos despertado aquella mañana. Me sorprendió que recordara con tanta precisión dónde fue. En el centro del corazón de luces había una toalla blanca extendida con varios platillos de bocadillos que se veían deliciosos, una botella de vino y dos copas de cristal. Sonreí al notar que el papá del bebé había sido tan atento como para comprar vino sin alcohol por mi embarazo.

El postre eran dos vasitos de plástico con mousse de chocolate; y para completar el banquete, había una bandeja con frutas cortadas en espiral, imitando un arreglo floral.

—Todo está perfecto, Theo —Me emocioné. Generalmente yo era quien hacía cosas para agradar a los demás, no al revés.

—¡Uf! Qué alivio que te gustó, tenía mucho miedo de que te pareciera cursi —Suspiró aliviado, guardó el ramo y sostuvo mi mano con caballerosidad para ayudarme a sentarme sobre la toalla.

¿Cursi? ¿Qué diablos quería decir con eso? Para mí todo estaba perfecto. Salí con Jonathan durante cinco años y él nunca me hizo una sola sorpresa. Como mucho, me llevaba a comer un pastel frío al restaurante de la esquina y encima dividíamos la cuenta. Lo cual,

en realidad, nunca me molestó. Nunca me gustó depender económicamente de ningún hombre.

—Me encanta conocer este lado tuyo tan romántico. Me siento como si estuviera en un cuento de hadas —Le tomé el rostro entre las manos y lo besé. Por mí, ni siquiera necesitábamos comer nada, podría quedarme ahí toda la noche solo acurrucada con él.

—Y se va a poner aún mejor, madame —Tomó una uva blanca y me la puso en la boca, no pude dejar de sonreír.

—¿Mejor que esto, caballero? ¡Imposible! —Agarré una fresa y la puse en su boca. Todo ese ambiente romántico era simplemente mágico.

—Conmigo, amor, siempre puede mejorar —dijo con voz ronca, con su mano en mi muslo y su boca pegada a la curva de mi cuello, dejándome una serie de besos húmedos.

Cerré los ojos y suspiré. Cada vez que Theo me besaba, mi cuerpo ardía en llamas. Lo que sentía por él era distinto. Avasallador. Me daban ganas de reír y llorar al mismo tiempo, quería estar cerca de él y no separarme jamás.

—¡De eso no tengo dudas, desgraciado! —Le hice cosquillas y empezó a reírse sin parar. Me encantaba el sonido de su risa.

—Ay, Jud, ya basta, mujer. Estoy tratando de ser romántico —Sirvió una copa de vino para él y otra para mí, todavía riendo.

—Mmm… Perdón, señor romántico —Choqué mi copa con la suya antes de darle un sorbo. Fue delicioso sentir el sabor de la uva esparcirse por mi boca.

—Cuéntame cómo estuvo tu día. ¿Conseguiste trabajo? —Pinchó una aceituna rellena de queso con un palillo y la puso en mi boca. Me estaba empezando a gustar esto de que me mimaran.

—Sí, conseguí. De hecho, empecé a trabajar hoy mismo. Estoy muy feliz. ¿Y tú, encontraste algo en tu área, Theo?

—Estuve todo el día caminando, pero no encontré nada. Mi padre anda diciendo por ahí que si alguien me da trabajo se las verá con él. Pero no me he dado por vencido, mañana seguiré buscando y aceptaré lo primero que encuentre —Bebió su copa de un solo trago. No se notaba desanimado, solo estresado por la persecución de su padre.

El padre de Theo estaba haciendo todo lo posible por sabotearlo, pero lo que no sabía era que mientras más lo desafiaba, más lo motivaba a seguir luchando. Así que, al final, terminaba ayudándolo sin darse cuenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Él asintió—. ¿Por qué tu padre es tan duro contigo? Siento que toda esa rabia no es solo porque dejaste embarazada a una chica pobre.

—Mi padre y yo nunca nos llevamos bien. Siempre me vio como un vago. Y cuando su hijo favorito murió, las cosas entre nosotros empeoraron aún más —Se recostó sobre la arena y se quedó contemplando el cielo, con la luna llena brillando sobre las estrellas.

Sus pensamientos parecían estar lejos. Me sentí mal por haber tocado ese tema. Recordé el dolor en los ojos de su madre cuando dijo que ya había perdido a un hijo y no quería perder a otro. La angustia en la mirada de Theo era la misma.

—Lo siento mucho por tu hermano, Theo. No debí sacar ese tema en nuestra primera cita, perdón —Me acosté a su lado y le tomé la mano. Nos quedamos ahí, mirando la luna llena juntos.

—Está bien, Jud. Me encanta hablar de mi hermano. Era un gran tipo. Éramos gemelos idénticos, y todo el mundo siempre nos confundía de lo parecidos que éramos —Vi una lágrima escapar del rincón de su ojo justo en el momento en que cayó una estrella fugaz —. Además, quiero compartir mi historia contigo, y quiero que tú me cuentes la tuya también.

Giró el rostro para mirarme y me dedicó una sonrisa triste. Me incliné y le di un beso suave en los labios.

—Entonces cuéntame todo, Theodoro Alencar —Apoyé la cabeza sobre su pecho.

Theo me abrazó y acarició mi espalda mientras me contaba su triste historia de vida. A pesar de haber nacido en cuna de oro, también había crecido en una familia emocionalmente disfuncional. Dijo que después de la trágica muerte de su hermano gemelo, nunca volvió a ser feliz de verdad. Al menos no hasta que me conoció.

—Tú eres como una luz que llegó a mi vida vacía y le dio sentido a mi existencia, Judite. No pienso en otra cosa que no sea convertirme en un mejor hombre para mi hijo y su madre. Sería capaz de morir con tal de hacerlos felices y mantenerlos a salvo de todo lo malo del mundo —Declaró mientras acariciaba mi vientre con ternura.

—¡Maldita sea, Theo! Me vas a hacer llorar así —Solté entre sollozos, aferrada a su cuello.

En realidad, ya estaba llorando.

—Nada de lágrimas, chispita, ahora es tu turno de contarme tu historia. Si quieres saltarte la parte de tu ex novio, está bien para mí —Besó la parte superior de mi cabeza.

—No puedo saltarme esa parte, Theo. Al fin y al cabo, Jonathan fue parte de cinco años de mi vida.

—Y tú no tienes idea de cuánto lo envidio por eso, Jud. Ojalá te hubiera conocido antes, así todos esos recuerdos que tienes con él serían conmigo —Puso cara de niño triste.

—Todavía tenemos mucho tiempo por delante, tonto. Pero por ahora, tendrás que conformarte con escuchar sobre mi pasado —Mordí suavemente el lóbulo de su oreja, y sentí todo su cuerpo estremecerse con solo eso.

—Sí, señora, soy todo oídos —Me abrazó con más fuerza, y me acurruqué dentro de sus brazos atléticos.

Empecé contándole desde mi infancia. Lloré al relatar mi adolescencia turbulenta, marcada por un padrastro violento en casa y una madre sumisa. Sonreí al hablar de mis hermanitos; ellos eran todo para mí. Estaba deseando que Theo los conociera.

—Te voy a preguntar algo y quiero que seas completamente sincera conmigo, Judite. ¿Tu padrastro alguna vez intentó algo contigo? Porque juro por Dios que si ese desgraciado te tocó, soy capaz de mat... —No lo dejé terminar. Lo besé como si no hubiera un mañana.

Nadie jamás me había defendido de mi padrastro. Mi madre se hacía la ciega, y Jonathan decía que rezaba todos los días para que DG se convirtiera en una mejor persona. Yo, inocente, pensaba que esa fe suya era algo admirable, pero la verdad era que no quería involucrarse en mis dramas familiares ni tener problemas con mi padrastro, uno de los criminales más peligrosos de la Rocinha.

—Mi padrastro hasta intentó coquetear conmigo, pero lo paré en seco. Lo amenacé con cortarle el pito con un machete mientras dormía si no me respetaba, y después de eso me dejó en paz.

—¡Esa es mi chica! —Me volvió a besar—. Pero si ese hijo de puta intenta algo otra vez, se las verá conmigo —Jugó con mi cabello, le encantaban mis rizos.

—Gracias, Theo. Nunca me sentí tan segura como cuando estoy contigo —Mi voz se quebró. Mi corazón latía fuerte, parecía una escuela de samba.

—Voy a cuidar de ti y de nuestro hijo para siempre, Jud. Esa es mi misión de vida ahora —Prometió con toda la intensidad que transmitían sus ojos.

Puse la mano sobre su pecho. Su corazón también latía fuerte, como un tambor de escuela de samba.

—¿De verdad lo prometes, playboy? —le pregunté con ansias.

—Lo juro —selló su promesa con un beso hambriento. Ya era tarde y no quedaba ni un alma viva en la playa, solo nosotros.

Tampoco se escuchaban autos pasar por la calle. La ciudad estaba en silencio.

—Tengo muchas ganas de hacer el amor contigo aquí y ahora, Judite. Pero si tú no estás lista, puedo esperar el tiempo que haga falta —Se trabó un poco al hablar, luchando contra su deseo, porque quería ser paciente conmigo.

—Nunca en mi vida quise tanto algo como esto. Así que por favor… hazme tuya —Retomé el beso justo donde lo dejamos y con la misma intensidad. Estaba más que lista para ser completamente de Theo, de pies a cabeza.

De cuerpo y alma.

—Yo tampoco había querido tanto nada en la vida como te quiero a ti, Judite.

Nos besamos con pasión. Sentí la mano de Theo deslizarse por mi muslo, metiéndose bajo mi vestido y quitándome la ropa interior de un tirón. Había urgencia entre nosotros, no habría tiempo para juegos previos. Él me necesitaba, y yo a él. Me encargué de desabrocharle el cinturón mientras nuestras bocas seguían unidas. Podía sentir su dureza, el deseo por mí.

—¿Estás lista para ser mía, Judite? —Se acomodó entre mis piernas.

Sin apuro, se quitó la camisa y desabrochó el pantalón.

—Nací lista para ser tuya, Theo —Moví mis caderas debajo de él, provocándolo.

Theo levantó mi vestido y comenzó a penetrarme lentamente. Cerré los ojos con fuerza al sentir un poco de dolor al inicio. Era tan grande que podía sentirlo llenándome por completo. Cada parte de mi ser.

—¡Mierda! Estás tan mojada —Gimió, quedándose quieto mientras yo me acostumbraba a su tamaño—. Quiero hacer el amor contigo toda la noche, Judite.

Comenzó a moverse lentamente mientras besaba la curva de mi cuello, tratando de distraerme de cualquier posible dolor. Entraba y salía con suavidad, casi en cámara lenta. Theo sabía exactamente cómo darme placer. En un momento bajó la parte superior de mi vestido y atrapó uno de mis pechos con la boca. Succionaba, mordía, chupaba.

—Oh, Theo… esto se siente tan bien —Clavé las uñas en su espalda y levanté la cadera, buscando más profundidad. Quería todo el placer que pudiera darme.

Y me lo dio.

Gemía cada vez que lo sentía ir más y más profundo dentro de mí. Era la mejor sensación del mundo. Había valido la pena esperar todo ese tiempo por la persona indicada. Mi primera vez no podría haber sido más perfecta. Abrí los ojos y miré la luna en el cielo, rodeada por un manto de estrellas, y sonreí. Ella era la testigo del momento más importante de mi vida.

Nuestras almas lo sabían antes que nuestros corazones: nuestro destino era estar juntos.



16

Theo

Como aún era temprano y Judite no entraba al trabajo hasta las ocho, la dejé dormir un rato más esa mañana. Después de nuestra cita increíble en la playa, volvimos a casa ya de madrugada e hicimos el amor una y otra vez hasta quedarnos dormidos, pegados el uno al otro. Le absorbí hasta las últimas fuerzas.

—Y tú me absorbiste las mías, loquita —le dije mientras le besaba los labios y le acomodaba la cobija. Jud era tan hermosa dormida.

Quería quedarme más tiempo en la cama con ella, pero me levanté sin hacer ruido y fui a darme una ducha para salir. La búsqueda de empleo continuaba. Ayer fue un desastre total, nunca había recibido tantos "no" en un solo día. Esa fue la respuesta de todas las empresas y talleres automotrices de Río de Janeiro a las que fui con mi currículum en mano y un discurso bien ensayado. Todo iba bien en las entrevistas, hasta que escuchaban mi apellido, y de ahí en adelante ni me dejaban terminar de hablar.

Mi padre había hecho bien su tarea: avisó a todo el mundo en el sector para que no me contrataran. Sabía que esos serían los primeros lugares donde buscaría empleo. Además de no ayudar, ese maldito viejo estaba haciendo todo para ponerme trabas. Me sentí como una basura, como si nadie creyera en mi potencial. Pero por Judite y nuestro hijo, no podía rendirme.

Aproveché que aún tenía el auto de Jefri y recorrí todo Río de Janeiro. No quería volver a casa sin trabajo y estaba dispuesto a aceptar lo que fuera. No podía decepcionar a Judite. Incluso recé antes de salir de casa; cualquier ayuda era bienvenida.

—Por favor, Dios, nunca he sido muy religioso, pero si de verdad existes, dame una señal de que estás conmigo y ayúdame a encontrar trabajo —dije en voz alta para asegurarme de que el Todopoderoso me escuchara. Pero creo que no fue así, porque justo al frenar en un semáforo, una camioneta apareció de la nada y chocó contra la parte trasera del auto.

Salí para ver el daño. Había abollado toda la parte de atrás y Jefri me iba a arrancar la cabeza cuando lo viera. Él adoraba ese coche.

—¡Pero qué carajos! —me llevé las manos a la cabeza. Dicen que no hay nada tan malo que no pueda empeorar. Además de desempleado, ahora también había chocado la Mercedes de Jefri.

—Perdón, muchacho, fue sin querer. Pero por favor no llames a la policía. Me tomé una cerveza antes de salir de casa y no quiero problemas —Un hombre tatuado y de pelo largo salió de la camioneta y vino a hablar conmigo, sintiéndose culpable. Era grande y musculoso, al estilo de Arnold Schwarzenegger.

El brazo del tipo era del tamaño de mi pierna, pero de pura fibra. Tendría la edad de mi padre, pero con un solo golpe podría dejarme inconsciente.

—Si no vamos a llamar a la policía, ¿cómo vamos a arreglar esto? Porque no pienso pagar por los daños, ni aunque pudiera —Me crucé de brazos y lo miré fijamente.

—Tranquilo, muchacho. Soy dueño de un taller mecánico a cinco minutos de aquí y lo arreglo ahora mismo. Además, te cambio las cuatro llantas desgastadas sin cobrarte. Solo quiero resolver esto en paz —Extendió la mano hacia mí, y me lo pensé mucho antes de estrechársela. Mi madre me enseñó a no confiar en extraños.

Ese tipo podría ser un asesino en serie que chocó mi coche a propósito para llevarme a su matadero. Esas tragedias salen a cada rato en las noticias. Pero igual, si no me mataba él, lo haría Jefri cuando viera su coche en ese estado.

—Trato hecho, señor. Nunca me ha gustado la policía de todos modos —bromeé, y él se rio. Con una sonrisa ya no parecía tan amenazante.

—Mucho gusto, señor. Me llamo Antônio, pero todos me dicen Tony.

—Mucho gusto, señor. Soy Theodoro, pero dime Theo.

—Sígueme, Theo. Vamos a arreglar tu Mercedes color rosa chicle —dijo con tono de burla.

—El coche no es mío, es de un amigo —puse los ojos en blanco.

—Si tú lo dices —respondió entre risas.

Cada uno se subió a su auto y lo seguí hasta su taller. Quedaba en una especie de galpón abandonado, pero el lugar era una maravilla. Toda la decoración estaba hecha con arte de grafiti callejero, la mayoría de los diseños eran en 3D y con colores neón que brillaban en la oscuridad.

—Genial, ¿verdad? Lo hizo mi hija, es una artista increíble. Decoró todo el taller en una semana —dijo con orgullo mientras sacaba las llaves del bolsillo y abría el candado del enorme portón de metal al frente. Si yo fuera dueño de un lugar así, también estaría orgulloso.

Justo en la entrada había dibujos de Barack Obama, Nelson Mandela y Martin Luther King abrazados y sonriendo a quienes

entraban al taller. Las expresiones faciales eran tan realistas que resultaban fascinantes. No conocía a la hija de Tony, pero ya era su fan.

—¿Vienes o no, hombre? —Me hizo una señal para que entrara al taller y así lo hice.

La parte de adentro era aún mejor. Todo decorado con materiales reciclados y en colores vivos. ¡Carajo! Incluso había un bar adentro con cerveza saliendo de grifos de hierro. Debía ser genial trabajar allí. Solo arreglaban coches personalizados y también motos con esas llantas enormes, todas modificadas. Tony tenía toda la pinta de motoquero que sale a rodar con su máquina, chaleco de cuero y pañuelo de calaveras en la cabeza, tomando cerveza y peleando con cualquiera que lo mire feo.

—Perdona el desorden, Theo. Tenemos mucho trabajo atrasado porque me falta personal. Uno de mis mejores mecánicos renunció la semana pasada y aún no consigo a nadie para reemplazarlo —Se inclinó para revisar el daño de mi coche mientras hablaba, pero yo ya ni pensaba en eso.

Porque acababa de darme cuenta de que Dios sí escuchó mi oración, lanzándome una puesto de trabajo justo en la cara. Solo tenía que convencer a Tony de que me lo diera. Ser mecánico no estaba en mis planes, pero era mejor que nada. No podía pretender empezar desde arriba. Comenzaría desde cero como cualquier persona normal y construiría mi propio imperio, trabajando con lo que me gustaba: los autos.

—Pues justo acaba de encontrar a su nuevo mecánico, Tony. Tengo un título en ingeniería mecánica en Francia, soy un apasionado de los autos desde niño y sé absolutamente todo sobre ellos —afirmé con confianza. Podía ser malo en muchas cosas, pero sobre autos nadie me ganaba.

—Si eres tan bueno, hombre, tienes hasta la tarde para arreglar ese coche que no enciende desde hace un mes y ni yo ni nadie aquí

sabe por qué —Señaló un vehículo cubierto por una sábana blanca al fondo del taller.

—Si lo arreglo, ¿el trabajo es mío?

—Sí. Así que empieza de una vez, porque el reloj ya corre. Mientras tanto, yo me encargo de tu Mercedes color chicle —advirtió, y salí corriendo. No podía perder esa oportunidad.

Cuando quité la sábana blanca de encima del coche, casi babeo sobre la carrocería. Era una máquina de verdad.

—¡Guau! Este sin duda es un Opala original y el más famoso: el Diplomata. Modelo 1985, rojo. Tiene motor de 4.1 litros, seis cilindros en línea, 134 caballos de fuerza y 30,1 kgfm de torque. Pintura laminada y el motor más potente de su época. Mi abuelo tenía uno así —Pasé la mano por la carrocería. Era el sueño de cualquier amante de los autos.

—Sí que sabes de autos, rubito. Me dejas impresionado —gritó Tony desde donde estaba—. Pero ¿serás igual de bueno reparándolos?

—Sin presión, Tony. Papá se va a encargar —Me quité el saco y la corbata, me arremangué la camisa y me puse manos a la obra.

Pero fue más difícil de lo que pensaba. Revisé cada centímetro del motor y nada. El tiempo pasaba, el taller abrió y empezaron a llegar los empleados. Se quedaron intrigados al verme trabajando en ese coche. Algunos vinieron a saludarme y desearme suerte, otros solo pasaron a burlarse y decir que me rindiera, que ni siquiera Tony, el mejor mecánico de Río, había podido resolverlo. Aun así, me mantuve firme. No dejé que me desanimaran y seguí trabajando.

No paré ni para comer. Anocheció y yo seguía metido debajo del Opala. La noche cayó y todo el personal se fue, solo quedábamos Tony y yo. Estaba a punto de cerrar el taller y vino, algo incómodo, a hablar conmigo; el tiempo que me había dado para arreglar el coche ya se había acabado.

—Lo siento, muchacho, pero es hora de rendirse e irte antes de que te desmayes de hambre ahí abajo.

—Está bien, Tony. De hecho, ya terminé aquí. Tu coche está como nuevo. Pruébalo tú mismo —Le lancé las llaves del Opala, y me miró incrédulo.

—¡Imposible! —dijo. Era como si me hubiera dado esa misión ya seguro de que fracasaría.

—Nada es imposible para un hombre decidido, Tony. Así que solo gira la llave.

Y eso hizo. El motor del Opala rugió, y yo lo celebré, agotado y lleno de grasa. Lo había logrado, y eso era lo que importaba.

—¿Cómo lo hiciste, hombre? —preguntó con cara de no creerlo.

—Un buen mecánico nunca revela sus secretos, Tony. Tú, con tantos años en este negocio, deberías saberlo —bromeé.

—¡No te pases, muchacho! Estás contratado. Quiero verte aquí mañana a las siete en punto, Theo. No tolero retrasos —Me dio una palmada en el hombro. Estaba oficialmente contratado.

—Sí, señor. Prometo no llegar tarde —Estuve a punto de llorar.

—Perfecto. Y no quiero tener que despedirte el primer día —Me entregó una toalla para limpiarme las manos sucias—. El trabajo es pesado y el sueldo no es gran cosa, pero firmaremos el contrato como debe ser, eso sí, después del primer mes de prueba, ¿de acuerdo?

—¡Perfectamente de acuerdo! Muchas gracias por la oportunidad, señor. Prometo no decepcionarlo —Lo abracé sin pensar, pero él se echó para atrás; no era muy fan de los abrazos.

—¡Quítate, hombre! Si fuera tú no me emocionaría tanto todavía. No tienes idea de lo que te espera. Mi equipo no suele ser muy amable con los novatos —Soltó una carcajada malévola. Tragué saliva, ya imaginándome como una bolsa de boxeo de mis nuevos compañeros.

Pero nada iba a hacerme renunciar. Había demasiado en juego y no podía fallar. Y no iba a hacerlo. Me fui feliz. Pasé por la casa de Jefri para devolverle su coche y de ahí fui directo a casa. Estaba ansioso por contarle la gran noticia a Judite en persona. Por fin las cosas estaban mejorando para nosotros. Apenas abrí la puerta, escuché risas y voces alegres que venían de la sala. Había una chica con Judite a quien no conocía. Estaban sentadas en el sofá de espaldas a mí.

La charla estaba tan animada que ni notaron que había llegado. Estaba a punto de anunciar mi entrada y saludar cuando escuché que mencionaron el nombre de Jonathan.

—Entonces dime más del papá de tu hijo, amiga. ¿Crees que lo quieres más a él o al idiota de Jonathan? —preguntó la chica, jugando con su aro.

Judite ni tuvo que pensarlo mucho. Se recostó en el sofá y respondió alto y claro:

—Qué pregunta más tonta, Janete. Nunca voy a querer a Theo como quiero a Jonathan, son sentimientos completamente distintos —dijo, encogiéndose de hombros con una sonrisa sin emoción. Sentí cómo mi corazón se rompía dentro del pecho.

¡De verdad que era un idiota!

—Entonces ¿por qué no vuelves con tu noviecito de mierda, Judite? ¡Se merecen el uno al otro! —grité con las fosas nasales dilatadas y los puños apretados.

¿Cómo se atrevía a decir eso después de la cita tan hermosa que tuvimos? ¡Carajo! No habían pasado ni veinticuatro horas desde que hicimos el amor. Estaba furioso. Enloquecido. Poseído por la rabia.

—Estás entendiendo todo mal, Theo. Déjame explicarte —Judite se puso pálida al verme.

—No puedo ni mirarte ahora, Judite. Déjame en paz.

La dejé charlando tranquilamente con su amiga, me encerré en la habitación y di un portazo. Me tiré en la cama, destrozado. Nunca me había enamorado de una mujer, y cuando por fin pasa, ella admite que ama a otro y que nunca va a sentir por mí lo que siente por él.



17

Judite

—¿Ese es el papá de tu bebé, amiga? ¡Guau! Parece una estrella de cine —comentó Janete.

Literalmente se quedó boquiabierta con lo hermoso que era el padre de mi hijo, al punto de hacerla olvidar la grosería que acababa de soltar. Theo escuchó una cosa y entendió algo completamente diferente. Me sentí muy incómoda; invité a mi amiga para que viniera a mi casa a armar un plan para que yo pudiera ver a mis hermanitos a escondidas de mi padrastro.

Pero para que eso funcionara, íbamos a necesitar la ayuda de mi madre. Y creo que esa sería la parte más difícil.

—Lo sé, Janete. Es tan lindo que hasta duele mirarlo, pero a veces es demasiado terco —Me pasé las manos por la cara.

Explicarle ese malentendido a Theo iba a ser casi una misión imposible. Él era testarudo y yo, impulsiva. Una combinación que nunca funcionaba.

—No es solo lindo, mujer. Está buenísimo. Un maldito dios griego. Con esos ojazos azules grandes y seductores… me dio hasta

calor —Se abanicó la cara.

—¡Basta, nena! —Puse los ojos en blanco—. Ahora creo que es mejor que te vayas, lo siento. Necesito hablar con el padre de mi hijo antes de que monte otro espectáculo —Fui empujando a mi amiga hacia la puerta mientras mi cabeza daba mil vueltas por culpa de Theo.

—Te entiendo perfectamente, pero el plan para ver a tus hermanitos sigue en pie, ¿cierto?

—Claro que sí, Janete. Vamos a rezar para que mi mamá acepte nuestra ayuda —Abrí la puerta—. Gracias por todo, amiga, y perdona lo que pasó —La abracé.

—Tranquila, nena. Ahora ve a arreglar las cosas con tu rubio hermoso. ¿Sabías que el sexo después de una pelea es el mejor? —Soltó.

—Adiós, Janete. Que tengas buenas noches. Hablamos después —La empujé fuera y cerré la puerta antes de que empezara con sus locuras sexuales.

Inhalé profundo antes de ir a hablar con Theo. Pero antes pasé por la cocina a recoger algo que quería darle. La puerta del cuarto estaba cerrada con llave. Toqué varias veces, pero no contestó.

—No hagas esto, Theo. Por favor, hablemos. Déjame explicarte lo que escuchaste —Le supliqué.

—¿Explicarme qué, Judite? —Abrió la puerta de golpe; sus ojos estaban rojos, parecía que había estado llorando—. ¿Que nunca vas a quererme como quieres a tu noviecito?

—Jonathan ya no es mi novio, Theo. Ahora estoy contigo —Intenté tocarlo, pero se apartó y caminó hacia la ventana, mirando hacia afuera.

Noté que su ropa estaba sucia de grasa. Debía haberle pasado algo al coche de Jefri.

—Estás conmigo porque estás embarazada y no tienes a dónde ir, pero en cuanto tengas la oportunidad vas a volver con él, ¿no es así? Y yo, como idiota, llegué feliz a casa para contarle a la madre de mi hijo que conseguí trabajo como mecánico en un taller increíble.

Sonrió con amargura mientras negaba con la cabeza. Me sentí terrible por arruinarle un momento que debió ser feliz.

—¿De verdad, Theo? ¡Qué buena noticia! —Sonreí, de verdad me alegré por él.

—No te alegras de verdad. No soy más que un escape para ti, Judite da Silva. Solo me estás usando como todas las interesadas que han pasado por mi vida. Fui un tonto al pensar que tú podías ser diferente —Se dio vuelta y me miró con los ojos llenos de dolor, sacando conclusiones sin siquiera escucharme.

Vi que no servía de nada tratar de hablar con Theo así de alterado. Ni siquiera quería explicarme, para ser sincera. Pero lo iba a hacer de todos modos, no por él, sino porque quería acostarme con la conciencia tranquila.

—Primero que nada, no necesito de ti ni de ningún hombre para nada —dije con calma. No soy de las que resuelven todo a los gritos.

—¿Ah, sí? —Cruzó los brazos con tono irónico.

—Sí. Estoy contigo porque quiero, no porque lo necesite. Puedo irme de aquí ahora mismo si me da la gana. A mi nueva jefa le caí muy bien y cuando supo que estaba embarazada me ofreció vivir en su casa, en una habitación preciosa, para que no tuviera que tomar autobús todos los días y así ahorrar dinero.

—Si tu jefa es tan buena gente, ¿por qué no te vas de una vez a vivir a su linda casa? —gritó por primera vez. Me dolió, pero mantuve la calma.

—Porque soy una tonta. Le dije a doña Patricia que quería quedarme con el padre de mi bebé. Porque me gusta de una forma en la que jamás me gustó nadie antes —dije, aunque por dentro me daban ganas de darle una bofetada a ese idiota.

—Pero tú dijiste que nunca vas a quererme como quieres a tu novio, Judite. No lo entiendo —Su tono bajó, y sus preciosos ojos azules parecían dos lagos llenos de confusión.

—Y no voy a quererte como lo quise a él, Theo, porque te quiero mucho más de lo que alguna vez quise a Jonathan, con quien estuve cinco años. Creo que solo lo quería, pero eso no era amor —Me encogí de hombros.

Entre mis manos sostenía con firmeza una cajita blanca envuelta con un lazo dorado que yo misma había hecho. Theo estaba tan alterado, aferrado a su propia verdad, que recién en ese momento se fijó en ese detalle. Seguramente no tenía ni idea de lo que había dentro.

—¿Y lo que sientes por mí es amor, Judite? —Se acercó con pasos cautelosos y se detuvo frente a mí. Asentí con la mirada baja; si lo miraba, iba a echarme a llorar—. Quiero escucharlo en voz alta —pidió.

Sostuvo mi mentón y lo levantó, obligándome a mirarlo. Mis ojos estaban llenos de lágrimas, y los suyos también.

—Te amo, playboy. ¿Lo entiendes ahora o quieres que lo dibuje? —Sonreí, pero dejé escapar una lágrima.

Todo pasó muy rápido entre Theo y yo, nuestra historia comenzó de forma intensa, y era increíble cómo cada vez se volvía más fuerte a medida que nos conocíamos mejor.

—No sé cómo pasó, pero yo también te amo, chispita. Siento como si te conociera de toda la vida, me vuelvo loco solo de pensar en que podría perderte —Me abrazó con toda su fuerza. Pensé que me iba a partir en dos.

—Ya me di cuenta, tonto —Le di una palmada en el trasero. A veces parecía un niño.

—Perdón, amor. Perdí la cabeza, tenía mucha rabia y celos —Me besó varias veces, volviendo a ser ese tipo dulce del que me había enamorado.

—Ya pasó, Theo. Ahora siéntate aquí y abre el regalo que te compré —Tomé su mano y lo llevé hasta la cama, sentándome en su regazo.

—Pensé que habías dicho que teníamos que ahorrar para cuando naciera el bebé, chispita —Arqueó una ceja.

—Lo sé, amorcito, pero justo salía del trabajo cuando pasé frente a la vitrina de una tienda y vi algo que no pude evitar comprar —Le entregué la caja, ansiosa porque la abriera.

Theo giró la caja de un lado al otro antes de abrirla, tirando con cuidado del lazo y desatándolo. Puso la cinta dorada sobre la cama y quitó la tapa. Cuando vio lo que era, una sonrisa se dibujó en su rostro. Sabía que le encantaría.

"¿Los superhéroes no existen? Es porque no conoces a mi papá."

Theo leyó la frase escrita en el enterito de nuestro hijo, que sostenía en alto con ambas manos. Era blanco, con letras rojas. Esa era la primera ropita de nuestro bebé. Se reía y lloraba al mismo tiempo. Quería decir algo, pero no podía. Solo lloraba. Lo abracé. Podía parecer algo simple, pero era la primera cosa material relacionada con nuestro hijo, y era normal emocionarse. Era un momento especial solo nuestro.

—Este es el mejor regalo que me han dado en la vida, Judite. ¡Muchas gracias! —Me besó con esa sonrisa boba en la cara.

Theo merecía ese homenaje, porque para mí ese hombre frágil entre mis brazos era un verdadero héroe. Había dejado toda su riqueza atrás para asumir su rol de padre y estaba haciendo lo mejor que podía. Podía quejarse y refunfuñar casi todo el tiempo, pero en ningún momento se le pasaba por la cabeza rendirse. Creo que por eso me enamoré de él tan rápido. Su voluntad de luchar cada día para ser mejor persona era algo que te conquistaba.

Vi cuando Theo se levantó temprano esa mañana para seguir buscando trabajo. Se arregló, y antes de salir me besó en los labios

y me susurró al oído que tuviera un día lindo, prometiendo que no volvería a casa hasta conseguir un empleo. Y cumplió su promesa. Un Alencar trabajando de mecánico en un taller... parecía un cuento de hadas.

—De nada, mi amor —Mojé el dedo pulgar con la lengua y le limpié una mancha de grasa en el cuello.

—De ahora en adelante solo quiero que me llames así, mi amor —decretó con todo su encanto.

—Como tú digas, mi amor. Pero ahora ve a darte una ducha bien calentita. Mientras tanto, voy a preparar una cena bien rica para ti. Fui al mercado hoy y compré todo lo del mes, así que la nevera está llena —Tomé su mano y apoyé la cabeza sobre su hombro. Él acariciaba mis manos con ternura.

—Tengo una mejor idea: ven a ducharte conmigo, y después preparamos la cenita rica juntos —Me levantó en brazos y me llevó al baño con ropa y todo. Nuestras risas calentaron todo el apartamento.

Nuestro baño juntos fue una locura. Tal como dijo Janete, el sexo de reconciliación es el mejor. Hicimos locuras bajo la ducha, entre muchas promesas de amor. Nuestra vida estaba mejorando. Poco a poco las cosas se estaban acomodando, y todo estaría bien. Muy pronto, nuestro hijo llegaría trayendo aún más felicidad.

Dios escribe derecho en renglones torcidos.



18

Theo

Llevaba dos semanas viviendo un verdadero sueño con mi vida de pareja junto a Judite. Después de nuestra última pelea, todo había sido puro amor en casa. Theodoro Alencar, quien vivió toda una vida de fiestas y excesos, se sentía plenamente realizado con una rutina simple, feliz y tranquila. Al llegar del trabajo, a mi amor y a mí nos encantaba hacer todo juntos: cocinar, bañarnos, entre muchas otras cosas. Como buen compañero, me empeñaba en dividir las tareas del hogar a la mitad. Y así sería también cuando naciera nuestro hijo, pensaba ayudar a Judite en todo con el bebé. Incluso estaba leyendo algunos libros sobre recién nacidos.

La noche en la cama era el mejor momento del día. Dormíamos abrazados después de hacer el amor hasta quedarnos sin fuerzas. Éramos inseparables. Todo iba muy bien, gracias a Dios, tanto en mi vida personal como en el trabajo. Mi jefe me había metido presión diciendo que el personal del taller no simpatizaba con los novatos, pero hice amistad con todos desde el primer día. Siempre fui extrovertido y divertido, y en una semana ya conocía la vida de todos y me sentía como en casa.

Sin embargo, aunque me encantaba trabajar en el taller, la rutina no era nada fácil. Teníamos horario fijo para entrar, pero no para salir. Como Tony se dio cuenta de que tenía habilidad para resolver casos complicados, solo me pasaba los problemas más difíciles. Pero yo era un obsesivo, y siempre lograba solucionarlos.

—¿Y no te vas a ir hoy, Theo? ¡Por el amor de Dios, hombre! —preguntó el señor Severino, el mecánico más antiguo del taller, desde su apertura hace veinte años. El tipo tenía más de sesenta, una verdadera enciclopedia ambulante en cuanto a reparación de autos.

Después de Tony, él era el que mandaba. Eran grandes amigos, con una relación parecida a la de un padre con su hijo. Severino era del nordeste y era increíblemente amable con todos, siempre preocupado por el bienestar de sus compañeros.

—Ya casi me voy a casa, Seve, pero antes tengo que terminar de montar este motor. Como no vengo hasta el lunes, quiero resolverlo hoy. No te preocupes, yo cierro el taller.

—¿Estás seguro, rubio? Puedo quedarme y ayudarte con esto, ya es muy tarde y no quiero dejarte solo —me tiró de los pies. Yo estaba metido debajo de una camioneta 4x4.

Todos en el taller tenían apodo. A mí me pusieron "rubio" por lo blanco que soy, con ojos azules y pelo lacio y claro.

—No, señor, a su edad hay que acostarse temprano. Así que, ¡vaya, abuelo! —le dije en broma.

—Solo si es para atender bien a mi señora. Puede que esté viejo, ¡pero aún funciono! —Se sujetó el pene debajo del mameluco gris y lo sacudió, haciendo un chiste.

—¡Ay, qué asco, Severino! Anda, vete ya antes de que me traumes —Le lancé un trapo lleno de grasa.

—Ya que insistes, me voy. Que tengas buenas noches, hijo. Nos vemos el lunes —Me saludó sonriendo, siempre estaba de buen humor y nunca se quejaba de nada, a pesar de su edad.

—¡Buenas noches, Severino! Que Dios te acompañe, y gracias por todo. Usted es una inspiración para mí —Lo acompañé hasta el portón del frente. Después de que se fue, volví al trabajo y me metí otra vez debajo de la camioneta.

Logré terminar de montar el motor y ya estaba listo para irme a casa a ver a mi amor. Cuando me deslicé para salir de debajo del vehículo, me topé con dos pares de piernas torneadas con ese bronceado provocador del verano. Giré el rostro porque la mujer llevaba una minifalda tan diminuta que si miraba hacia arriba, vería todo y más.

—¿Así que tú eres el tal rubio que logró arreglar mi Opala? —preguntó la desconocida con voz sensual.

—Soy yo mismo, señorita. Espero que le haya gustado el resultado —Me puse de pie frente a ella y le extendí la mano para saludarla. Estaba increíblemente buena, tanto que habría vuelto loco al antiguo Theo.

Una rubia de esas que detienen el tráfico: alta, cuerpo trabajado y lo suficientemente segura como para usar una camiseta blanca transparente sin sostén, con los pezones apuntando en mi dirección. Hice todo lo posible por no mirar, claro, ahora era un hombre comprometido y tenía una mujer preciosa y embarazadísima esperándome en casa, llena de amor para dar.

—Me encantó el resultado. Ese coche es muy importante para mí. Era la gran pasión de mi madre… después de mi padre, claro —Sonrió con los ojos vidriosos—. Pero ella murió cuando yo era pequeña, y por eso el viejo Tony me regaló esa joya por mi cumpleaños cuando cumplí dieciocho, para que me sintiera cerca de ella.

Esa rubia despampanante era la famosa hija de Tony. Él siempre hablaba de lo talentosa que era en el mundo del grafiti y estaba muy orgulloso de ella. Llevaba dos semanas trabajando en ese taller y nunca la había visto. Escuché que había estado de viaje fuera del país exponiendo su trabajo.

—Lamento lo de tu madre, señorita. Pero me alegra saber que te gustó la reparación que le hice al coche.

—Me llamo Manuela, encantada, Theo —Me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la boca, sin soltar mi mano.

Me sorprendió que la hija de mi jefe supiera mi nombre, sobre todo por la forma tan íntima en que lo dijo.

—No hay nada que agradecer, Manuela. Al fin y al cabo, este es mi trabajo —Solté su mano con delicadeza, no me estaba gustando el rumbo de esa conversación.

—Mi papá dice que eres un excelente mecánico, no se habla de otra cosa en mi casa en estos últimos días. Lo único que no mencionó fue lo guapo que eres. Con ese rostro pintado por Picasso, deberías estar en las pasarelas y no trabajando a estas horas en un taller —Bromeó mientras jugaba con el cuello de mi mameluco, coqueteando conmigo descaradamente.

—Te agradezco el cumplido, señorita, pero estoy feliz con mi trabajo. Ahora necesito irme. ¡Que tengas buenas noches! —Forcé una sonrisa cortés, salí de ahí y comencé a recoger mis cosas para irme.

—¡Espera, Theo! ¿Tienes planes para este fin de semana? —Corrió detrás de mí y me agarró del brazo—. Quería invitarte una cerveza para agradecerte por haber arreglado mi coche, de verdad significa mucho para mí —Echó su largo cabello hacia un lado, dejando a la vista su mejor ángulo. Estaba apostando todo.

En otros tiempos me la habría tirado ahí mismo, pero aunque la encontraba muy atractiva, no sentía el más mínimo interés sexual por ella.

—Lo siento, Manuela, pero no puedo. Los hermanitos de mi mujer vendrán a pasar el fin de semana con nosotros. Ella está muy emocionada porque hace tiempo que no los ve —Sonreí al hablar de mi chispita.

Después de tanto insistir Judite y su amiga, finalmente lograron convencer a su madre de ayudarlas, aunque con mucho miedo del esposo delincuente, ya que los niños siempre decían que extrañaban a su hermana mayor.

—Si de verdad tienes pareja, ¿dónde está tu anillo, Theo? —Cruzó los brazos y se quedó mirándome fijamente.

Como si yo tuviera que darle explicaciones sobre mi vida personal solo porque era la hija del jefe.

—Judite y yo aún no estamos casados legalmente, pero planeamos resolver eso pronto. De todos modos, esas formalidades no nos preocupan demasiado. Son solo detalles. Lo que realmente importa es el gran amor que sentimos el uno por el otro —Me puse la gorra con el logo del taller que venía con el uniforme y me colgué la mochila al hombro—. Que tengas una excelente noche, señorita —Saludé con la mano y me fui, dejando a la rubia hermosa molesta atrás.

Alguien ahí no sabía aceptar un rechazo. Esperaba que eso no me trajera problemas con mi jefe, porque me encantaba cada segundo que pasaba en ese taller. Después de tomar un tren y dos autobuses llegué a casa; el barrio donde vivíamos estaba lejos de todo. Estaba tan cansado después de un día intenso de trabajo que ya no tenía fuerzas para nada. Solo pensaba en besar a mi amor, darme una ducha y tirarme en la cama.

Quería aprovechar que el sábado sería mi día libre para dormir un poco más. Cuando llegaran mis cuñaditos, quería estar con las energías renovadas para darles toda mi atención. Quien los traería sería la amiga de Judite, y también necesitaba quitar la mala impresión que dejé la primera vez que nos vimos. No volvió a casa desde aquel incidente y probablemente fue por el ataque de celos que me dio frente a ella.

Solo que mis planes de descansar después del trabajo se vinieron abajo en cuanto abrí la puerta y sentí el delicioso aroma de comida recién hecha viniendo desde la cocina. Mi estómago rugió en

el acto. Judite me esperaba con la cena lista. Nos gustaba cocinar juntos cuando llegábamos al mismo tiempo del trabajo, pero cuando yo llegaba más tarde, ella siempre preparaba una mesa preciosa para darme la bienvenida.

—Preparé tu plato favorito, amor: estofado de pollo —Me ayudó a quitarme la chaqueta y la colgó detrás de la puerta. Luego me besó con todo su amor.

Pasaba el día ansioso en el trabajo solo por llegar a casa y encontrarme con mi chispita, porque por más que todo pareciera difícil, mirarla siempre hacía que todo valiera la pena. Jamás imaginé que podría ser tan feliz de esa manera; ella y nuestro hijo me hacían sentir completo.

Estaba contando los días para que naciera nuestro bebé, pero todavía no había señales de que le creciera la barriga a Judite. Ya se había atendido en el centro de salud del barrio y había empezado el control prenatal. Como era por el sistema público, los exámenes demorarían un poco en ser agendados, pero fuimos muy bien atendidos por todo el personal de salud. No teníamos nada de qué quejarnos.

—Me voy a dar una ducha y ya vuelvo contigo, hermosa —prometí.

Me quité el uniforme del trabajo y me relajé bajo el agua. Miré mis manos llenas de grasa, que por más que las frotara, no se limpiaban del todo, especialmente debajo de las uñas. Después de terminar la ducha, me puse un pantalón de algodón gris y una camiseta blanca, y volví a la cocina arrastrando mis sandalias blancas, bostezando a cada paso.

—¿Estás muy cansado, Theo? —Judite me hizo señas para que me sentara a su lado en la mesa; incluso había encendido un par de velas aromáticas para hacer el ambiente más romántico.

Era increíble cómo esa mujer se esforzaba por agradarme, cada una de nuestras comidas juntos parecía una nueva cita romántica, como si estuviéramos en una luna de miel eterna, y eso que aún ni

siquiera nos habíamos casado. Estaba esperando el momento ideal para pedírselo, después de todo, ni siquiera tenía dinero para comprarle un anillo decente.

—¿Qué es eso de llamarme Theo, chispita? —fingí estar molesto.

—¿Pero ese no es tu nombre, querido? —rió mientras me servía el plato, ni fuerzas tenía para hacerlo yo mismo y Judite lo notó.

—Ese es mi nombre para los demás, querida. Para ti es "amor", "mi vida", "mi pasión", "razón de mi felicidad" —dije y le arranqué una carcajada. Me encantaba hacerla reír.

—Como tú digas, razón de mi felicidad —Me pellizcó la mejilla.

Tuvimos una cena preciosa. Judite no dejaba de decir lo emocionada que estaba por ver a sus hermanos. Apenas durmió esa noche; se levantó temprano el sábado y preparó una mesa de desayuno hermosa para recibir a los niños. Caminaba de un lado a otro frente a la puerta, esperando que tocaran el timbre, y se puso paranoica cuando se retrasaron cinco minutos del horario acordado con Janete.

—No creo que vengan, amor. Seguro que mi padrastro descubrió todo. Ya no podré ver a mis hermanos nunca más —Puso un puchero adorable, estaba muy sensible últimamente por el embarazo.

—Tranquila, amor. Van a llegar en cualquier momento —La atraje a mis brazos, y segundos después sonó el timbre.

Judite salió corriendo a abrir; fue hermoso cuando abrió la puerta y sus hermanos se le echaron encima. Su amiga, que los había traído, se emocionó al ver la felicidad de los tres. Yo también.

—¡Te extrañamos tanto, Judite! —dijeron los dos pequeños, animados, abrazando la cintura de su hermana como si no pensaran soltarla nunca más.

—Yo también los extrañé mucho, mis amores —Se agachó para quedar a su altura; al verlos juntos era evidente el parecido físico entre ellos.

El niño debía tener unos cinco años, era el más parecido a Judite: cabello rizado, ojos marrones expresivos y una piel color caramelo aterciopelado. La niña era un poco más clara, tenía el cabello ligeramente ondulado, casi liso; seguramente había salido al padre. Pero esa nariz respingada y la mirada segura eran exactamente como los de su hermana.

—¿De verdad nos vas a llevar al parque, Jud? —preguntó la pequeña, emocionada.

—Claro que sí, va a ser muy divertido —Sacó una gomita de su muñeca y le arregló el cabello con la práctica de quien ya ha hecho eso mil veces.

Judite sería una madre maravillosa. Se notaba por la forma tan cariñosa en que trataba a sus hermanitos.

—Perdón por el retraso, Judite, el autobús tardó —Janete le entregó la mochila de los niños—. El lunes paso temprano para llevarlos a la escuela. Mejor no te aparezcas por allá, por si alguien del barrio te ve y le cuenta al DG.

—Entendido, Jane. Pero al menos quédate a desayunar con nosotros, ¿sí?

—Mejor no, quizá en otra ocasión —Janete me miró con algo de recelo.

—Por favor, Janete, quédate y desayuna con nosotros —le pedí con vergüenza—. Perdón por haberme alterado aquel día, ni siquiera me presenté bien. Soy Theo, un placer conocerte —Le extendí la mano.

—El gusto es mío, compadre. Por si no lo sabes, seré la madrina de tu hijo, ya está todo arreglado con Judite. Así que prácticamente somos familia —Me abrazó. Me quedé sin palabras ante su gesto inesperado, pero me alegré de que nos entendiéramos.

Janete no solo aceptó quedarse a desayunar, también nos acompañó al paseo en el parque. Se quedó charlando con Jud mientras yo corría detrás de los niños jugando a la mancha. Me adoraron. Después de un día increíble, regresamos a casa. Los pequeños se bañaron, vieron una película y luego cenaron. A la hora de acostarlos juntos en la habitación de invitados, me quedé parado en la puerta observando a mi amor leerles un cuento para dormir. Era una escena hermosa.

Pude imaginarla leyéndole a nuestro hijo todas las noches. Quería estar presente en cada uno de esos momentos con ellos dos. Mi padre nunca tuvo tiempo para hacer algo así conmigo, pero yo sería diferente, sería el mejor padre que un niño pudiera tener.

—Finalmente se durmieron, fue un día increíble —susurró Judite. Apagó la luz del velador al lado de la cama y acomodó la cobija de sus hermanos.

—Sí, lo fue. Los niños se divirtieron muchísimo, no pararon ni un minuto —Salí de la habitación abrazándola.

—Y tú tampoco paraste ni un segundo corriendo tras ellos. Te adoraron, Theo. Juancito me dijo que quería que tú fueras su papá, ¿puedes creerlo? Porque ese desgraciado del DG nunca jugó con ellos.

—Me dijo lo mismo a mí y me abrazó, amor. Se me partió el corazón cuando Juancito y Duda me contaron las cosas horribles que tu padrastro le hace a tu mamá. ¿Por qué no se separa de él? —Nos sentamos en el sofá de la sala abrazados, y Judite recostó su cabeza en mi hombro.

—No lo sé con certeza, creo que por miedo —Respiró hondo y exhaló lentamente—. Por eso voy a trabajar día y noche para reunir dinero y sacar a los tres de la favela, llevarlos a un lugar bien lejos del DG antes de que pase algo peor. Ese tipo es un bandido muy peligroso.

—Estoy de acuerdo contigo y te voy a ayudar en todo lo que pueda. Ahora tu madre y tus hermanos también son parte de mi

familia, lo que es nuestro es de ellos —le aseguré.

—Te amo, Theo. Gracias por tu apoyo de siempre. Eres el hombre más increíble que conozco. Nuestro hijo tiene suerte de tenerte como padre —declaró mirándome a los ojos, tomándome por sorpresa.

—Yo también te amo, Judite, y por eso quiero saber… ¿cuándo voy a conocer a tu madre? Quiero pedirle tu mano en matrimonio —Acaricié su cabello.

—Mmm… No sabía que era tan anticuado, señor Theodoro Alencar —Se sentó en mi regazo de frente a mí. Conocía muy bien esa carita traviesa suya que decía:

"Hazme el amor bien rico, amor."

—Puedo ser romántico cuando quiero, pero mi punto fuerte es ser un pervertido en la cama —En un movimiento rápido giré nuestros cuerpos y quedé encima de ella en el sofá. Hicimos el amor ahí mismo sin hacer ruido para no despertar a los niños.

El domingo se pasó volando. Llevamos a los niños a la playa y estuvimos allí todo el día. Judite lloró mucho cuando su amiga vino a buscar a Juancito y a Duda el lunes por la mañana. Yo también me puse triste; solo fueron dos días, pero ya me había encariñado con esos dos diablillos corriendo por la casa.

Los niños siempre llenan todo de alegría. Por eso ya le avisé a mi futura esposa que quiero tener un montón de hijos, al menos cinco, como mínimo.

—Ahora somos solo tú y yo otra vez, chispita —Abracé a Judite frente a nuestro edificio mientras despedíamos a sus hermanos, con los ojos de ella llenos de lágrimas.

—Espero verlos pronto, ya los extraño —Escondió el rostro en mi pecho para que no se notara que lloraba.

Consolé a mi amor hasta que llegó mi hora de ir al trabajo. Judite también se fue al suyo. Estaba más tranquila, porque a pesar

de todo, aún nos teníamos el uno al otro. Y juntos, éramos capaces de enfrentar lo que fuera.



En esa rutina agitada, el mes pasó más rápido de lo que pensé. Para felicidad de Judite, logró ver a sus hermanos a escondidas varias veces. También recibimos visitas frecuentes de mi madre y de Jefri, que nos vigilaban como si fuéramos dos adolescentes viviendo juntos. Bruna y Sara de vez en cuando nos invitaban a salir en citas dobles. En fin, nuestra vida no podía estar mejor.

Di lo mejor de mí en el taller ese mes, después de todo, aún estaba en período de prueba y no había sido contratado oficialmente. Tendría la respuesta esa tarde, era día de pago y Tony me llamaría para hablar al final de la jornada. Estaba bastante optimista con la idea de ser contratado porque realmente era bueno en lo que hacía. Sin embargo, había un problema: la hija de mi jefe. Manuela se inventaba excusas para ir al taller solo para coquetear conmigo. Cuanto más la rechazaba, más insistía ella. Consiguió mi número y empezó a enviarme mensajes que nunca respondí. Manuela era una mentirosa.

Un día, Judite casi responde una llamada de esa loca. Me vi obligado a bloquearla y amenacé con contarle todo a su padre sobre su acoso. Manuela se calmó después de eso, y le agradecí a Dios por ello.

—Ey, Theo, ¿puedes venir a mi oficina un momentito? Necesito hablar contigo —Tony vino a buscarme en medio del turno. Pensé que me llamaría al final del día.

Me preocupé, la expresión de mi jefe no era la mejor.

—¿Todo bien, Tony? —Carraspeé.

Tenía miedo de que su hija lo hubiese puesto en mi contra por venganza. Tal vez esa era la razón de su desaparición.

—Cierra la boca y ven conmigo, rubio. Quiero terminar con esto de una vez para no tener que seguir viendo esa carita bonita tuya —Salió con los puños apretados rumbo a su oficina, y yo tragué en seco.

Me habló en voz alta, y todos los demás empleados dejaron lo que estaban haciendo para mirarnos. Me dio muchísima vergüenza. Estaba seguro de que me iban a despedir.

Seguí a Tony con la cabeza baja, entré en su oficina y no dije ni una palabra, solo esperé el golpe final.

—Aquí tienes tu salario del mes, Theo —me entregó un cheque, visiblemente molesto. Ni siquiera miré el monto, lo guardé en el bolsillo.

—Gracias, señor —agradecí con la voz temblorosa, sudando como un cerdo viejo y gordo.

—Hablé con todo el equipo y llegamos a una decisión unánime: creemos que eres un excelente mecánico, pero aún no estás preparado para trabajar con nosotros. Aquí solo contratamos a los mejores de los mejores. Lo siento —Fue directo al punto. Me sentí devastado, pero no enojado, comprendía su punto de vista.

—Entiendo perfectamente, señor. Di lo mejor de mí, pero no fue suficiente, y está bien. Agradezco la oportunidad, hice amistades y aprendí muchas cosas que me llevaré para toda la vida. Descubrí que arreglar autos es mi pasión, así que voy a seguir estudiando y esforzándome más para algún día estar a la altura de su taller. Quizá un día podamos volver a trabajar juntos —Le extendí la mano y él la apretó con firmeza.

Estaría eternamente agradecido con ese hombre por el mes increíble que pasé trabajando en su taller. Si no hubiera sido por ese impulso, nunca habría descubierto cuál es mi verdadera vocación.

—¡Buena suerte en tu vida, muchacho! —me deseó con sinceridad.

—Gracias, señor —Sonreí con tristeza y me fui.

Puse la mano sobre el picaporte pensando en cómo sería mi vida lejos de ese lugar. Ese taller se había convertido en mi segundo hogar.

—¡SORPRESA! —gritó todo el equipo de la oficina apenas abrí la puerta. Me llevé un susto tremendo.

En total éramos un grupo de diez mecánicos, y en ese momento cada uno sostenía un plato diferente con alguna comida de fiesta, además de globos azules y blancos. Don Severino sostenía un pastel que decía:

"Bienvenido al equipo, rubio."

—Te la creíste completita, ¿verdad, muchacho? —Tony salió de su oficina riendo, sujetándose la barriga.

—¿No hablabas en serio? —pregunté algo perdido, parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¡Claro que estás contratado, idiota! Eres uno de los mejores mecánicos que ha pasado por este taller —Me dio una palmada en el hombro y me sentí súper emocionado.

Pensé que estaba desempleado otra vez, pero además de ser contratado, mis compañeros me prepararon una fiesta sorpresa para celebrarlo. Realmente me apreciaban, y eso era increíble, pero sobre todo motivador.

—Muchas gracias, chicos, por la sorpresa. No sé ni qué decir —Mi voz se quebró, por poco me pongo a llorar.

—Mirá, rubio, te juro por Dios que todos aquí pensamos que con esa cara de niño rico no durarías ni una semana en el taller —dijo uno de los mecánicos y todos rieron—. Pero llegaste todos los días puntual, fuiste humilde y trataste a todos con respeto, siempre

dispuesto a ayudar incluso en tus descansos —Me dio tres palmadas en la espalda. Everaldo fue amable conmigo desde el primer día.

—Es cierto, Everaldo, el muchacho demostró ser muy trabajador y dedicado. Por eso se merece formar parte de nuestro equipo —concluyó Mario, aplastándome en un abrazo de oso que me dejó casi sin poder respirar.

Después de Severino, él era el mecánico más antiguo del taller. Un negrón enorme, de bigote y hombros anchos como un armario, con cara de pocos amigos. Fue el único que tardó en confiar en mí, pero ni él resistió a mi humor y se hizo mi amigo, siempre riéndose de mi repertorio infinito de chistes originales.

—Everaldo y Mario tienen razón en cada palabra que dijeron, ¿no es cierto, muchachos? Bienvenido al equipo, rubio —dijo Severino, iniciando una ronda de aplausos y silbidos. Luego, ese grupo de locos me levantó en brazos y me lanzó varias veces al aire.

Fue mientras me lanzaban que vi a mi padre parado en la entrada del taller, usando uno de sus caros trajes importados, uno gris de tela fina, observándonos con su típica expresión de desprecio. Yo había cambiado tanto… pero él seguía siendo el mismo tirano impetuoso. Mi felicidad se convirtió en pesadilla en ese preciso momento. Era increíble cómo siempre sabía cuándo aparecer para arruinarlo todo.

¿Cómo me había encontrado allí? ¿Acaso también sabía dónde estábamos viviendo Judite y yo? Mi madre había asegurado que era un lugar seguro, pero debía haber imaginado que no existía lugar en el mundo donde pudiera esconderme de él.

—Muchas gracias por la fiesta sorpresa, chicos, vayan comenzando con la comida y la bebida que ya me uno a ustedes. Solo tengo que resolver un asunto personal antes —Asentí en dirección a mi padre. Cuando vieron a ese viejo estirado mirando todo con cara de asco, entendieron que la situación era delicada.

Mi padre nunca necesitó abrir la boca para mostrar lo despreciable que era, bastaba con mirarlo. Y nunca se esforzó por

disimularlo.

—Si tienes algún problema con ese señorito, solo avísanos que intentaremos resolverlo juntos de la mejor manera, Theo. Ahora formas parte de nuestra familia, aquí es uno para todos —dijo mi jefe, extendiendo el brazo con la mano abierta. Los demás hicieron lo mismo, formando un círculo, y me uní a ellos—. ¡Y todos para uno! —gritamos al unísono. Fue increíble poder ser parte de eso.

Dejé a mis compañeros iniciando la fiesta y fui a encarar a mi padre. El todopoderoso Roberto Alencar podía hacer lo que quisiera, pero dudaba mucho que Tony me despidiera. Ya era parte del equipo, y él era ese tipo de jefe que se tiraría al fuego por uno de los suyos si hiciera falta. Como él dijo, no éramos solo un grupo de trabajo, éramos una familia, y ahora yo formaba parte de ella oficialmente.

—¿Cómo me encontraste aquí, papá? —le hablé seco, sin rodeos.

—Mi chofer dijo que su sobrino trajo la moto a este taller y te vio trabajando. Me negué a creer que mi hijo, un Alencar de sangre azul, estuviera prestando servicios en esta pocilga, así que vine a comprobarlo con mis propios ojos y llegué justo en medio de esa escena ridícula. ¿Qué fue eso, un grito de guerra? —se burló. Nunca perdía la oportunidad de humillarme.

—Eso fue algo que usted no conoce, papá: trabajo en equipo. A ellos les agrado por lo que soy, no por mi dinero. En cambio, usted no tiene amigos, solo subordinados. Ni siquiera la familia lo soporta, ¿ha notado que nadie aparece en las fiestas familiares?

—No vine a hablar de la familia, Theodoro. Vine a hablar de ti. Ya basta de este jueguito de vivir con esa chica de la favela —Me apuntó con el dedo.

—Esa "chica de la favela" será su nuera muy pronto, papá. Estoy enamorado de ella y nos vamos a casar. Formaremos una linda familia juntos y seremos muy felices con nuestros hijos, porque el que viene en camino es solo el primero de muchos.

—Eso solo pasará sobre mi cadáver, Theo.

—Entonces puede ir eligiendo el modelo del ataúd, papá. Porque no va a impedir nuestra felicidad —le aseguré con firmeza. La única forma de que me separaran de Judite sería si ella ya no quisiera estar conmigo.

Pero eso nunca iba a pasar. Yo sería el mejor esposo y padre del mundo, y nunca dejaría que la llama de nuestra pasión se apagara. Haría de Judite da Silva la mujer más feliz del planeta.

—Ya veremos, Theodoro Alencar. Aún no sé dónde están viviendo, pero lo voy a averiguar. Y voy a hacer de sus vidas un infierno hasta que entiendan que ese niño fue un error que debe ser corregido antes de que arruine sus vidas. Son muy jóvenes y no tienen la madurez suficiente para criar a un bebé. Así que deja esta locura, hijo —su tono se suavizó, como si creyera que ese discurso hipócrita me convencería.

—Desista usted, papá. Solo la muerte podrá separarme de Judite. Así que si quiere separarnos, va a tener que matarme —Fui completamente honesto.

—O quizás haya una forma más práctica y rápida de resolver esta situación. Lamentablemente, no me diste otra opción, Theo —dejó en el aire esa amenaza velada, me dio la espalda y se fue.

Quedé intranquilo. No sabía a qué se refería con eso de una "forma práctica y rápida". Estaba tramando algo serio, y tendría que estar muy atento. Al menos aún no sabía dónde vivíamos Judite y yo, pero era solo cuestión de tiempo. Teníamos que estar preparados para enfrentarlo cuando llegara el momento. Pero por ahora, solo quería disfrutar de mi fiesta con mis compañeros de trabajo. Y eso fue lo que hice.

Mi primer día como empleado oficial fue increíble, pura fiesta y risas. Trabajamos toda la tarde con la radio a todo volumen, comimos, bebimos, bailamos unos con otros y lo pasamos genial.

Después de cerrar el taller, me invitaron a un bar para ver el partido de la selección brasileña. Querían que todos fuéramos. Pero rechacé la invitación. Les dije que quería celebrar con mi mujer mi contratación oficial.

Como Judite trabajaba hasta tarde ese día, decidí ir a buscarla a su trabajo. Pasé por una florería y compré un ramo de flores de verdad para ella. En nuestra primera cita estaba sin dinero y tuve que improvisar, robé flores de un jardín cualquiera y armé un ramo sencillo, pero me prometí que algún día, cuando pudiera, le regalaría un arreglo digno de una reina.

No le conté nada a Judite. Quería sorprenderla. Me dijo más o menos a qué hora saldría, así que sabía que la encontraría en la entrada de la casa donde trabajaba. Y en efecto, la vi justo al bajar del autobús con el ramo enorme que casi no podía sostener.

El problema era que la madre de mi hijo no estaba sola. Estaba muy bien acompañada... por su ex novio.

Y se estaban besando.

En la boca.

Creí que me iba a morir al ver eso. Mi corazón dejó de latir y el aire desapareció de mis pulmones. Cada vez que pensaba que las cosas estaban mejorando, ocurría algo para recordarme que la felicidad no fue hecha para mí. Y que mi padre tenía razón cuando decía que Dios se había equivocado al llevarse a mi hermano en vez de a mí.

—Nunca te voy a perdonar por jugar con mis sentimientos, Judite —dije al viento, mientras arrojaba las flores en el primer basurero que vi y me alejaba. Pero mi corazón... mi corazón había quedado atrás, en manos de esa traidora.

Intenté hacer todo bien, ser un buen compañero y padre. Pero no funcionó. Tal vez era hora de traer de vuelta al viejo Theodoro Alencar, el rompe corazones. Ya sabía incluso a quién llamar para ahogar mis penas. Esa noche no sería solo Judite quien besaría otra

boca. Yo también lo haría... y mucho más... en los brazos de otra persona.



19

Judite

—¡No te atrevas a tocarme nunca más, desgraciado! —Le di una bofetada a Jonathan y lo empujé lejos de mí. Acababa de salir del trabajo y estaba distraída revisando mi bolso cuando él apareció de la nada, tan pronto como pisé la calle e inmediatamente comenzó a besarme a la fuerza.

Me llevé un susto tremendo al ver a un hombre viniendo hacia mí con una sudadera y la capucha puesta, en pleno calor de treinta y ocho grados que hacía esa tarde en Río de Janeiro. Pensé que era un asalto. Solo cuando el tipo me besó fue que caí en cuenta: era el loco de Jonathan, acechándome en la puerta del trabajo.

Hacía semanas que sentía algo extraño, como si viera su rostro en todos lados, pero como desaparecía enseguida, pensé que era mi imaginación. Estar escondiéndome del padre de Theo me estaba volviendo paranoica, cuando el verdadero peligro estaba al acecho, esperando para atacar.

—Te quiero de vuelta, Judite. Cuando nazca el niño, podemos darlo en adopción, y así tendremos nuestros propios hijos y seremos

felices para siempre —Me agarró del brazo.

—¿Y tú crees que voy a renunciar a mi hijo solo para estar contigo, Jonathan? Prefiero morir antes que hacer eso —Solté mi brazo con fuerza.

—Ese niño es fruto del pecado, mi amor. No podemos quedarnos con él, traerá desgracia a nuestras vidas —Se quitó la capucha. Estaba con el cabello rapado y había adelgazado un poco.

—¡Cállate! Mi hijo no es asunto tuyo. Entre nosotros no existe nada más y jamás volverá a existir. Estoy con otra persona ahora, y si sigues persiguiéndome voy a llamar a la policía.

—¡La que tiene que callarse eres tú, puta! —Me agarró del cuello y apretó con fuerza. Miré a los lados buscando ayuda, pero la calle estaba desierta—. Me hiciste esperar cinco años para darle tu virginidad a otro. ¡Ahora vas a pagarme bien caro por eso!

Comenzó a arrastrarme hacia un callejón oscuro de una propiedad en construcción. Estaba aterrada, no podía gritar porque seguía apretándome el cuello, ahogándome.

—Por favor, Jonathan. ¡No hagas esto! —murmuré con los labios.

—Hago lo que me da la gana, perra. Y si vuelves a abrir la boca, te mato —Me golpeó en la cara varias veces con fuerza. Me mareé. Luego volvió a agarrarme del cuello y me arrastró como si fuera una bolsa de escombros.

—¡Suéltala, desgraciado! —mi jefa estaba llegando en auto a casa y me vio en esa situación espantosa. Gritó desesperada por ayuda.

El jardinero de doña Patricia, que había estado trabajando todo el día en la reposición del césped, oyó el alboroto y vino corriendo con una pala en la mano. Gabriel y yo nos habíamos hecho buenos amigos durante el último mes de trabajo. Así que al verme en peligro, vino dispuesto a todo por salvarme.

—¡Suelta a Judite ahora mismo o te parto la cabeza, imbécil! —Gabriel levantó la pala, listo para golpearlo.

Jonathan, el cobarde que siempre fue, no tuvo el valor de enfrentarse a alguien del tamaño de Gabriel. Me soltó y salió corriendo, pero antes me amenazó:

—¡Esto no se acaba aquí, Judite! Nos veremos pronto. Si no eres mía, no serás de nadie —gritó mientras desaparecía por una zona boscosa al final de la calle.

—¡Dios mío, Judite! ¿Estás bien, querida? —Mi jefa me ayudó a levantarme. No podía responder, solo lloraba en estado de shock.

¿Cómo estuve tantos años con Jonathan sin darme cuenta de lo psicópata que era? ¡Dios mío! Pensé en casarme con él, formar una familia. Por suerte descubrí quién era antes de que fuera demasiado tarde. Nuestra ruptura fue la respuesta a todas mis oraciones pidiéndole a Dios que me librara del mal. Y Él lo hizo.

—Creo que será mejor llevar a Judite adentro, doña Patricia. Aún está temblando del susto —Gabriel me miraba con compasión. Me sentía tan avergonzada por haberlos involucrado.

—De ninguna manera. Vamos a la policía a denunciar a ese desgraciado. ¡Mira cómo dejó el rostro de Judite! Todo morado. Y esas marcas en el cuello... un poco más y la habría matado —dijo mi jefa analizando los signos de agresión, claramente graves.

—Tiene razón, doña Patricia. Yo las acompaño por si ese loco intenta seguirlas —Gabriel me miró con solidaridad.

—Vamos a hacer la denuncia y luego el examen forense. Con las cámaras de seguridad podremos identificar al agresor. Ese infeliz no tendrá ninguna oportunidad en los tribunales. ¡Se lo aseguro! —garantizó mi jefa con voz firme. Parecía conocer muy bien las leyes.

—Yo sé quién es, señora. Es mi ex novio, Jonathan. Y no va a parar hasta destruirme —dije casi sin voz y empecé a llorar otra vez.

—No si lo destruimos nosotros primero, Judite. No lo sabes, pero soy abogada en el Juzgado de Familia. Tengo contactos en la comisaría de la mujer y me voy a asegurar de que tu ex no vuelva a acercarse a ti, ¿de acuerdo? —Me acarició el brazo, dándome fuerzas, y asentí.

Nunca más quería ver a Jonathan. Lo denunciaría para que fuera castigado y no volviera a lastimar a otra mujer.

—Muchas gracias, señora Patricia. Y disculpe las molestias que les estoy causando a usted y a Gabriel. —sollocé.

Solo quería estar con Theo en ese momento. No pensaba en otra cosa.

—No tienes que agradecer nada, querida. Pero ya no llores, todo va a estar bien —Sonrió para consolarme.

Doña Patricia me llevó al auto, que estaba estacionado de cualquier manera en la calle. Lo había dejado así cuando salió corriendo a ayudarme. Fuimos a la comisaría y Gabriel fue con nosotras y se ofreció como testigo. Traté de llamar a Theo un millón de veces para contarle todo y no obtuve respuesta. Lo necesitaba a mi lado. Pero por algún motivo, solo me salía el buzón de voz.

Hice todo lo que doña Patricia me indicó. Todos en la comisaría la conocían y me trataron muy bien. Fue muy incómodo hacer el examen forense, tuve que quitarme toda la ropa, pero mi jefa estuvo a mi lado todo el tiempo. Era una mujer increíble, de mucho carácter. Después de que todo estuvo resuelto, me dejó en la puerta de mi edificio a altas horas de la noche. Me dijo que no me preocupara, que Jonathan ya estaba siendo buscado por agresión y tentativa de violación, y que pronto lo atraparían. Aun así, para garantizar mi seguridad, la policía haría rondas por la calle cada hora.

Me despedí de ella, agradecida por salvarme la vida. Era como un ángel guardián. Subí las escaleras corriendo, desesperada por ver a Theo. Quería abrazarlo y no soltarlo jamás. Se pondría furioso al

saber lo que Jonathan me hizo. Querría hacer justicia con sus propias manos.

—Amor, ya llegué —grité al entrar, pero solo recibí el eco de mi propia voz en el apartamento a oscuras.

Me preocupé. ¿Dónde estaría Theo a esas horas? Pensé que el loco de Jonathan podría haberle hecho algo. Llamé a su madre y le conté todo entre lágrimas, pero ella tampoco tenía noticias de su hijo. Llamé a Jefri, a Bruna… nadie sabía nada. No tenía más opciones, así que solo me quedó esperar, llorando, con miedo de que Jonathan le hubiera hecho algo. Me quedé sentada en el sofá con el celular en el regazo por si alguien llamaba. Me quedé dormida ahí mismo.

Desperté con los primeros rayos del día, oyendo a alguien tratando de abrir la puerta. Se escuchaban risas desde el otro lado.

—¿Theo? —Escuché su voz y me levanté de inmediato para recibirlo, gracias a Dios estaba bien.

Pero cuando se abrió la puerta, vi a Theo completamente borracho, al punto de no poder mantenerse en pie. Solo no cayó al suelo porque venía colgado del cuello de una rubia despampanante con unos shorts de jean cortísimos y rotos. El mismo labial corrido que tenía en sus labios delgados estaba también manchado en el cuello de la camisa del padre de mi hijo. Sentí como si el alma se me saliera del cuerpo al ver esa escena. Yo estaba viviendo un infierno tras el ataque de mi ex psicópata y luego con la desaparición de Theo… para descubrir que el desgraciado estaba de parranda divirtiéndose con otra mujer.

El viejo Theodoro Alencar había vuelto. Acababa de recibir su primer sueldo y ya lo estaba gastando con mujeres en la calle. Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza.



20

Theo

Me desperté con un dolor de cabeza tremendo, con una resaca que no sentía desde hacía mucho tiempo. Después de ver a Judite besándose con su ex novio, llamé a Manuela y le dije que iba al bar a encontrarme con el personal del taller para ver el partido y quería saber si aún seguía en pie la invitación de tomar una cerveza juntos, y ella respondió enseguida que estaría allí en diez minutos. Me sentí como un canalla, hice todo por despecho, solo quería vengarme de Judite. Gasté la mitad de mi salario en alcohol, Manu me coqueteó toda la noche e incluso intentó besarme, pero no respondí, no podía dejar de pensar en mi chispita y no paraba de hablar de ella, tanto que, borracho, me puse a llorar como buen cornudo resignado.

¡Fue patético!

Manuela se dio cuenta de que amo demasiado a la madre de mi hijo y que nunca tendría una oportunidad conmigo, así que decidimos ser solo amigos. Ella decidió llevarme a casa, ni siquiera podía caminar solo. Me costó muchísimo subirme al auto, terminé dormido y todo lo demás hasta este momento es un borrón en mi mente.

—¡Mierda! Me duele la cabeza hasta para respirar —Será el peso de los cuernos, pensé.

Me senté en la cama con cierta dificultad, me froté los ojos y al mirar al frente vi a Judite parada frente a la ventana, de espaldas a mí. Parecía distante, mirando el paisaje. Una maleta pequeña estaba a su lado, probablemente había decidido dejarme para correr a los brazos de su ex novio.

—Espero que lo hayas pasado bien en la fiesta, Theodoro —Respiró profundamente, aún de espaldas a mí, con un tono más frío que un iceberg.

—No tan bien como tu romántico reencuentro con tu ex, los vi besándose frente a tu trabajo —solté, venenoso, si ella quería discutir la sobre relación, entonces sería con todas las cartas sobre la mesa.

—¿Así que estabas allí cuando Jonathan me besó a la fuerza e intentó violarme y no hiciste nada? —Se dio vuelta furiosa, y fue entonces cuando vi su rostro todo morado y las marcas de dedos en su cuello que me hicieron atragantarme de tanta rabia.

—¿Ese desgraciado te golpeó e intentó violarte, Judite? ¡Voy a atraparlo aunque sea en el infierno y le voy a arrancar la cabeza! —rugí dominado por la furia.

Me volví loco, loco, loco de tanta rabia. Cerré los puños con tanta fuerza que los dedos se me pusieron blancos. Los días de Jonathan estaban contados.

—No hace falta que juegues al héroe ahora, Theo. La policía ya está tras Jonathan, si mi patrona no hubiera aparecido y pedido ayuda, ese loco me habría matado. Todo porque el padre de mi hijo nos dio la espalda cuando más lo necesitábamos. —Se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar, no dejaba de temblar, como si reviviera aquel horrible momento que pasó por mi culpa.

¡Yo era un completo idiota! Dejé que los celos me cegaran e hice una estupidez otra vez, sacando conclusiones precipitadas sobre

Judite, y esta vez hubo consecuencias, quizás irreparables si ella no me perdonaba.

—¡Dios mío, Judite! Lo siento tanto —Intenté acercarme para abrazarla fuerte, pero ella se alejó con un gruñido, como un animal herido y asustado.

—¿Por qué fuiste a mi trabajo sin avisar, Theo? Apuesto a que tú también me estabas vigilando —Se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—Estaba muy feliz, recibí mi salario en el taller y me contrataron oficialmente como mecánico. Apenas salí del trabajo fui directo a darte la gran noticia, pasé por la florería y compré flores para ti. Pero cuando llegué, te vi con Jonathan y perdí la cabeza, me cegué de celos —Apreté la mandíbula, recordar el beso entre ellos todavía me enfurecía.

—¿Y qué hiciste con las flores que compraste para mí? ¿Se las diste a tu amiguita que te trajo anoche? —preguntó irónica.

—Las tiré a la basura, estaba lleno de rabia contigo. Solo pensaba en vengarme, por eso llamé a Manuela para que fuera a tomar algo conmigo a un bar para celebrar mi contratación. Fui sincero.

—Si la llamaste fue porque ya la conocías, no me sorprendería que ya estuvieran saliendo —Sonrió irónica con lágrimas en los ojos.

—Eso no es verdad, amor. Conocí a Manuela en el taller, es la hija de mi jefe. Confieso que de su parte siempre hubo interés por mí, pero dejé muy claro que estaba comprometido, y que era muy feliz y estaba enamorado de ti —Me fui acercando poco a poco, necesitaba tocar a esa mujer o me moriría.

—Pero fue a ella a quien llamaste anoche, ¿no es cierto?

—No pasó nada, amor, ni siquiera borracho y con el corazón roto cedí a las insinuaciones de Manuela. Porque tú eres la única mujer para mí, te amo —Toqué su rostro, gracias a Dios no se alejó de mi caricia.

—Me amas, pero no confías en mí, Theo. Porque si confiaras, habrías venido inmediatamente a defenderme de Jonathan, porque sabrías que ese beso fue en contra de mi voluntad —Sollozó con voz temblorosa, tenía toda la razón.

—De verdad lo siento, Judite, haré lo que sea para que me perdones y me des una segunda oportunidad. Sé que no es excusa, pero soy nuevo en esto de las relaciones y no sé cómo actuar. Pierdo la cabeza fácilmente y hago estupideces porque me aterra perderte —admití por fin.

Ese era mi mayor miedo, que mi amor por Judite fuera más grande que el de ella por mí y que un día me dejara. Esa mujer era la única persona que me hacía sentir vivo, como parte de una familia de verdad. Crecí siendo la sombra de mi hermano para mis padres, incluso después de su muerte, pero junto a Jud, que llegó a mi vida de sorpresa, me sentía el protagonista de mi propia historia.

—Pues acabas de perderme, Theo. No puedo estar con alguien tan inmaduro en quien ni yo ni mi hijo podamos confiar. Por eso me voy ahora mismo, cuando nazca el bebé, arreglaremos lo de la custodia compartida ante la justicia. —Agarró la maleta e intentó salir, pero no la dejé.

Me puse delante de Judite y me arrodillé frente a ella, suplicando que no me dejara. Moriría si tuviera que estar lejos de ella y de nuestro hijo.

—Por favor, amor, no me dejes. Haré lo que tú quieras, pero no te vayas. Sin ti no tengo razón para vivir.

—Quítate de mi camino, Theo. No hagas esto más difícil —respondió agotada. Me rodeó mientras yo seguía de rodillas a sus pies y se fue lo más rápido que pudo.

La mujer de mi vida estaba decidida a dejarme, pero aun así no me rendí y fui tras ella para suplicarle una oportunidad más.

—Espera, Judite, hablemos bien. No tomes decisiones apresuradas.

Bajé corriendo las escaleras del edificio, no pensaba rendirme tan fácil.

—Te dije que esto se acabó, Theo. Déjame en paz. Nuestra única conexión de ahora en adelante será nuestro bebé —gritó sin paciencia al llegar a la puerta del edificio. Giró y empezó a cruzar la calle.

El semáforo estaba en verde y un coche con los vidrios polarizados apareció de la nada. No se podía ver quién iba al volante porque venía a toda velocidad. Judite arrastraba su maleta con rueditas por el paso peatonal con la cabeza baja. Sentí un mal presentimiento. Solo tuve tiempo de mirar hacia ella y luego al vehículo que se acercaba cada vez más rápido. Había algo muy raro.

—¡Cuidado, Judite! —grité al darme cuenta de que el auto no iba a detenerse; al contrario, el conductor pisó el acelerador y fue directamente hacia ella a propósito.

Vi a la madre de mi hijo salir volando, su maleta se abrió y la ropa salió disparada por el aire en cámara lenta. El conductor huyó a toda velocidad. Me quedé inmóvil por unos segundos, sin saber si esa tragedia realmente había ocurrido o si era solo una horrible pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Pero no fue así. Me obligué a mover las piernas y corrí hacia Judite. Tenía una herida grande en el costado de la cabeza y varias lesiones por todo el cuerpo.

Pero estaba respirando, y eso era lo que importaba. Recé implorando a Dios que salvara su vida y la de nuestro bebé.

—Quédate conmigo, amor. No voy a dejar que ni la muerte te quite de mi lado —Lo juré.

Nuestro encuentro estaba escrito en las estrellas desde antes de conocernos. Dios no habría puesto a Judite en mi camino solo para quitármela después. Porque si tenía que vivir sin mi amor y sin nuestro hijo, prefería morir con ellos.



21

Theo

Había un silencio total en la sala de espera del hospital. Ya habían pasado horas desde que Judite había entrado a la sala de emergencias y nadie venía a dar noticias. Caminaba de un lado a otro desesperado, al punto de casi abrir un hueco en el piso. Por suerte, no estaba solo. Cuando la noticia del accidente se esparció, vino casi todo el mundo. Jefri, mi madre, Bruna y Sara, Janete, e incluso el personal del taller apareció en su hora del almuerzo para darme apoyo. Me sentí muy agradecido por su presencia. Nuestro jefe Tony me ofreció dinero prestado para lo que necesitara. A veces es más fácil contar con la gente de afuera que con los propios familiares.

Un gran ejemplo de eso era la madre de Judite. Conseguí su número a través de Janete y la llamé para avisarle que su hija había tenido un accidente grave y que estaba siendo atendida en la sala de emergencias. Le pedí que viniera al hospital y trajera a los niños, porque cuando Jud despertara, lo primero que querría sería verlos a su lado. Pero mi suegra respondió que no podía venir porque tenía

algo más importante que hacer. La frialdad con la que me habló me dejó pasmado.

¿Qué podía ser más importante que la vida de una hija y un nieto?

No tuve tiempo de preguntárselo, porque mi suegra me colgó el teléfono, así que no insistí más. El cariño y la atención no se suplican; una madre que no se preocupa por su hija es mejor que se mantenga lejos. Judite me tenía a mí y a muchas otras personas que la querían, y eso era lo que importaba.

—Siéntate aquí al lado de mamá, mi amor. Ya llevas horas de pie —me indicó mi madre.

—Eso, querido, ven aquí con nosotros —añadió Jefri. Asentí.

Me senté entre los dos. Mi madre sostuvo una de mis manos y Jefri la otra. Entonces me derrumbé, sin vergüenza de llorar. Estaba muerto de miedo por recibir malas noticias cuando el médico viniera a hablar con nosotros. Me sentía culpable. Si Judite no se hubiera enojado conmigo, no habría salido de casa, y ese accidente nunca habría ocurrido.

—Sé positivo, Theo, todo saldrá bien —dijo mi madre, recostando mi cabeza en su hombro. Pero nada de lo que dijera podía consolarme.

—Judite estaba decepcionada conmigo cuando ocurrió el accidente, mamá. Si algo le pasa a ella o al bebé, nunca me lo voy a perdonar.

—Deja de culparte así, amigo. No sé qué pasó entre tú y Jud, pero cuando despierte, te va a perdonar y ustedes dos serán muy felices juntos.

Mi amiga Bruna, como siempre, dándome fuerzas en los momentos más duros de mi vida.

—¡Dios te escuche! Porque sin Judite mi vida no tiene sentido — Mis hombros se desplomaron. Estaba en el fondo del pozo.

Pero no hay nada tan malo que no pueda empeorar.

—Vine tan pronto como me enteré, ¿cómo está ella?

Mi padre tuvo el descaro de aparecer en el hospital fingiendo preocupación por Judite, siendo que la última vez que nos vimos insinuó que haría algo para separarnos "de una forma rápida y práctica". Esas dos palabras no salían de mi cabeza.

—¿Qué hace usted aquí, papá? Si descubro que está detrás de este accidente, ¡lo mato! —Fui directo hacia mi propio padre. Si no me hubieran sujetado, le habría soltado un puñetazo.

—Tranquilo, querido. Estoy segura de que tu padre no tiene nada que ver con esto —mi madre intentó calmarme tocándome el rostro.

—No te engañes, mamá. Sabes muy bien de lo que tu marido es capaz para salirse con la suya. ¿Sabías que fue al taller donde trabajo a amenazar a la madre de mi hijo? Dijo que acabaría con el bebé de una manera rápida y práctica —Solté toda la verdad.

Mi madre miró a su esposo con indignación. Sabía que él no quería que ese bebé naciera, pero ir tan lejos como para cometer un asesinato doble... eso era demasiado incluso para el impetuoso Roberto Alencar.

—¿De qué estás hablando, hijo? Sé que tenemos opiniones distintas sobre esa chica, pero no soy un asesino, mucho menos de mujeres embarazadas —aseguró. Lo peor era que sentí sinceridad en sus palabras.

Y pensándolo con la cabeza fría, en realidad mi padre era de los que resolvía las cosas en silencio y con discreción, no a plena luz del día y con testigos. Además, cuando estuvo en el taller ayer, dijo que no sabía dónde vivíamos Judite y yo, y el accidente ocurrió justo frente a nuestro edificio.

—Eso espero, papá. Porque si no, estarás tan muerto para mí como mi hermano —Me fui al otro lado de la sala de espera. No quería estar cerca de él.

Mi madre empezó a discutir con mi padre. Si estaba escondiendo algo, ella se lo sacaría de un modo u otro.

—¿Quiénes son los acompañantes de la paciente Judite da Silva? —El médico por fin vino a hablarnos.

—Soy su novio, doctor —Me acerqué con las manos sudando. Lo que fuera que dijera ese hombre, cambiaría mi vida para siempre.

—Judite sufrió varias lesiones delicadas, pero no hubo ningún trauma interno. Eso significa que tanto la madre como los bebés están fuera de peligro —dijo, y solté un grito de alegría. Sabía que mi chispita saldría de esta.

Judite era muy fuerte y no se rendiría tan fácilmente sin pelear, pero solo estaría tranquilo cuando despertara. Le rogaría perdón y nunca más volvería a desconfiar de ella. Esta vez, aprendí la lección.

—Un momento, doctor… ¿dijo "bebés" en plural? —Cuando pasó la euforia, caí en la cuenta.

—Sí, papá. Ustedes están esperando gemelos —Me dio tres palmadas en la espalda y una felicitación por la noticia. Nunca imaginé que recibiría semejante noticia, sobre todo en estas circunstancias.

¿Gemelos?

¡Carajo! Judite se volvería loca de alegría cuando se enterara. Mi alegría por ser padre se había duplicado.

Hablando de padre, miré al mío y había perdido todo el color del rostro al oír la noticia. Se tambaleó mareado y se sentó en una de las sillas de la sala de espera. Probablemente recordó el día en que, igual que yo, recibió la noticia de que venían dos bebés en camino.

A pesar de todas nuestras diferencias, deseé que eso derritiera aunque fuera un poco su corazón de hielo.

—Muchas gracias, doctor. ¿Cuándo puedo verla? —pregunté sonriendo como un tonto.

—Puedes ir ahora mismo, pero Judite aún estará inconsciente debido a la medicación. Creo que despertará en unas horas.

—Está bien, doctor. ¡Que Dios lo bendiga por todo lo que hizo por nosotros! —Le estreché la mano antes de que se fuera.

—¡Felicidades, mi amor! Vas a ser papá de gemelos, igual que tú y tu hermano —Mi madre me abrazó entre lágrimas.

Jefri vino enseguida a felicitarme, igual que el resto del grupo. Menos mi padre. Él seguía sentado, con la cabeza baja. Por un momento, pensé que incluso estaba llorando. Pero quizás ya era demasiado tarde para eso. Esperaba esa reacción suya cuando le dije por primera vez que iba a ser padre.

—Gracias a todos, pero ahora que Judite está fuera de peligro, necesito salir. Prometo que vuelvo antes de que despierte. ¿Pueden cuidarla por mí hasta entonces?

—¿Pero qué puede ser más importante que estar con la madre de tu hijo en este momento, Theo?

—Atrapar a quien le hizo esto, mamá. Si mi padre no está involucrado en esto, solo puede ser alguien que la odie lo suficiente como para quererla muerta —Apreté la mandíbula con un nombre ardiendo en mi mente.

¡Jonathan!

Ese hijo de puta no consiguió lo que quería de Judite ayer, así que volvió para vengarse. Si ya quería matarlo antes, ahora lo haría con saña. Cortaría cada pedazo de su cuerpo mientras aún respirara hasta que confesara lo que hizo, haría que el desgraciado sangrara hasta la última gota.

—Si tienes un sospechoso, ¿por qué no hablas con la policía, hijo? Ellos ya están investigando si el accidente fue una fatalidad o algo intencional.

—Fue intencional, y voy a probarlo, mamá. Y voy a necesitar tu auto —Metí la mano en su bolso y tomé las llaves—. Prometo

devolvértelo más tarde sin un solo rasguño, te amo —Le besé la mejilla y salí caminando a toda prisa. Mi padre me miró salir, pero no dijo nada.

—Sé que vas a buscar al malnacido de Jonathan y quiero ayudarte, compadre —Janete se metió en el coche del lado del pasajero justo cuando yo encendía el motor.

No vi cuándo salió del hospital ni que venía tras de mí, pero me conocía lo suficiente como para saber que solo me alejaría de Judite en este momento por una razón: atrapar al desgraciado que le hizo esa crueldad.

—Creo que deberías quedarte con tu amiga, Janete. Porque la escena no va a ser nada agradable cuando tenga a ese ex novio suyo entre mis manos. Ese maldito va a pagar.

—Primero que nada, mi amor, yo conozco esa favela mejor que nadie, y tú no vas a poder encontrar a Jonathan solo. Segundo, si yo agarro a ese gusano antes que tú, quien va a salir traumado con lo que vea vas a ser tú —Me señaló con una uña larguísima pintada de un rojo fuerte.

En ese momento entendí que, o la llevaba conmigo, o no saldríamos de ahí nunca. Y no podía perder tiempo con discusiones, porque quería estar de vuelta antes de que Judite despertara. Quería que lo primero que viera al abrir los ojos fuera a mí, sosteniendo su mano.

—Está bien, Janete. Pero tu único papel en esto será ayudarme a llegar hasta ese maldito. Después de eso, déjame a mí.

—¡Trato hecho, amigo! Voy a contactar a uno de mis amantes de la favela, él trabaja directamente con el capo narco y nadie entra o sale de la Rocinha sin que ese tipo se entere. Así que, si Jonathan está escondido ahí, lo sabremos —Sacó su celular de debajo del cuello de la blusa, escondido entre sus pechos. Janete estaba como una loca.

La única cosa que Judite y Janete tenían en común era la primera letra del nombre. Una era tímida y temerosa de Dios; la otra, lista para ser mi cómplice en el posible asesinato del ex novio de su mejor amiga.

—¿Respondió algo? —pregunté por quinta vez. Acabábamos de llegar a la entrada de la Rocinha y el tal amante de Janete aún no daba señales de vida.

—Mi *crush* acaba de responder y, créelo, dijo que el pastor está escondiendo a su hijo de la policía dentro de la iglesia, ya que el lugar está en reparación y no se están celebrando las misas —explicó Janete emocionada, estaba loca por ver arder el circo.

Salí del auto y lo dejé estacionado en la entrada del cerro. Si queríamos entrar discretamente en la favela, no sería con un coche importado de medio millón de reales.

—Llévame a esa iglesia, Janete.

—¡Claro! Pero ¿y si su papá también está ahí, Theo? No podemos simplemente irrumpir en una iglesia y atacar al pastor. Es una locura. Es un hombre de Dios —Janete tuvo un pequeño arranque de conciencia, pero nada me detendría en ese momento.

—Si fuera un hombre de Dios no estaría escondiendo a su hijo criminal dentro de la casa del Señor —Aceleré el paso para seguirla por esos callejones estrechos, la mujer caminaba casi corriendo.

Para mí, esos callejones eran todos iguales, un verdadero laberinto. Pero Janete se movía por ahí como pez en el agua, como si tuviera los ojos cerrados. Realmente conocía la favela como la palma de su mano. Al final, agradecí que me hubiera obligado a traerla; de lo contrario, me habría perdido en medio de la Rocinha.

—Esa es la iglesia, Theo —señaló hacia lo que parecía una casa mal pintada de azul.

Si Janete no me hubiera dicho que era una iglesia, jamás lo habría adivinado. No tenía cruz ni nada. Solo al acercarnos vi una pancarta escrita a mano con letras torcidas que decía:

“Altar del Dios del pueblo”.

—La puerta principal está cerrada, ¿cómo entraremos? —preguntó Janete.

—Vamos a intentar por la puerta trasera, es mejor para no llamar la atención —Miré a los lados para asegurarme de que nadie nos viera. Solo había algunos niños jugando en la calle.

Caminamos hacia la parte trasera de la iglesia y la puerta estaba abierta. Pedí perdón a Dios por lo que estaba a punto de hacer, invadir Su casa para hacer justicia con mis propias manos. Probablemente iría al infierno por eso. Pero cada vez que cerraba los ojos solo veía el rostro de Judite golpeado y recordaba el accidente, y Jonathan tenía que pagar por todo eso.

Podría simplemente entregarlo a la policía, pero hay cosas que uno tiene que resolver ojo por ojo, diente por diente.

—¿Qué es ese sonido? —Janete frunció el ceño cuando entramos a la iglesia, estaba todo oscuro y no podíamos ver nada.

Pero el lugar estaba lleno de gemidos extraños… y no eran de dolor. Cuando Janete encendió la luz, vimos a Jonathan en plena acción con una chica menor que él, no debía tener ni quince años, teniendo sexo en el altar de la iglesia. Ella tenía un vestido corto subido por encima de la cintura, él estaba sin camisa y con los pantalones bajos, bien metido entre sus piernas en una escena nada inocente. Y pensar que Judite me había contado que ambos estaban esperando al matrimonio para su primera vez… Obviamente, la única que se estaba guardando era ella.

Sentí náuseas ante esa escena. Judite y nuestros hijos podían haber muerto, y ese desgraciado estaba en su fiestita personal. Aquello me enfureció todavía más.

—¿Pero qué mierda hacen ustedes aquí? —Los ojos de Jonathan se abrieron de par en par al verme.

—Saca a la chica de aquí y cierra la puerta al salir, Janete —Ordené sin apartar los ojos de Jonathan. Si se movía, me lanzaría

sobre él a golpes.

—Siempre sospeché que eras la amante de este hijo de puta, Daiane. Pero nunca le dije nada a mi amiga porque no estaba segura —Janete arrastró a la chica fuera de la iglesia tirándola del cabello mientras gritaba. No me importaba lo que hiciera con ella.

—Ahora somos solo tú y yo, Jonathan —Sonreí con malicia.

Teníamos una conversación pendiente, de hombre a hombre. Ya era hora de que ese gusano se enfrentara con alguien de su tamaño.



22

Theo

—Mira, hermano, si viniste por la golpiza que le di a Judite, fue sin querer. Me metí una rayita de blanca y me puse loco, amo a Judite y no puedo aceptar que me haya cambiado por otro —dijo mientras se subía los pantalones, echándole la culpa de todo a la droga.

—¿Por eso intentaste matarla dos veces, hijo de puta? —di dos pasos hacia él con los puños cerrados, y él retrocedió dos.

—¿Dos veces? ¿De qué carajo estás hablando, hermano? Solo fui tras ella ayer —Se hizo el inocente.

—¿Ah, no sabes? Te voy a refrescar la memoria —Le metí un puñetazo tan fuerte que salió volando contra el púlpito de madera, que se hizo trizas. No satisfecho, fui encima de él otra vez.

—¡Si te vuelves a acercar a Judite, te mato! —Le di otro golpe en la cara.

Y otro… otro… y otro más. Jonathan intentaba defenderse, pero los golpes le llovían de todos lados.

—Ya entendí el mensaje, ¡déjame en paz, por el amor de Dios! —Lloriqueó con un diente menos y sangre escurriéndole por la comisura de los labios.

—Dios no puede ayudarte ahora, Jonathan —Le di una patada en el estómago y gimió, llorando en posición fetal en el suelo—. Solo eres valiente para golpear a una mujer embarazada, ¿no? Intentaste violar a la madre de mi hijo y vas a pagar por eso —Le pisé los genitales con toda mi furia.

Ojalá haya disfrutado con la menor con la que estaba, porque no podrá usar su amiguito de ahí abajo por mucho tiempo.

—¡Auxilio! ¡Este loco me va a matar! —gritó, y yo seguí golpeándolo.

Lo agarré del cuello de la camisa y perdí la cuenta de las veces que le golpeé la cara. Su rostro quedó irreconocible, todo morado e hinchado. Pero no era suficiente para mí. Quería matarlo. Así que seguí.

—¡Ya basta, Theo! ¿Quieres ir preso por asesinato y no volver a ver a tus hijos? —Me sobresalté al ver que mi padre había aparecido de la nada, con chaleco antibalas y respirando agitado, como si hubiera venido corriendo.

Estaba acompañado de varios policías que no paraban de entrar a la iglesia, debían ser más de treinta. Salí del trance en el que estaba, solté a Jonathan, que yacía desmayado en el suelo, y retrocedí tambaleando, aturdido por la adrenalina y el agotamiento de tanto golpear. Miré mis puños llenos de sangre de Jonathan y me asusté.

Si mi padre no hubiese llegado, lo habría matado de verdad. Estaba tan ciego de rabia que solo quería que Jonathan desapareciera de la faz de la tierra.

—¿Cómo me encontraste aquí, papá?

—Cuando tu madre me dijo que ibas tras el responsable de lo que le pasó a tu novia, me desesperé. Llamé a un amigo comisario y

le conté la situación. Usamos el celular que te dio Jefri para rastrearte y vinimos corriendo. Sabíamos que harías una locura al encontrar al ex de Judite —explicó. Fue la primera vez que se refirió a Judite con respeto y como mi novia.

Mi padre estaba diferente: atento, cuidadoso conmigo. Me puso la mano en la espalda y me sacó de la iglesia mientras los policías se encargaban de Jonathan, aun todo golpeado, y le daban orden de arresto. Me sentí bien de no tener que seguir viéndole la cara, porque si lo hacía, seguro volvía a terminar lo que empecé. En ese momento llegaron los padres de él, sorprendidos por todo el alboroto, pero también fueron arrestados. En un rápido registro de la iglesia, encontraron droga, dinero y armas escondidas. Ese no era un lugar sagrado, sino parte de un sistema familiar muy bien armado de lavado de dinero.

Yo había venido tras un delincuente y terminé entregando toda una banda a la policía. A eso yo lo llamaba una obra divina.

—¿Y por qué te arriesgaste viniendo a la favela, papá? Podrías haber dejado que la policía resolviera esto.

—De ninguna manera, hijo. Me moriría si te pasara algo y no estuviera para ayudarte, como pasó con tu hermano —Sacó un pañuelo blanco del bolsillo y me limpió las manos llenas de sangre, con un cariño que nunca antes me había mostrado, ni siquiera de niño.

—Es curioso que digas eso, porque desde la muerte de mi hermano siento que hubieras preferido que yo muriera, solo para no tener más problemas —Sonreí con ese amargo sabor de la decepción.

—Siempre me diste problemas, Theo. Muchos —remarcó—. Pero nunca deseé tu muerte, hijo. Solo quería que encarrilaras tu vida.

—Pero sí deseaste que yo muriera en lugar de mi hermano. Lo gritaste bien fuerte en el velorio de Tadeo, para que todos lo oyeran —me senté en el borde de la vereda, el sol estaba muy fuerte y yo seguía algo mareado.

Mi padre, un hombre multimillonario, se sentó a mi lado, en plena favela de la Rocinha. Su mirada era triste, como si mis palabras le atravesaran el pecho. Ni siquiera podía mirarme a los ojos.

—Dije eso sin pensar, Theodoro. Perdón. Estaba destrozado por la muerte de tu hermano, y cada vez que te veía, me lo recordabas. No supe cómo lidiar con eso y terminé desquitándome contigo, lo que solo empeoró la situación cada vez que me confrontabas. —Respiró con dificultad.

Después de tantos años, el orgulloso Roberto Alencar me estaba pidiendo disculpas. Tendría que haberlo grabado para creerlo.

—Pero quizás ya sea muy tarde para disculpas, papá. Necesito tiempo para procesar todo esto. No sé si aún podemos recuperar el tiempo perdido y tener una relación normal de padre e hijo —fui honesto.

Amaba a mi padre, pero no lograba sentirme cercano a él. Era como si hubiera un abismo entre nosotros que solo crecía más y más.

—¡Policía, ayuden! ¡Una mujer acaba de apuñalar a su esposo! Dijo que él atropelló a su hija embarazada —gritó un niño, pidiendo ayuda a los policías que aún estaban arrestando a Jonathan.

Los oficiales salieron corriendo y yo los seguí. Era demasiada coincidencia con el caso de Judite. La casa donde ocurrió el crimen no estaba lejos. Cuando llegué, vi una escena caótica: una mujer descontrolada con un cuchillo en la mano, y un hombre en el suelo, retorciéndose en un charco de sangre. Estaba muy herido, pero vivo.

La mujer se parecía mucho a Judite. Rápidamente supe que era su madre. Lo confirmé al mirar al costado y ver a Janete llorando desesperada, suplicándole a la señora que se detuviera por el bien de su hija que estaba internada en un hospital.

—Suelte ese cuchillo y aléjese de él, señora —le ordenó uno de los policías.

—Él confesó, riéndose, que atropelló a mi hija solo porque descubrió que estaba viendo a sus hermanos a escondidas. Yo le dije al DG que podía golpearme todo lo que quisiera, pero el día que tocara a uno de mis hijos, lo mataría —Miró al marido, que se retorcía en el suelo de dolor. Sentí cierta satisfacción en su mirada, como si no lo hubiera hecho solo por su hija, sino también por ella misma.

Janete y yo nos miramos, horrorizados. Estaba claro que el padrastro de Judite había sospechado algo, la siguió alguna vez cuando los niños fueron a nuestra casa y estuvo espiando hasta encontrar el momento perfecto para vengarse de su hijastra por actuar a sus espaldas. Jonathan había dicho la verdad: solo fue tras Judite ayer. Él no tuvo nada que ver con el accidente.

Todo tenía sentido ahora. Por eso mi suegra actuó tan fría y me colgó en la cara cuando la llamé para avisarle del accidente de su hija. Seguramente tuvo una corazonada sobre quién era el culpable, debió haber confrontado a su marido y él admitió todo sin el menor remordimiento. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a golpearla y jamás imaginó que ella se rebelaría contra él.

—No se lo voy a repetir, señora. Suelte ese cuchillo —ordenó el policía con el tono elevado, arma en mano, acercándose con pasos cautelosos.

—¡No se acerque o me mato! —amenazó ella fuera de sí, apuntándose con la punta del cuchillo al pecho.

Después de tantos años de agresiones físicas y psicológicas por parte del esposo, la madre de Judite era una bomba de tiempo que finalmente había explotado.

—Hola, señora, soy Theo, el novio de su hija. Hablé con usted por teléfono más temprano, ¿recuerda? —intenté iniciar un diálogo para distraerla.

—¿Cómo está mi niña, muchacho? —Su expresión se suavizó un poco al hablar de su hija.

—Ya está fuera de peligro, el médico dijo que está esperando gemelos. ¿No es maravilloso? —le conté mientras me acercaba, ella no se resistió, así que seguí.

—¿Voy a tener dos nietecitos? —Sonrió, aunque su expresión seguía siendo triste.

—Sí. Y si quiere conocerlos algún día y volver a ver a sus hijos, necesita soltar ese cuchillo y entregarse a la policía. ¿Está bien? —Extendí la mano hacia ella. Asintió y me entregó el arma blanca.

La policía la esposó rápidamente y la llevó hasta la patrulla. Luego atendieron al DG mientras esperaban que llegara la ambulancia.

—Los niños están en la escuela. Por favor, Theo, prométeme que cuidarás de ellos y de Judite por mí —imploró mi suegra con la cabeza asomada por la ventanilla del coche policial.

—Se lo prometo. Y tranquila, pronto volverá a casa, estará con ellos otra vez —le aseguré.

—No me hago ilusiones, hijo. Después de lo que hice, no creo que salga de la cárcel nunca más.

—Si tiene un buen abogado, sí saldrá. Y el mío es de los mejores. Va a asumir su caso hoy mismo —Intervino mi padre. Ni siquiera me había dado cuenta de que aún estaba allí.

Sacó su celular del bolsillo y comenzó a hacer llamadas. Esta vez no dejé que el orgullo hablara más alto: acepté su ayuda, al fin y al cabo, era la libertad de la madre de mi mujer lo que estaba en juego.

—Gracias a los dos por ayudarme. Díganles a mis hijos que los amo mucho —Fue lo último que dijo antes de que la patrulla se la llevara. Fue una escena muy triste.

—Muchas gracias, papá. No sé cómo agradecerle la ayuda legal para la mamá de Judite —le dije sinceramente.

—No tienes que agradecer nada, Theodoro. Ella es la abuela de mis nietos, y ahora todos somos una familia —dijo, y se me cayó la mandíbula, literalmente.

—¿Eso quiere decir que ahora acepta a mis hijos, papá?

—Sí, Theo. Cuando escuché al doctor decir que eran gemelos, sentí la misma emoción que cuando supe que iba a ser padre de dos niños. Ese fue el mejor día de mi vida —Se limpió una lágrima—. Entonces entendí que cometí un error, hijo. Debería haberte apoyado desde que entraste en mi oficina a pedirme trabajo.

—Está bien, papá. Fue mejor así. Tal vez si me hubieras ayudado, nunca habría aprendido a salir adelante por mí mismo — Me encogí de hombros.

—Y lo estás haciendo muy bien, hijo. Nunca pensé que sentiría tanto orgullo de ti —Me abrazó, pero aún no podía corresponder. Me quedé duro como un poste.

Perdoné a mi padre porque lo amaba. Pero después de tantos años de abandono por su parte, me llevaría tiempo volver a confiar en él.



Con todo resuelto en la favela de la Rocinha, tenía que volver al hospital. Pero tampoco quería dejar sola a mi suegra en la comisaría. Entonces mi padre se ofreció a acompañarla, su abogado también estaba en camino para hacerse cargo del caso. Prometió que me avisaría en cuanto tuviera novedades. Me dio un último abrazo y se fue. Me sorprendió mucho su actitud, pero sobre todo, me sentí agradecido. Ese hombre había cambiado de la noche a la mañana.

Janete y yo volvimos al hospital, pero antes pasamos por la escuela a buscar a los hermanos de Judite. Les dijimos que su mamá estaba de viaje y que se quedarían con nosotros por un tiempo.

Como eran apenas unos niños, lo creyeron sin hacer ninguna pregunta. Cuando llegamos al hospital, le pedí a Janete que los llevara a la cafetería a comer algo. No habían almorzado bien, solo lo que comieron en la escuela, y tenían hambre. Fui directo al área donde estaba internada la madre de mis hijos. En la sala de espera ya no había nadie, Judite solo podía tener un acompañante, y mi madre se había quedado con ella. Después de toda aquella pesadilla, por fin podría verla. Mi corazón estaba tranquilo, con esa buena sensación de que se había hecho justicia. Faltaban algunos detalles, pero sentía que estábamos a un paso de nuestro final feliz.

Respiré hondo frente a la puerta del cuarto 102, giré la manija y entré sabiendo que la escena sería fuerte.

—Gracias a Dios que volviste, Theo.

Mi madre se levantó de la silla junto a la cama de Judite y vino a abrazarme, pero yo solo tenía ojos para mi amor, aún en un sueño profundo. Tenía un gran vendaje en la frente, varios raspones en los brazos y algunas máquinas conectadas a su cuerpo. Me rompía el alma ver a una mujer tan fuerte en una situación tan vulnerable.

—Está todo bien, mamá. Gracias por cuidar de Judite por mí mientras estuve fuera —Le devolví las llaves de su coche y me dirigí directo hacia mi amor. Solo ella y nuestros hijos importaban ahora.

—El médico dijo que Judite ya debería haber despertado, pero que está todo bien —dijo mi madre, acercándose al otro lado de la cama.

—Estabas esperándome para despertar, ¿verdad, mi amor? —Le tomé la mano y la besé con todo el amor del mundo. Esa mujer se había convertido en la razón de mi existencia.

—¿La amas mucho, verdad, hijo? —Mamá acomodó la sábana de Jud.

—La amo muchísimo, mamá, pero no sé si querrá seguir conmigo cuando despierte. Estábamos peleando en el momento del accidente, Judite pensaba que la había engañado. Pero eso no pasó,

porque ella es la mujer de mi vida —Me incliné y besé sus labios, luego me senté junto a su cama y acaricié su cabello.

—Te va a perdonar, Theo. Porque cuando el amor es verdadero, siempre triunfa. Lo sé por experiencia propia. —Sus ojos brillaban con lágrimas.

—¿Cómo que por experiencia propia, mamá?

—¿Sabes cómo conseguí ese apartamento donde estás viviendo con Judite, hijo? Abandoné todo para estar con mi amante; él, al igual que Judite, era uno de los empleados de tu padre y vivía en la favela.

—¿Amante? —me quedé pasmado.

—Sí, Theo. Eso fue poco después de casarme con tu padre, yo era joven e ingenua. Sé que no es justificación para lo que hice, pero tu padre solo pensaba en trabajar y pasaba semanas fuera de casa. Me sentía sola y necesitada de afecto, así que caí en la tentación —contó avergonzada.

—Si usted dejó todo para vivir con ese hombre, ¿cómo es que está con mi padre hoy?

—Porque ese hombre que me llenaba de declaraciones de amor me abandonó en cuanto supo que ya no era rica. Solo estaba conmigo por el dinero de tu padre, me dijo cosas horribles y se fue, dejándome sin nada.

—Pero qué hijo de… —empecé a levantar la voz, pero la bajé para no despertar a Jud.

Jamás imaginé que mi madre había dejado a mi padre por otro hombre, que además era su empleado. Ahora entendía por qué papá reaccionó tan radicalmente cuando supo que había dejado embarazada a una chica pobre de la favela. En su lugar, también habría tenido ese pensamiento, sintiendo que era otro duro golpe.

—Me sentí destrozada y muy avergonzada, sin saber qué hacer. Vendí las joyas que tenía puestas en ese momento y compré ese

apartamento sencillo donde ahora viven tú y Judite. Decidí vivir aislada de todo y de todos. Al principio fue difícil, pero después me acostumbré a la vida simple y viví buenos momentos sola. Logré conocerme mejor, descubrí que amaba a tu padre, pero creía que era demasiado tarde para arreglar las cosas —Se secó las lágrimas.

Al fin se revelaba el misterio detrás de ese apartamento de clase media de mi madre. Pero confieso que nunca se me ocurrió que hubiera una traición de por medio, y menos aún de parte de ella.

—¿Cómo fue que papá te encontró?

—Trabajando como camarera en un restaurante de lujo. Él estaba en una cena de negocios y, cuando lo vi, me puse a llorar y casi dejo caer la bandeja. Roberto no me preguntó nada. Solo se quitó el abrigo, me lo puso sobre los hombros y me llevó de regreso a casa. Me dijo que cuidaría de mí y que todo estaría bien. Y así fue. Sobrevivimos a esa traición y a la pérdida de un hijo, así que creo que estaremos juntos para siempre.

Lloró y yo me acerqué a abrazarla. Se notaba que, a pesar de que mi padre la había perdonado, ella aún no se perdonaba del todo. Tal vez nunca lo haría. Un corazón roto y el arrepentimiento siempre dejan cicatrices eternas.

—Juntos y felices con los nietecitos que pronto llegarán, porque planeo tener muchos hijos con Judite. Más aún ahora que papá aceptó nuestra relación. Dijo que ahora todos somos una gran familia —le conté la gran novedad y pude ver a mi madre brillar de felicidad. Sabía que se emocionaría al saberlo.

—¡Gloria a Dios, hijo! Sabía que tu padre iba a cambiar de opinión, es un hombre más increíble de lo que crees.

Me abrazó sonriendo, y los dos nos quedamos mirando a Judite dormida. Mi corazón se tranquilizó después de conocer esa parte de la historia de mis padres. Como dijo mi madre, cuando el amor es verdadero, perdona. Mi padre era la prueba de eso. Tal vez no fuera el mejor padre, pero como esposo siempre fue el mejor del mundo para mi madre, cumpliendo todos sus caprichos. Así como yo

pensaba hacer con mi chispita. Si ella me pidiera todas las estrellas del cielo, las tendría en sus manos en diez minutos.



23

Judite

Abrir los ojos nunca me pareció una misión tan difícil como ahora, estaba atrapada en una oscuridad aterradora, como si cayera por un precipicio donde el único sonido eran mis propios gritos de auxilio, pero nadie los escuchaba. Sin embargo, de repente sentí una mano que tomó la mía y todo el miedo desapareció, una paz inmensa se apoderó de mí. Había vuelto a la luz. Me sentía segura otra vez. Lo primero que vi cerca de mí fueron unos ojos azules hermosos que me miraban llenos de amor y lágrimas. En ese instante supe que había vuelto a casa.

—Theo… —susurré, y él sonrió con dulzura.

—Hola, mi amor, estoy aquí. Dormiste casi un día entero, señorita —Besó mi mano que sostenía con firmeza.

—¿Qué pasó? —miré a mi alrededor. Estaba acostada en una cama de hospital, alta y fría.

—Tu padrastro descubrió que veías a tus hermanos a escondidas y quiso vengarse. Descubrió dónde vivíamos y te atropelló.

—Un accidente de coche… ¿Y mi bebé, cómo está? Por favor, no me digas que lo perdí. Si le pasó algo a mi hijo por culpa de mi padrastro, lo mato —Empecé a llorar antes siquiera de escuchar la respuesta.

—No le pasó nada a nuestro hijo, mi amor —Puso énfasis en "nuestro"—. En cuanto a tu padrastro, recibió su merecido. Después de tanto sufrir, tu madre decidió defenderse —Acomodó con cuidado mi cabello, que no dejaba de caerme sobre los ojos.

—¿Cómo que se defendió? —pregunté preocupada.

—Cuando le conté del accidente, tu madre sospechó de inmediato de él, y cuando lo enfrentó, el desgraciado confesó riéndose que te había atropellado. Ella se descontroló, tomó un cuchillo y lo apuñaló; por poco lo mata.

—¿Estás diciendo que mi madre apuñaló al hombre que tanto ama por mi culpa? ¿Y mis hermanos? ¿Dónde están? —Entré en pánico.

—Sí, Judite, yo estuve allí cuando la arrestaron. Pero tus hermanos están bien, están con Janete, no te preocupes.

—¿Arrestada? ¡Pero el criminal es DG, no mi mamá! ¡Esto no es justo! No después de todo lo que ella, mis hermanos y yo hemos sufrido en manos de ese desgraciado. ¡Tengo que ir ahora mismo a hablar con la policía! —Intenté levantarme, pero Theo no me dejó.

Aunque me hubiese dejado, no habría podido. Me dolía el cuerpo desde los pies hasta la cabeza, me costaría mucho volver a pararme sola.

—No puedes levantarte, amor. Tu accidente fue grave y el médico aún no te ha dado el alta. No te preocupes por tu madre, está siendo defendida por el mejor abogado del país y pronto será liberada. ¿De acuerdo?

—¿Pero cómo vamos a pagarle a ese abogado, Theo? Con el accidente no podré trabajar por un tiempo, luego vendrá el

nacimiento del bebé y… —Me tragué las palabras; estaba tan nerviosa que no podía hablar.

—Tranquila, mi chispita. No tendremos que pagar nada. Ese abogado trabaja para mi padre, fue él quien pidió que tomara el caso de tu madre —Acarició mi rostro, estaba muy cariñoso.

—¿Pero por qué tu padre ayudaría a mi mamá, Theo? Pensé que me odiaba.

—Muchas cosas cambiaron mientras dormías, mi amor. Mi padre ya no está en contra del embarazo y ha hecho todo lo posible por redimirse con nosotros.

—¿Y qué fue lo que lo hizo cambiar de opinión? —pregunté.

—Una noticia increíble que me convirtió en el hombre más feliz del mundo, Judite. Estás embarazada de gemelos —dijo emocionado, y sentí una euforia que me hizo reír y llorar al mismo tiempo.

—¿Gemelos? ¡Dios mío! ¡Eso es increíble! Vamos a tener que buscar un lugar más grande para vivir cuando nazcan los bebés, porque en ese apartamento apenas cabemos nosotros dos —empecé a hablar sin parar, estaba emocionadísima con la idea de tener dos bebés.

¿Sería un niño y una niña? ¿Dos niños? ¿Dos niñas? ¡No importaba! Fueran lo que fueran, ya los amaba con todo mi corazón.

—¿Eso quiere decir que ya no te vas a ir, Judite? —Theo estaba al borde del llanto.

—¿Y dejarte libre para esa rubia flacucha? ¡Ni loca! Después de casi morir, todo lo que quiero es estar cerca de las personas que amo. Y tú, Theodoro Alencar, estás en la cima de mi lista —lo agarré de la camisa y lo besé.

—Yo también te amo muchísimo, mi amor. Te juro que nunca te engañé.

—Lo sé, tonto. Mientras estaba inconsciente, digamos que escuché algunas partes de tu conversación con tu mamá —Le sequé las lágrimas.

—¿Ah, sí? ¿Así que eras toda una espía, traviesa? —me hizo cosquillas y me reí fuerte. Amaba a ese "playboy" y no me imaginaba viviendo sin él, y menos ahora que tendríamos dos hijos hermosos juntos.

—Los cuatro vamos a ser muy felices, estoy segura —Coloqué su mano sobre mi vientre.

—¡Estoy seguro, mi amor! —Nos besamos apasionadamente.

Le pedí a Theo que fuera a buscar a mis hermanos, tenía muchas ganas de verlos. No me iba a separar de ellos hasta que nuestra madre saliera en libertad; a pesar de todo, me sentía feliz de que nos hubiéramos librado del desgraciado del DG para siempre. El padre de Theo llamó para avisar que, mientras operaban a mi padrastro, el abogado de mi madre pidió al comisario que revisara sus antecedentes penales, que eran muchísimos: estaba acusado de tráfico de drogas, robo e incluso asesinato. Saldría del hospital directo a la cárcel y se pudriría ahí dentro, a diferencia de mi madre, que sería liberada pronto tras el pago de la fianza y esperaría el juicio en libertad.

Pasó una semana y Theo y yo salimos literalmente del hospital directo al registro civil para casarnos. No teníamos dinero para una fiesta ni nos importaba. Yo estaba en silla de ruedas y él con el overol manchado de grasa del trabajo, las fotos quedaron graciosísimas. El jefe de mi esposo le dio una semana libre para cuidarme. No me dejaba levantar de la cama para nada; cada vez que necesitaba ir al baño o bañarme, él me cargaba en brazos. Aprendió a cocinar y me daba la comida en la boca, me peinaba y me ayudaba a vestirme. Siempre tan amoroso y atento, me recuperé muy rápido y pronto, tanto él como yo, volvimos al trabajo. Las cosas solo mejoraban cada vez más.

Aunque se había reconciliado con su padre, Theo no aceptó su ayuda económica. Queríamos vivir la vida a nuestra manera. Pensamos que el señor Roberto se enojaría, pero no fue así. Le dijo a su hijo que estaba orgulloso de él por querer salir adelante por sus propios medios. Sin embargo, hubo una cosa en la que no quiso ceder: que sus nietos fueran atendidos por el médico de la familia, un excelente profesional. Creo que se sentía culpable por haber deseado tanto que ese embarazo no ocurriera, y ahora tenía miedo de que pasara algo aunque ya había cambiado de opinión.

No guardaba ningún rencor hacia mi suegro, sobre todo después de enterarme de todo lo que había sufrido por la traición de su esposa con aquel estafador, y aun así la perdonó. Por eso no fui orgullosa y también lo perdoné cuando vino a hablar conmigo en persona. Me pidió disculpas y casi se arrodilla para rogarme que no le prohibiera ver a sus nietos. A pesar de todo, eso nunca se me había pasado por la cabeza. Siempre he sido temerosa de Dios y creo en el perdón; todos cometemos errores y merecemos una segunda oportunidad.

Y mi suegro estaba haciendo todo lo posible por redimirse con nosotros, siempre respetando nuestra voluntad, claro.

UNOS MESES DESPUÉS…

—Tus bebés son tan hermosos, hija —Mi madre me entregó a uno de los gemelos que dormía en su regazo. Había llegado el gran día del bautismo de ellos y no podría estar más feliz, porque sería en la misma iglesia donde el padre de ellos fue bautizado veintiséis años atrás.

—Gracias, mamá. Estoy tan feliz de que esté aquí conmigo en un momento tan especial de mi vida —La abracé con cuidado para no despertar a Tadeo. Le pusimos ese nombre al primer bebé en honor al hermano de mi esposo.

Al segundo bebé, que nació diez minutos después, también un niño, lo llamamos Thor, porque fue el más pequeño durante toda la gestación y tuvo algunas complicaciones. Aun así, nuestro benjamín

no se rindió y luchó por llegar a este mundo con mucha salud, mostrándose desde el principio como un verdadero héroe.

—Si estoy aquí, hija, es gracias a tu suegro. Su abogado hizo un trabajo increíble en mi caso y ahora podré ver crecer a mis hijos y nietos —Se secó las lágrimas.

Mi madre se había convertido en otra mujer lejos del DG. Con nuestra ayuda se mudó de la favela y ahora vivía cerca de nosotros, a menos de diez minutos caminando. Consiguió trabajo en una tienda y volvió a estudiar, quería hacer la carrera de psicología para ayudar a mujeres que, como ella, habían pasado por una relación abusiva o necesitaban salir de una.

Agradecía a Dios todos los días que mi madre hubiera sido juzgada y declarada inocente. El juez concluyó que ella era solo una madre que decidió defenderse después de años de sufrir agresión física y psicológica, y aún añadió:

"Si hubiera más mujeres como esta, muchos hombres lo pensarían dos veces antes de levantar la mano contra sus esposas e hijos."

—Siempre le estaré agradecida al señor Roberto por eso, mamá —La abracé de nuevo.

Mi madre estaba preciosa, había bajado de peso y vestía ropa nueva. Un vestido todo floreado y radiante. Era la primera vez que la veía usando tacones y maquillaje. Se tiñó las canas y se alisó el cabello, parecía diez años más joven. Todo ese cambio físico fue gracias a la ayuda de mi suegra; las dos se habían hecho grandes amigas y salían juntas en muchas ocasiones.

Tanto es así, que mi suegra le presentó a mi madre a un amigo suyo, un empresario viudo, de unos cincuenta años, sin hijos y muy respetuoso. Supe que los dos se llevaban muy bien y habían tenido citas románticas. Mi apuesta es que terminarían siendo pareja. Yo estaba deseando que así fuera, porque mi madre merecía estar con alguien que la tratara como ella merecía.

—Sé que ya casi es hora de la ceremonia de bautismo, hija, pero antes quería hablar contigo —Tomó la manita del nieto dormido, Tadeo suspiraba profundamente.

—Claro, mamá, ¿pasó algo?

—No, hija, todo está perfecto en mi vida y en la de tus hermanos. Juancito y María no paran de decir cuánto aman nuestra casa nueva y la escuela. Es la primera vez que los veo realmente felices, y eso me hace sentir realizada. Como si por fin fuera su verdadera madre, ¿sabes? Porque antes puse esa responsabilidad sobre tus hombros, Judite, y eso no estuvo bien. Estaba ciega de amor por DG y descuidé a mis tres hijos —Empezó a llorar, no podía liberarse de esa culpa.

Cuando la que más había perdido en esa historia había sido ella, que desperdició tantos años de su vida al lado de ese desgraciado.

—Pero yo ya la perdoné, mamá, porque pasé por lo mismo con Jonathan. A veces, cuando estamos enamoradas, no vemos a la persona como realmente es. Por suerte, ambas logramos salir de esas relaciones tóxicas a tiempo. Ahora a seguir adelante. Yo encontré al amor de mi vida y, por lo que veo, usted también encontró al suyo —Bromeé y ella sonrió con timidez.

Apuesto a que estaba pensando en cierto empresario millonario de cabello canoso que estaba por llegar en cualquier momento para el bautismo de los gemelos. Me pareció tierno de su parte participar en la ceremonia.

—¡Deja de decir tonterías, Judite! Vamos, que ya es hora de entregar a mis nietos al cuidado del Señor —Me tomó del brazo y entramos a la iglesia.

Mientras caminaba hacia el altar, les sonreí a mis suegros al pasar junto a ellos, ambos muy emocionados. Mi jefa, doña Patricia, también vino, y los compañeros de trabajo de Theo no quisieron perderse la ceremonia del bautismo. Todas las personas importantes para la familia que habíamos construido juntos estaban ahí.

Como padrinos de Tadeo elegimos a Janete y a Jefri. Y para ser madrinas de Thor, no podían ser otras que Bruna y Sara. Todos los presentes estaban con lágrimas en los ojos. Conocían bien toda nuestra historia y sabían que había sido un largo camino hasta llegar a ese final feliz.

—Desde aquí ustedes siguen solos, hija —Mi madre me besó en la mejilla y fue a sentarse cerca de mis suegros.

—Perdón por la demora, amor —susurré a Theo, ya listo junto al padre y los padrinos para dar inicio a la ceremonia. Él tenía a Thor en brazos.

Me había salido un momento para amamantar a Tadeo y me entretuve conversando con mi madre, que fue conmigo. De los gemelos, él era el que más lloraba. Thor solo comía y dormía todo el día.

—No hay apuro, mi vida —Se inclinó para besar a Thor y luego a mí. Cuando se alejó, me lanzó esa guiñada que, incluso después de casados y con dos hijos, todavía me dejaba las piernas temblando.

Y creo que siempre será así.

Theo estaba cada día más hermoso, el trabajo físico en el taller le sentaba muy bien, destacando sus músculos. Tanto él como yo decidimos vestirnos de blanco, igual que nuestros hijos, como símbolo de pureza y paz para nuestra familia. Mi esposo se peinó hacia atrás con gel, resaltando aún más sus grandes ojos azules y penetrantes. Sus manos, marcadas con callos y manchas de grasa del trabajo diario, solo agregaban un toque rústico a su belleza arrolladora.

¡Ay, Dios!

Cuánto amaba a ese hombre, con todas sus virtudes y defectos.

—Entonces, papás, ¿listos para comenzar la historia de Tadeo y Thor a través de las manos divinas de Dios? —preguntó el padre con una sonrisa amable.

Yo estaba frente a Theo, cada uno abrazando fuertemente a uno de nuestros hijos. Durante unos largos segundos, solo para nosotros, nos comunicamos con miradas y sonrisas. Una declaración de amor en silencio. Lo que sentíamos el uno por el otro era tan grande que a veces no cabía en palabras. Simplemente sentirlo era suficiente.

—En realidad, padre, la historia de esta familia ya fue escrita por la mano divina de Dios antes incluso de que nos conociéramos borrachos y desnudos en aquella playa. ¿Verdad, chispita? —Theo alzó la ceja con su típica expresión divertida, provocando risas en todos, incluso en el padre.

—¡Sí, playboy! Nuestro amor estaba escrito en las estrellas —Le sonreí, al gran amor de mi vida.

La primera vez que vi a Theodoro Alencar pensé que era solo un niño mimado rico, el tipo de hombre que menos soportaba. Y lo era. Pero desde entonces han pasado tantas cosas, los dos cambiamos mucho y nos convertimos en uno solo.

Un alma habitando en un solo cuerpo.

EPÍLOGO



Theo

— Es hora, mi amor, apúrate o vamos a llegar tarde — Mi esposa golpeó la puerta apurada; siempre se ponía nerviosa a la hora de salir por culpa de los niños, eran muchos detalles por revisar… y aun así siempre se nos olvidaba algo.

Íbamos camino a la boda de Jefri. Él estaba saliendo con Eduardo desde que conocí a mi esposa. El tipo era realmente muy buena persona, mis hijos lo adoraban a él y a su pareja, y los llamaban tíos.

—Ya voy, chispita. Solo necesito hablar un momento con este pequeño de aquí —Le toqué la punta de la nariz a Tadeo.

Sin embargo, el niño no sonrió, estaba todo enojado sentado en su cama en forma de auto de Fórmula 1, con los brazos cruzados y la cabeza agachada de modo que sus rizos caían sobre su carita redonda.

—No quiero hablar, papi. Thor rompió mi juguete y le voy a pegar —Frunció el ceño.

El niño solo tenía cinco años y ya tenía un carácter de los mil demonios. Mi padre se moría de risa diciendo que Tadeo era igualito a mí cuando tenía su edad. Gracias a Dios, no tenía nada que reprocharle a Roberto Alencar como abuelo: aprendió la lección conmigo y, además de convertirse en un gran padre, amaba a sus nietos con locura, sin hacer ninguna diferencia entre los gemelos. Al contrario, los mimaba con todo lo que querían.

—Fue sin querer, papi. Ya le pedí perdón a Tadeo —suspiró Thor con la mano en el mentón. Estaba sentado en su camita, del otro lado del cuarto que compartía con su hermano gemelo.

Nuestros hijos eran la cara de la madre: piel morena, cabellos rizados, tal como siempre los había imaginado. Pero los ojos azules, esos eran míos. Modestia aparte, mi chispita y yo hicimos unos hijos hermosos. Cuando crecieran, iban a romper muchos corazones. Tadeo y Thor, al igual que mi hermano y yo, eran gemelos idénticos, pero con personalidades completamente distintas: uno era calma y el otro, tormenta.

Thor era obediente, independiente y muy educado. Hacía todo solo. Era sentimental, un verdadero caballerito. En cambio, ¡Tadeo, por Dios! Solo heredó el nombre del tío, porque el carácter fuerte lo sacó de mí. Caminó antes que su hermano y también habló primero. Era el doble de inteligente… y el triple de peleador. Le encantaba pelear con otros niños, incluso con los mayores. Era orgulloso, y bastaba con que Judite o yo lo regañáramos para que se largara a llorar. Era dramático.

Aun así, siempre intentábamos manejar la situación de la mejor forma posible, para que se sintiera amado y seguro. Siempre les dejamos claro a nuestros hijos que podían contar con nosotros para todo, porque eran lo más valioso que teníamos.

—No puedes pegarle a tu hermano, hijo. Porque él siempre va a ser tu mejor amigo. Uno tiene que cuidar del otro, y… —extendí el

brazo con la mano abierta, esperando que Tadeo completara la frase. En casa también teníamos un lema solo para los varones.

—Nosotros dos cuidamos de mamá, y… —dijo Tadeo rodando los ojos, para que el hermano completara, pero puso su mano encima de la mía.

—Papá cuida de nosotros, de mamá y de Theodora también cuando nazca —completó Thor emocionado, poniendo su manita sobre la nuestra, arrancándole al fin una sonrisa al hermano, que dejó ver sus profundos hoyuelos.

Los gemelos se volvieron locos de alegría cuando supieron que mamá estaba embarazada otra vez y sería una niña. Yo, en cambio, casi me desmayo del susto y de tanta felicidad. No estábamos planeando tener otro bebé tan pronto, pero sucedió, y estábamos más que preparados. Después de ahorrar mucho, hacía dos años que había abierto mi propio taller especializado en autos de lujo, y nos iba excelente. Incluso planeaba abrir otra sucursal en Río de Janeiro pronto.

Logramos comprar una casa hermosa con un patio enorme para que los chicos jugaran. Teníamos un autazo en el garaje y una cuenta bancaria muy bien provista, que no paraba de crecer. Todo lo conseguimos con esfuerzo mío y de mi esposa. No éramos millonarios aún, pero llevábamos una vida cómoda, sin excesos. No teníamos nada de qué quejarnos: Judite y yo éramos muy felices junto a nuestros hermosos hijos.

Mi esposa ya no se mataba trabajando; se dedicaba tiempo completo a criar a nuestros hijos con amor y atención, y yo la ayudaba en todo.

—¡Así se habla, campeón! Acá nadie compite con nadie. Somos un equipo que tiene que trabajar unido para que la felicidad y la paz siempre reinen en esta casa, ¿entendido? —Me agaché para quedar a su altura.

—¡Entendido, papi! Perdón de nuevo por haber roto tu juguete, Tadeo, puedes quedarte con el mío —Le dio su muñeco favorito del

Señor Cara de Papa, no podía esperar otra cosa de Thor.

—No hace falta, hermanito, ni me gustaba tanto ese juguete. Perdón por haberte gritado. Papá tiene razón, somos un equipo. ¡Te quiero! —Los dos se abrazaron y yo me emocioné con esa escena. Eran hermosos juntos.

—Y yo los amo muchísimo a los dos —los abracé al mismo tiempo. Ellos serían los caballeros de honor en la boda del tío Jefri y estaban adorables con sus trajecitos con moño, igualito al mío.

—Qué escena más hermosa, los tres hombres de mi vida juntos, pero de verdad tenemos que irnos ya, mi amor —Judite apareció en la puerta acariciándose la enorme barriga de ocho meses; cuanto más pasaba el tiempo, más hermosa se ponía—. Tu mamá y la mía no dejan de llamar, y Jefri ya tuvo dos ataques de nervios porque somos los únicos padrinos que todavía no han llegado —Me acomodó la corbata y me besó en la boca. Nuestra vida sexual no podría estar más activa.

—Sí, señora jefa, ¡usted manda! —la provoqué.

—¡Eso mismo, jefa, usted manda! —Tadeo me imitó y salió corriendo riéndose. Sabía muy bien que a su madre le molestaba cuando yo la llamaba así.

—¿Y tú? ¿No vas a decir nada, chiquitín? —Se volvió hacia Thor con las manos en la cintura, conteniendo la risa. Él la miró con las mejillas sonrojadas, pobrecito.

—No, señora jefa —dijo riendo fuerte antes de salir disparado tras su hermano. Se escuchaban las carcajadas de ambos desde la cocina.

—¡Corran todo lo que quieran, que igual los voy a atrapar, traviesos! —Judite fue tras ellos riéndose también. Su cabello, ahora largo, con montones de rizos hasta la cintura, se movía de un lado al otro junto con su enorme trasero.

Pero no podía correr mucho con esa panza tremenda, y menos usando un vestido rojo largo y tacones medianos. Judite mantenía

su estilo simple, pero cada vez más sofisticado. Yo estaba listo para salir corriendo detrás de mis amores cuando sonó mi celular. Era un mensaje del técnico que habíamos contratado, a pedido de mi esposa, para recuperar unas fotos de un celular viejo suyo que llevaba guardado mucho tiempo, con imágenes de los niños cuando eran recién nacidos en el hospital.

Judite quería hacer un montaje con las fotos de los gemelos recién nacidos junto con las que tomaríamos de Theodora cuando naciera. Pero el celular ya estaba viejo incluso en su época, y como llevaba tanto tiempo guardado, ni siquiera encendía, por eso lo enviamos al técnico.

—Hola, Theo. Te llamo porque encontré un archivo perdido en el celular de tu esposa, con fecha del primero de diciembre de 2021. No lo abrí, pero hay varias fotos y videos que nunca fueron visualizados, quizás se fueron a la papelera por error. ¿Quieres que los borre o te los mando junto con los de los bebés? —preguntó el técnico. Y yo me congelé: esa era la noche en que conocí a Judite, y ninguno de los dos recordábamos qué había pasado.

—Mandámelos por mail, Lucas. ¡Muchas gracias! —esperé ansioso y penas llegaron, los abrí de inmediato.

Empecé a deslizar el dedo por las fotos y videos, mientras sudaba. Después de tantos años, por fin iba a descubrir todo lo que habíamos hecho esa noche: ¡ella había registrado cada segundo en su celular!

—¿Por qué tienes esa cara, Theo? Estás pálido —Judite vino a ver por qué tardaba tanto.

—Acabo de descubrir todo lo que hicimos la noche en que nos conocimos. ¡Prepárate porque las escenas son fuertes! —le pasé mi celular. Judite lo miró todo con calma.

Después de largos segundos en silencio, mirándonos, nos dio un ataque de risa tan fuerte que terminamos con lágrimas en los ojos.

—Jamás podremos mostrarle esto a nadie, amor —dijo entre risas.

—¡Ni pensarlo! Esto va a ser nuestro pecadito secreto —La besé con deseo; esas fotos atrevidas me habían dejado encendido.

Pero los chicos aparecieron de repente armando alboroto, corriendo alrededor nuestro mientras nos besábamos. Porque una familia feliz es así: ruidosa y llena de amor.

FIN...

Instagram:

https://imgaddict.com/user/autoramarilia/5458384158

Fan Page:

https://www.facebook.com/autoramarisillva/

AGRADECIMIENTOS

✨ *Agradecimientos especiales* ✨

Escribir siempre fue mi gran pasión, pero convertir palabras en un libro capaz de tocar corazones alrededor del mundo… ah, eso solo fue posible porque tuve a mi lado un equipo increíble. 💛

Quiero agradecer de todo corazón a cada persona que formó parte de este camino: a mi editor, que pulió cada línea con tanto cuidado; a los diseñadores, que le dieron vida a la historia con una portada y una diagramación de ensueño; a los traductores, que abrieron caminos para que mis palabras llegaran a lectores de distintos rincones del mundo; y a todos los profesionales, visibles o detrás de escena, que hicieron posible este sueño.

A mis lectores: gracias por abrirle el corazón a esta historia.

A quienes ayudaron a construirla: gracias por hacerla realidad.

Ustedes son parte de cada página. 💫

Con cariño,

Autora Mari Sillva

---

[1] Henrique y Juliano son una referencia cultural: se trata de un dúo musical brasileño de música sertaneja, muy popular en Brasil, conocido por canciones que hablan de desamor, sufrimiento emocional y relaciones intensas.